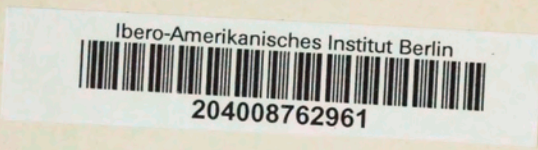




EL DORADO

ESTUDIO HISTÓRICO, ETNOGRÁFICO Y ARQUEOLÓGICO

DE LOS CHIBCHAS,

HABITANTES DE LA ANTIGUA CUNDINAMARCA,

Y DE ALGUNAS OTRAS TRIBUS,

POR EL

DOCTOR LIBORIO ZERDA,

RECTOR DE LAS ESCUELAS DE CIENCIAS NATURALES Y MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD DE COLOMBIA, PROFESOR DE LAS MISMAS, MIEMBRO FUNDADOR DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS NATURALES Y MEDICINA DE BOGOTA, ETC., ETC.

Señor D. W. Reiss
&c. &c. &c.
de
Liborio Zerda

BOGOTA
1883.

Imprenta de Silvestre y Compañía



SUMARIO.

PRÓLOGO.—INTRODUCCIÓN.

Discurso sobre Colombia, del señor Bastian, Vicepresidente de la Sociedad Etnológica de Berlín.—Método inductivo en el estudio de las ciencias arqueológicas.

CAPÍTULO I

Condiciones naturales del hombre primitivo—Organización de la familia—Organización de las tribus y de las Naciones primitivas—Diferentes Edades de las sociedades humanas.

CAPÍTULO II

Origen de *El Dorado*—Primeras provincias pobladas en Tierra-firme—Castilla de Oro—Cerro de oro de Tayrona—Expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada al Reino de Bacatá—Lo que dice de *El Dorado* D. Juan de Castellanos, cronista muy antiguo.

CAPÍTULO III

Adoratorios de los indios Chibchas—Ofrendas que usaban—Lagunas más frecuentadas como adoratorios—La ciudad de Guatavita y la laguna de este nombre—Ceremonia de *El Dorado* que practicaban en la laguna los indios, descrita por el cronista Zamora y otros—Laguna de Siecha, su situación y descripción, etc.—Balsa de oro que representa la ceremonia de *El Dorado*, encontrada en la laguna de Siecha.

CAPÍTULO IV

Fechas de la fundación de las ciudades de Panamá, Santa-Marta y Cartagena—Expedición que tuvo lugar en el año de 1534, á órdenes de D. Pedro de Heredia, para buscar *El Dorado*—Idolo de oro del Cacique Cipagua—Necrópolis del Zenú hallada por los Conquistadores, y oro que sacaron de allí—Finzenú, Panzenú y Zenufana ó tierra del oro—Expedición de D. Alonso de Heredia al Zenú—Nueva expedición de D. Pedro de Heredia en 1536 en busca de *El Dorado de Dabaybe*—Expedición de D. Francisco Cesar en 1537; descubrimiento del valle de Huaca y oro que se encontró en él—Expedición del Licenciado Vadillo en 1538; muerte de Cesar—Descubrimiento de Norí y de Anserma—Exploraciones y descubrimientos de D. Jorge Robledo en 1545—Fábricas de sal que tenían los indios de estas regiones—Copa de oro del Cacique Quimbaya—Persecución de *El Dorado* en otra dirección por Gómez Fernández—Descubrimiento de la Tribu de los Catios—Costumbres de los indios del Zenú en sus sepulturas y entierros.—Significación de la palabra *Huaca* con que se designan las sepulturas, los adoratorios y un gran valle—Nota sobre la Nación de los indios Coconucos—Sepulturas de los indios Chibchas, usos que tenían en los entierros—Figuras de oro halladas en las *Huacas* ó sepulcros de los indios de Antioquia—Expedición de Jorge de Espira en 1535, desde Venezuela en busca de *El Dorado*—Expedición de Fredermán—Expedición de Hernán Pérez de Quesada desde Bogotá sobre el Oriente en busca de *El Dorado de Macatoa*—Jornada de Utre y descubrimiento del Caquetá.

CAPÍTULO V

Qué fué definitivamente *El Dorado*—Edad á que corresponde el principio de la civilización de las Tribus del Nuevo Reino de Granada—Condiciones intelectuales de las Tribus de las Edades primitivas—*Edad de bronce* en el Continente Europeo—Arte de fundir los metales y de labrarlos en figuras diferentes por los indios de las regiones ecuatoriales de América—Opiniones erróneas sobre el arte de la joyería indígena—Este arte se ejecutaba mejor por las tribus de Antioquia que entre sus vecinos—Idolo y jarra de oro muy interesantes, trabajados por los indios de Antioquia—Instrumento que usaban en este arte.

CAPÍTULO VI

Arte de la joyería entre los indios Chibchas—Influencia que tuvo esta industria en el cambio del régimen político de los pueblos del Cacique Guatavita—Adoratorio ó *Huaca* encontrada en *Chirajara*, sitio del Distrito de Quetame en el Estado de Cundinamarca—Descripción del vaso ideográfico en que estaba contenida una colección de figuras de oro, que representan personajes interesantes de los indios Chibchas—Estudio sobre el método que empleaban para la fabricación de estas figuras de oro—Descripción de siete figuras de oro, de las contenidas en la *Huaca* de Chirajara.

CAPÍTULO VII

Estudio del espiritualismo ó teoría de los espíritus entre algunas razas, como medios de interpretación de sus condiciones intelectuales—Caracteres de la idolatría entre las naciones salvajes—El Creador del Universo de los indios Chibchas—El primer día del mundo y la madre del género humano y descripción de la figura de oro que la representaba entre los Chibchas—Creencias de los pueblos inferiores—Teoría de los fantasmas—Sacrificios de los Getas entre los Tracios y de los Chibchas en Cundinamarca—Los hombres dioses de los Pijaos—La sombra adorada por los Laches—Teoría de los espíritus de los pueblos inferiores—Por qué las

tribus del Nuevo Reino de Granada enterraban los muertos con sus armas y demás objetos de su uso y aun con sus mujeres—Trasformaciones que han sufrido las ofrendas funerarias en algunos pueblos—Consecuencias.

CAPÍTULO VIII

El sistema de numeración empleado por los pueblos inferiores es un medio para apreciar el grado de civilización á que llegaron las razas que los formaron—Sistema de numeración de los *Jolofs*, de los *Foulahs* y de los *Omaguas*—Numeración de los *Zamucas* y de los *Zoulous*—Numeración de los Jaruros y de los *Guaraníes*—Numeración de los indios *Achaguas*—Numeración de los *Bascos*—Numeración de los indios del *Darién*—Sistema de numeración usado en la India—El sistema de numeración usado por los indios Chibchas es superior á los anteriores; aplicaciones prácticas de la numeración chibcha y su etimología en relación con las faenas agrícolas y con el cómputo del tiempo; símbolos que usaban para representarla.

CAPÍTULO IX

Lagos superandinos de Colombia; modo como se desagüaron—Fábula cosmogónica de la formación de la sabana de Bogotá y del Salto de Tequendama—Los tres nombres que le daban los indios á Bochica—La figura de la rana la empleaban los Chibchas como símbolo de las aguas—Significación de la figura de la rana en sus diferentes actitudes—Cómputo del tiempo según los Chibchas—La rana fué adorada como un dios no solamente entre los Chibchas sino también entre los tribus de Antioquia; gran adoratorio hallado en un templo subterráneo en Yarumal; interpretación de las figuras de oro de la lápida de este adoratorio.

CAPÍTULO X

Este capítulo es complemento del estudio de las creencias religiosas de los indios Chibchas para apreciar el grado intelectual á que llegaron—Clasificación defectuosa de los cultos religiosos de los pueblos inferiores—Clasificación de los cultos religiosos según Sir John Lubbock—Lugar que deben ocupar en esta clasificación las creencias religiosas de los indios Chibchas—Politeísmo de los Chibchas—Por qué el sapo ó rana fué uno de los dioses de la raza Chibcha—Los chibchas tuvieron el culto de sus antepasados—Las diferentes figuras de oro fabricadas por los indios del Nuevo Reino de Granada eran ideográficas; qué significación tiene esta palabra—Por qué las tribus y naciones inferiores tuvieron muchos dioses.

CAPÍTULO XI

Extensión geográfica del territorio de la Nación Chibcha, y su población—Qué fué la antigua Cundinamarca y significación probable de esta palabra—Jefes que gobernaban los pueblos chibchas—Comparación de las tradiciones de los Chibchas, de los Aztecas y de los Peruanos—Sacrificio del *Guesa* entre los Chibchas—Costumbres de los Chibchas en su régimen político—Idacansas, que fué el mismo Bochica, se constituyó en Jefe religioso ó Sumo Sacerdote en la tierra sagrada de Iraca—Origen probable de Bochica; significación de este nombre—*Jeques* ó Sacerdotes inferiores ó de segundo orden—Casa de educación para los Jeques; régimen que se seguía en ella.

CAPÍTULO XII

Organización de la Nación Chibcha—Legislación del pueblo Chibcha—Consejo supremo de justicia criado por el Zipa Nemequene—Por qué se constituyeron pueblos relativamente civilizados en las regiones altas de los Andes—Distribución geográfica de las diferentes razas del Continente Americano y naturaleza de éstas—Estudio craneoscópico de la raza Chibcha; conclusiones—Causa de la aglomeración de tribus sobre las sabanas de Cundinamarca—Influencias del clima sobre la naturaleza y carácter de las tribus—Tipos de las razas del Nuevo Reino de Granada descritos por Caldas—Qué era la mujer entre los indios Achaguas—Costumbres matrimoniales de los Chibchas—Habitaciones de los indios Chibchas—Proyecto de un templo de piedra mandado construir por el Zaque de Hunza.

CAPÍTULO XIII

La vida de relación de estas tribus fué el origen del desarrollo de algunas industrias—La agricultura fué la ocupación más natural é importante de la raza Chibcha—Instrumentos empleados en los trabajos agrícolas—Plantas alimenticias que cultivaban—Las papas fueron originarias de las regiones de Cundinamarca—Animales silvestres que usaban en su alimentación—Confección de la chicha—La piedra de moler fué instrumento de trituración y de pulverización usado en sus operaciones culinarias—**—Compactación de la sal en Zipaquirá y Nemocón—Cerámica de los indios Chibchas—Pueblos que conservan hoy esta industria—La plástica de ornamentación en las piezas cerámicas fué hábilmente ejecutada por los Chibchas y por las tribus de Antioquia—Sellos y rollos que usaban para la pintura de ornamentación de las piezas cerámicas y de la piel—Descripción de algunas piezas ejecutadas con arcilla cocida—**—La pintura de la piel era un adorno y al mismo tiempo reemplazaba el vestido en algunas tribus—En las altas regiones de Cundinamarca usaban mantas de algodón—Origen de la ruana ó camiseta que se usa hoy—Modo de hilar el algodón—Forma de los telares ó *quayty*—Productos comerciales con que traficaban los indios—Principales crías ó mercados—Libre cambio y propiedad mueble y propiedad territorial—Los indios Chibchas no tenían monedas—Industrias indígenas que se practican hoy y son fuentes de riqueza comercial.

Descripción del esparto de las sabanas de Boyacá y Cundinamarca.

El Salto de Tequendama y el Mito Chibcha.

El Puente natural de Icononzo y la piedra pintada con figuras simbólicas.

Noticia biográfica de D. Juan de Castellanos.

Carta del señor D. Manuel Vélez al autor de esta obra.

ÍNDICE DE LOS GRABADOS

PRÓLOGO.

El estudio á que sirven de introducción estas líneas, no la necesita en realidad: su título, nada más, sería suficiente para despertar el interés propio de una obra que, á la originalidad y novedad de la forma, reune la importancia de la materia tratada, y más todavía si ésta se roza con algo esencialmente nuestro: de aquí deriva su carácter especialísimo el trabajo del doctor Zerda.

Pocos, muy pocos son los datos que la historia y la tradición nos han legado acerca del origen de los pueblos americanos, sobre todo con lo que hace referencia á la raza que los antropologistas designan con el nombre de andoperuviana; casi toda su historia yace oculta en el misterio, y hasta hoy lo que hemos podido saber está separado, desmenuzado por decirlo así, en diferentes obras: Humboldt, Acosta, Castellanos, López, Ludewig, Holton y otros traen algo, es verdad, pero ese algo, confuso las más de las veces, falso no pocas é incompleto siempre, no había sido hasta ahora reunido en un todo compacto, expurgado de lo erróneo y complementado con las deducciones lógicas que se desprenden de su estudio; esto es lo que ha hecho el autor de *El Dorado:* reunir lo que hasta hoy se sabe de fijo acerca de la nación Chibcha, referirnos sus tradiciones, sus costumbres, sus leyes, sus ritos religiosos; dar importantísimos datos acerca de su origen y ensayar respecto de él una explicación, tal vez la más satisfactoria propuesta hasta hoy, fundada no ya en meras conjeturas sino en la comparación razonada de los hechos, comparación deducida de los vestigios dejados por aquella raza en sus tradiciones, en los artefactos de su industria, en sus figuras simbólicas, en sus costumbres, conservadas en parte todavía, y agregar á esto los resultados adquiridos por las ciencias geológica y craneoscópica; bajo este último punto de vista nos atrevemos á asegurar que la obra de *El Dorado* es única en su especie en Colombia.

El doctor Zerda refuta victoriosamente algunas doctrinas erróneas propaladas con relación al asunto, como la de Humboldt, de que la tradición de *El Dorado* era simplemente un mito: no sólo se comprueba que esa ceremonia tenía efectivamente lugar, sino que se presenta á la vista del lector una copia exacta de la figura de oro con que los Chibchas conmemoraban este acontecimiento.

Los grabados que embellecen á la par que complementan el trabajo del doctor Zerda son un nuevo motivo de interés, si acaso aquél lo necesitare para tenerlo mayor: es ésta la primera obra referente á nuestra historia que se publica aquí con figuras originales grabadas sobre madera. Sin esta circunstancia probablemente no habría salido á luz este opúsculo; sabemos que su autor lo había iniciado desde hace algún tiempo, pero sin pensar en darlo á la estampa: merced á las instancias del señor Director del Papel Periódico Ilustrado se decidió á hacerlo, halagado con la idea de que las ilustraciones que lo acompañan ayudarían á dar realce y claridad al texto: resultado es éste que debemos hoy, como deberemos otros muchos mañana, al infatigable fundador del Papel Periódico, señor Alberto Urdaneta, y á su inteligente colaborador señor Rodrí-

guez; con verdadero placer consignamos aquí sus nombres, como iniciadores que han sido de una éra de progreso en nuestro país.

Las figuras de oro representadas más adelante son enteramente nuevas, casi diríamos *inèditas:* fueron halladas en la huaca de Chirajara y en algunos sepulcros y adoratorios de Antioquia, y son al mismo tiempo comprobantes de las interpretaciones desarrolladas en el texto.

A esto agregaremos que el trabajo está complementado con diversidad de datos sobre los principios religiosos, las creencias espiritualistas comparadas, el sistema de numeración de diferentes tribus y las industrias primitivas de los habitantes de estas comarcas, las que se han conservado muchas veces sin modificarse al traves de las generaciones hasta llegar á nosotros.

En resumen, podemos decir que las letras colombianas se han enriquecido con una producción tan bella como nueva: encontramos en ella estudios históricos recopilados en diversas fuentes y presentados reunidos bajo una forma original y acompañados de reflexiones filosóficas y apreciaciones etnográficas y arqueológicas; datos curiosos sobre las industrias, como la cerámica y los tejidos, sobre la agricultura y las plantas usuales de los Chibchas y sus costumbres domésticas, en fin, la base de una historia de esta nación que, según vemos hoy, fué más grande de lo que generalmente se cree, y había llegado á un estado de adelanto inferior tan sólo á la de los Incas y Aztecas.

Con viva satisfacción felicitamos al doctor Zerda por su bellísimo trabajo, seguros de que nuestra voz no será sino una pequeña parte del voto de aprobación y aplauso con que el público acogerá esta muestra de su inteligente laboriosidad.

Bogotá, Julio 6 de 1883.

FRANCISCO MONTOYA M.

INTRODUCCIÓN

EL 15 de Febrero del año de 1876, tuvimos el honor de ser invitados á una tertulia literaria en casa del Ministro de S. M. el Emperador de Alemania: á esta tertulia concurrieron personas de distinción; el Cuerpo Diplomático y algunos de los Secretarios de Gobierno. El objeto principal de esta reunión fué oír al señor Bastián, Vicepresidente de la Sociedad Etnológica de Berlín, en una magnífica conferencia etnológica que hizo, extendiendo sus conocimientos en la historia de la Conquista de América, de la Geografía antigua y civilización del país de los Incas, de los Aztecas y de los Cundinamarcas; en ella nos hizo palpar la importancia que las sociedades sabias dan al estudio de la arqueología prehistórica. El discurso que publicamos á continuación de estas líneas, fué la introducción á esta importante conferencia, y el autor nos hizo la distinción de confiárnoslo como un testimonio del deseo que abrigaba de que en Bogotá se fundara una Sociedad que se consagrase á los estudios etnológicos y antropológicos; pero desgraciadamente los acontecimientos políticos de entonces impidieron realizar esta idea.

El Profesor se expresó en los términos siguientes:

"Hace tiempo que estoy viajando en Colombia, en este gran país, el cual, en la anchura de la América, toca á los dos grandes mares, al Océano Pacífico y al Océano Atlántico. Pocas partes del mundo hay igualmente favorecidas, como esta tierra rica, dotada por la naturaleza con innumerables dones y ofrendas. En los diferentes ramos de las Ciencias naturales ofrece tantas riquezas, que el territorio de la República de Colombia ha sido desde tiempos muy remotos, desde que la guerra de la Independencia le abrió al libre concurso, un punto de afluencia para los naturalistas de Europa, para los Mineralogistas, Botánicos y Zoólogos de los diferentes países del mundo antiguo y moderno, pues hombres eminentes de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de la Unión Americana y de Colombia misma, han ilustrado la historia natural de este país.

"Pero estas ricas regiones contienen aun otros tesoros que la ciencia quiere descubrir: éstos son los *documentos auténticos de su historia antigua,* historia que durante mucho tiempo ha sido mirada con descuido é indiferencia mientras que ahora empieza á llamar la atención de los sabios de Europa y va formando ya un ramo importante de los estudios antropológicos y etnológicos.

"El interés que se ha despertado ahora por la historia de la antigua América, resulta de la nueva dirección que ha tomado el curso de la ciencia moderna. Antes el método científico consistía en seguir el camino de la deducción, preparado y cultivado en los tiempos clásicos por los filósofos Griegos y Romanos. Hoy reina otro método, el método de la inducción; y después que este último ha cambiado la faz de los diferentes ramos de las Ciencias naturales y de las demás Ciencias, hácese sentir también su influencia en los estudios históricos y dá su verdadero valor á la historia de los pueblos, cuya existencia anterior parecía no tener significación alguna en las teorías especulativas.

"Entre tantos honores que adornan la memoria de Alejandro de Humboldt,

resplandece también el mérito de haber apreciado la importancia que para el estudio de la raza humana, en sus ramificaciones diferentes, poseen principalmente *las tradiciones y las antigüedades* de aquellas naciones civilizadas, que se encontraban en el Continente Americano, al tiempo de su descubrimiento. Alejandro de Humboldt pertenece, si no á los fundadores por lo menos á los principales arquitectos de este templo cosmopolítico, en cuyo recinto domina ahora soberanamente la ciencia inductiva. Este mismo descubrimiento del Nuevo Mundo en el hemisferio occidental ha contribuido á establecer la base de esta ciencia moderna; pues su origen se hallaba envuelto y confundido en las agitaciones de aquellas dos grandes revoluciones que al fin de la Edad Media cambiaron simultáneamente el sistema astronómico de los cielos y el sistema geográfico de la tierra. El hombre que hasta entonces había presumido ser el centro del Universo, glorificándose como tal, se vió súbitamente forzado á renunciar á su eminencia aislada, porque debía enrolarse en la serie de las otras existencias, obligado á reconocer que no es más que el habitante de una pequeña parte de uno de los innumerables planetas que ruedan en los espacios inmensos. La sabiduría del viejo Oriente tendía á demoler las estrechas barreras de sus concepciones, porque en mares desconocidos en tiempos pasados, iban descubriéndose nuevos continentes, y nuevos é innumerables pueblos entraban de repente en el horizonte histórico alumbrado por el alba de una nueva era, cuando vino el día de nuestros tiempos presentes.

"El desarrollo de las ciencias inductivas ha tenido un progreso sucesivo, lento en los primeros siglos, rápido é irresistible en los últimos decenios. En aquellas épocas que nunca habían osado disputar el imperio absoluto de la deducción, las ciencias recibían su forma é influencia de la filosofía, la cual dictaba sus leyes á la naturaleza, haciendo derivar las particularidades reales de las generalidades especulativas, y construyendo un mundo imaginario, según las comprensiones y las fantasías del cerebro humano. Por el contrario, el método inductivo comienza cautamente con los principios arraigados en la misma naturaleza, él busca y junta de todas partes los materiales necesarios acumulándolos y aumentándolos; y fundándose en los hechos incontestables, la ciencia, guiada por la inducción, edifica ahora sus monumentos indestructibles, los pórticos de una escuela universal, debajo de cuya cúpula la naturaleza misma enseñará sus leyes y cuantas generalidades se deban aceptar comprobadas.

"Desde la gran reforma, efectuada ya en todos los ramos de la Física, se ha adelantado el método inductivo hasta transformar los estudios históricos también, y de este modo nacieron dos nuevas ciencias, que anteriormente no eran conocidas: las ciencias etnológicas y antropológicas. Mientras que antes los estudios con respecto al género humano se limitaban á una especie ó verdaderamente á una sola parte de ésta; y se llamaba historia universal la historia de un solo continente, el de Europa, y una pequeña parte de Asia, ahora las miradas de la ciencia se han dirigido sobre todo el globo para estudiar y conocer las razas humanas, y al hombre, ese ser político, según la expresión de Aristóteles, en todas sus faces y modificaciones, en todos los grados y en todas las transformaciones de su desarrollo. Es verdad que en Europa y en aquella parte del Asia, que todavía se llama Oriente, el género humano ha alcanzado el más alto grado de la civilización; pero el método inductivo, apoyado en datos estadísticos, demanda una ojeada general, demanda integridad de los hechos que sirven á sus trabajos. Además, este método va siguiendo el camino de los principios y del origen de los hechos, progresando de las unidades simples á las compuestas, razón por la que estas naciones que viven bajo condiciones más sencillas, tales como las tribus salvajes, ofrecen un

interés considerable y particular á los estudios de la Antropología y de la Etnología.

"Después que la ciencia ha extendido su esfera de acción sobre el resto del mundo antiguo, después que han entrado en el cuadro de la historia universal las Indias Orientales, en virtud de los estudios sanscríticos y de la cultura antiquísima de China y del Japón, se ha dirigido la vista al Occidente, á la América, á las Indias Occidentales, á la multitud de las gentes que en tiempos anteriores y aun ahora todavía poblaban y pueblan territorios inmensos en el Nuevo Continente. Principalmente se ha fijado la atención en estas naciones que al tiempo del descubrimiento del Continente Occidental, gozaban de una civilización y cultura que sorprendió á los Conquistadores mismos, pero que entonces no hubo ni la inclinación ni el tiempo suficiente para estudiarla. Careciendo estos pueblos de la escritura, perecieron sin dejar un recuerdo de sus tradiciones que pronto se olvidaron. Para restablecer y restaurar esta historia borrada y perdida, no hay más que un solo modo, un solo expediente, y éste consiste *en la reunión de los únicos vestigios que han quedado de las antiguedades, conservadas todavía debajo de la tierra; ellas formarán reliquias preciosas para el estudio del género humano,* si se incorporan en institutos científicos, en los museos de Europa y de América, para explicarse los unos con los otros por vía de comparación, que es el medio más eficaz del método inductivo."

Animados por las ideas contenidas en el interesante discurso del señor Bastián, procuramos desde aquella época reunir los datos históricos más importantes, relativos á las tribus y naciones indígenas que existieron en tiempo de la conquista, en las regiones equinoxiales de América. Hemos tratado de ordenar parte de estos datos en armonía con las descripciones de algunos objetos arqueológicos que hemos podido estudiar, encontrados en el territorio colombiano, y con las interpretaciones que más naturalmente se pueden deducir de ellos.

Este estudio que ofrecemos hoy á nuestros lectores, bajo la forma de un opúsculo, es el mismo que con el título de "El Dorado," fué publicado en una serie de artículos en el PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO; en él hemos hecho algunas correcciones y adiciones importantes pero que no lo alteran sustancialmente.

LIBORIO ZERDA.

EL DORADO

I

Las condiciones en que fué colocado sobre la tierra el hombre primitivo, (1) débil por su naturaleza, de organización primorosa, pero muy delicada; sometido á las necesidades más imperiosas, pero sin los medios adecuados para satisfacerlas como los demás animales, hicieron que pusiera en acción la única fuente de recursos de que podía disponer, y que le ha dado el predominio sobre todo lo creado: su actividad cerebral naciente bajo el impulso de su espíritu, ayudada por la magnífica disposición mecánica de sus órganos de relación. En sí mismo tenía, pues, á pesar de su debilidad, el estímulo que lo debía conducir al progreso y perfeccionamiento.

Desnudo y estimulado por el hambre en su reciente aparición sobre la tierra, se cubrió con los hilos fibrosos de las plantas y con las pieles de sus víctimas; de éstas mismas tomó el alimento sencillo que le ofrecía la naturaleza, ó el sangriento que le había conquistado el esfuerzo de su brazo.

Pero un estímulo superior al de la conservación dominó hasta cierto punto sus instintos salvajes, el amor de su compañera y las caricias de sus hijos, pues éstos, fieles imitadores de sus costumbres, lo siguieron en su vida errante, ayudándolo en sus faenas.

Esta vida de relaciones de familia, necesaria para la satisfacción de su amor natural y de sus instintos materiales, fué complementada con el perfeccionamiento del lenguaje, medio indispensable para estrechar más estas relaciones y para satisfacer mejor sus necesidades. La organización de la familia fué, pues, el primer período de su vida sobre la tierra, período al que poéticamente se ha llamado *Edad de oro.*

A pesar de la naturaleza salvaje del hombre primitivo, y de sus muy rudimentarias ideas y escaso lenguaje, domeñado por la vida familiar, que fué su primera escuela en donde aprendió los rudimentos sociales, pudo elevar su espíritu á la contemplación de los fenómenos naturales que se ofrecían á su vista: contempló el sol, y sintió su benéfica influencia; vió descender el rayo de la nube tempestuosa, y le pareció un destello del sol; sintió el calor de la lava del volcán, se aproximó á él, experimentó su acción calcinante y destructora, y comprendió, finalmente, lo que era el fuego; pero una vez extinguido éste, se vió impotente ante esta nueva creación del Hacedor del universo. No obstante, la facultad de investigación que le sirvió como de lazarillo en sus primeros pasos, tal vez ayudada de la casualidad, ó por efecto de la comparación del calor producido por el frote, ó por el choque de dos cuerpos, con las impresiones que había recibido, le hicieron poseedor del secreto de hacer fuego y del *fiat luz* de

(1) Llamo hombre primitivo, al hombre de las selvas, tanto en el continente europeo y asiático, como en el de la América en la época primitiva de su vida.

sus conocimientos salvajes. (2) ¡ Cuántas ideas nuevas surgirían de su mente hasta entonces en embrión, con este descubrimiento adquirido por el esfuerzo de su primitiva ciencia! ¡ Y qué adelantos realizaría en los casos prácticos de su vida doméstica! El hogar doméstico vino á ser entonces el verdadero centro de la familia.

Pasado este largo período, debió principiar el que los poetas llaman *Edad de plata,* (3) es decir, la vida de relaciones entre las diferentes familias esparcidas en la superficie de la tierra entonces habitable. La *Edad de plata* fué la época en que principió el verdadero estado social que siguió á la simple asociación de familia; á esta última han retrogradado los pueblos primitivos de nuestro continente, refugiados en la parte recóndita de las selvas, perseguidos por la vorágine de la conquista; deprimidos, degradados de sus derechos y olvidados por nuestros antepasados y por nosotros mismos. Con un esfuerzo de parte de nuestros gobiernos, estas familias se pueden salvar aún del exterminio y atraer á la civilización y al progreso.

Muy largo debió ser el período durante el cual los hombres reunidos en el hogar doméstico por el culto y servicio del fuego vivieron en la infancia del estado social. Reducidos sus conocimientos útiles á las artes manuales, á la fabricación de vasijas de tierra cocida necesarias en sus menajes; á la construcción de instrumentos de madera ó de piedra, para estas mismas artes manuales, para hacer sus chozas ó cabañas y para sus faenas agrícolas, y á la confección de armas para la guerra. Las disensiones entre las diferentes familias las condugeron naturalmente á la guerra tumultuosa de familia contra familia y de tribu contra tribu, sin que ella tuviera influencia notable, ni en su exterminio, ni para constituirse por el derecho de la fuerza, en agrupaciones que fueran la base de un mejor estado social. Tal fué el estado en que encontraron los conquistadores, y principalmente los misioneros cristianos, las familias y tribus de los *Caribes, Sálivas, Achaguas, Jívaras, Betoyas, Aruacas, etc.*

A la Edad de plata, en la que tuvieron origen las flechas armadas con aristas de pescado, las aljabas, dardos y masas de madera y las hachas é instrumentos de piedra, siguió la época del perfeccionamiento de los instrumentos de piedra, hechos de cuarzo lidiano, de esquistos silíceos, de obcidiana y en general de fragmentos de rocas duras, silíceas ó metamórficas. Esta época se ha designado *Edad de piedra.* M. Mortillet ha enseñado que la industria representada por los instrumentos de *silex,* se perfeccionó gradualmente. "En los asientos inferiores del *diluvium* (4) de Abbeville, las hachas son lanceoladas ó talladas en grandes fragmentos, dice M. Broca. En la capa arcillo-arenosa que recubre el *diluvium,* que es, por consiguiente, más moderna, las hachas son elípticas, muy alargadas y talladas en pequeños fragmentos. En fin, en el asiento superficial, llamado terreno movedizo de las pendientes, las hachas son pulidas, en forma de cuña y semejantes á las que se encuentran en los *dolmens.* ¿ Estas modificaciones sucesivas de una misma industria, fueron debidas á perfeccionamiento de poblaciones

(2) El arte de producir el fuego, frotando dos leños de dureza diferente, es de muy remota antigüedad; fué practicado en ambos continentes. Los conquistadores españoles, y después Humboldt, lo encontraron entre los indios del Orinoco. En los tiempos homéricos, según M. Visconti, se atribuyó la invención á Mercurio (Homer. Hymn. in Mercur., VII). Sobre el cuerpo de la víctima reposaba el disco en el cual el sacerdote frotaba el leño cilíndrico para hacer fuego. Plinio asegura que de todos los leños, el de la hiedra es el que se inflama mejor cuando se frota con el de laurel. Es necesaria una gran rapidez de movimiento para elevar la temperatura hasta el grado de inflamación.

(3) Los antropologistas modernos han reunido en una sola época, llamada *Edad de piedra,* las que poéticamente se llamaban Edades de oro y de plata, pues que durante éstas los instrumentos usados por el hombre fueron de piedra.

(4) Se llama así el suelo formado por las inundaciones diluviales de la época cuaternaria.

nuevas? Los admirables trabajos y descubrimientos de M. Lastet, sobre todo los que ha hecho en las cavernas de Perigord, en colaboración de M. Christy, permiten considerar como muy probable esta última suposición."

Sir John Lubbock recientemente ha subdividido la *Edad de piedra* en dos épocas diferentes: 1.ª la *paleolíthica*, ó de piedra tallada, que se manifiesta por la presencia de instrumentos groseros de piedra simplemente tallados en fragmentos de guijarros fluviales y muy antiguos, compañeros de los restos de animales, muchos extinguidos, hallados en las antiguas cavernas; 2.ª la *neolíthica*, representada por instrumentos de piedra pulimentada, acompañados de objetos de arcilla cocida de una fabricación perfeccionada.

Con el perfeccionamiento de los instrumentos de sílex, mejoró en un mayor grado el arte de los alfareros y principió la extracción y fundición de los metales que fácilmente se encontraban en la superficie de la tierra, tales como el cobre, el oro, la plata, etc., y aun socavaron la tierra para extraerlos, como lo demuestran los indicios de explotación de estos metales hallados en el continente europeo, y entre nosotros en Antioquia.

Esta época fué llamada *Edad de bronce*, porque el cobre que entra en esta liga, de la que se han encontrado diversos instrumentos, fué el metal más importante, tanto porque reemplazó la madera y la piedra en la fabricación de instrumentos guerreros y agrícolas, como porque con el oro y la plata le dieron muy variadas aplicaciones industriales y artísticas.

Con estos metales los hombres de esta edad perpetuaron la memoria de sus costumbres, de sus mitos y ceremonias religiosas, cuyo origen fué muy anterior á la *Edad de bronce*.

Durante esta época las tribus se asociaron en cuerpos de naciones y fundaron sus gobiernos de una manera regular. A ella se refiere el grande acontecimiento del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo. "En la *Edad de bronce*, dice Bory de Saint Vicent, habían llegado los hombres al punto en que los aventureros europeos del siglo XV encontraron los pueblos sometidos á la dominación de Montezuma y de los Incas, en los cuales el oro y la plata representaban en su uso habitual los primeros metales de los tiempos heroicos en el antiguo mundo."

La civilización de los pueblos Mexicanos, de los Incas y de los Chibchas estaba muy adelantada; sin embargo, la de éstos últimos era un poco inferior, debido á que sus relaciones con los pueblos más adelantados eran muy difíciles.

El progreso de los pueblos en las artes, la industria, en los conocimientos científicos, económicos, sociales, políticos y religiosos, está íntimamente ligado con la facilidad de sus relaciones mútuas; con el comercio de sus productos, de sus ideas y aspiraciones. Hay en estas relaciones una especie de selección social natural, semejante á la selección de las razas humanas con relación al tipo primitivo, y semejante á la selección natural de las especies primitivas en la escala zoológica y en el reino vegetal.

Las asociaciones de las familias de los Chibchas, de los Panches, de los Andaquíes, Timanaes, Taporogos, Catíos, Coconucos, Chocoes, etc., relacionadas entre sí por sus costumbres, por sus mitos y tradiciones, y por su lenguaje, se constituyeron en verdaderos estados civiles, políticos y religiosos, gobernados por jefes que mantuvieron su autonomía é independencia. Estos pueblos caracterizaban la *Edad de bronce* en estas regiones andinas, época en la que, como veremos después, estaba muy adelantado entre ellos el conocimiento de las labores, aplicaciones y usos de los metales preciosos.

Estos pueblos de la *Edad de bronce* eran más aventajados que los de la *Edad de piedra*. Sus loserías eran más finas y sus adornos más cuidadosos.

Por grandes que hubieran sido los esfuerzos hechos por los hombres de la *Edad de bronce* para conseguir su constitución social regularizada y definitiva, les faltaba para llegar á este fin, un elemento de progreso industrial, sin el cual las sociedades modernas tal vez no serían lo que son hoy: este elemento es el fierro. La *Edad de fierro* está marcada por la adquisición de este preciosísimo metal. En razón de sus cualidades excepcionales, el fierro se sustituyó al cobre y al bronce desde que fué conocido. Muy sorprendente fué para los conquistadores el estado de civilización en que encontraron los pueblos de los Incas, los Mexicanos y los Chibchas; y éstos nada hubieran tenido que admirar de sus dominadores, si el tiempo les hubiera dejado alcanzar la conquista de este importante metal.

Pero la ley del progreso social no dió tregua á las tribus y naciones americanas que marchaban lentamente hacia él; era indispensable que la civilización europea viniera en ayuda del Continente descubierto por Colón. Desgraciadamente muchos de los conquistadores de estos países fueron aventureros insaciables en su sed de oro, y no comprendieron la importancia de una selección progresiva y pacífica de estas populosas naciones.

Las generaciones presentes disfrutan de la benéfica influencia del fierro y de la imprenta, que son elementos poderosos de civilización. Con esta nos toca, no solamente levantar la memoria de las edades y del edificio social de nuestros antepasados, sino también librar del exterminio las innumerables tribus que existen degradadas y envilecidas, fuera del alcance protector de nuestros centros de población.

Este es el dorado que debiéramos conquistar.

II

Si es verdad que el descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, hecho por Cristóbal Colón, y que hoy constituye la Unión Colombiana en honor de este intrépido navegante, dió origen á innumerables hechos de audacia y de valor inmortalizados con la gloria de los conquistadores de este extenso territorio, y de ellos el de Vasco Núñez de Balboa que descubrió el mar del Sur ú Océano Pacífico, descubrimiento que el arte ha idealizado con su magnífico pincel, también es cierto que gran parte del ardor con que acometieron sus gloriosas empresas, fué estimulados por el deseo de la adquisición de las fabulosas riquezas, cuya historia se ha perpetuado con el nombre de *El Dorado*. No es de extrañarse, pues, que la historia gloriosa de la conquista esté acompañada de las relaciones exageradas de las inmensas riquezas de los primitivos pobladores de estas regiones.

Una de las primeras provincias de Tierra-firme de la América Ecuatorial que poblaron los españoles, fué la de Santa Marta, nombre que le fué dado por el Adelantado D. Rodrigo de Bastidas, por haber arribado á ella el día 29 de Julio de 1525, día consagrado en honor de Santa Marta. El cuantioso botín en oro que tomaron los conquistadores á los indios *Gayras, Tagangas* y *Bondas* fué el primer estímulo adquirido en la vía de la codicia, y el primer paso que dieron en esas grandes y numerosas peripecias guerreras que á tantos hombres costó la vida. La tropa española, seducida más que por el brillo de sus armas por el brillo del oro conquistado, sacrificó á su Jefe, quien quiso conservar estos tesoros para los gastos generales de su expedición.

Al Adelantado Bastidas sucedió D. Pedro de Heredia, conquistador de la provincia de Calamar y fundador de la ciudad de Cartagena. Posteriormente D. Gonzalo Jiménez de Quesada, de inmortal memoria, salió de Santa Marta en la famosa expedición que descubrió y conquistó el Nuevo Reino de Granada.

Después de los primeros encuentros que tuvieron los españoles con los valerosos Bondas en 1526, el Capitán D. Pedro Vadillo recogió en 1527, entre Santa Marta y Río-Hacha, una gran cantidad de oro que repartió entre sus soldados en las llanuras del Orinoco. En el valle de Buritica, García de Lerma en 1529 recibió de los indios un rico tributo de paz; y del valle de Tayrona regresó á Santa Marta D. Pedro de Lerma con sesenta mil castellanos de oro. En la vuelta que dieron dichos conquistadores por el valle de Upar y Cesare, llegaron hasta las márgenes del río Lebrija y recogieron cuarenta mil castellanos de oro.

Al paso que los españoles adelantaban en sus conquistas y adquirían á manos llenas el oro de los indios, dado por su voluntad como tributo de paz ó conquistado por la fuerza de las armas, se iba aumentando el entusiasmo en los Jefes por el deseo de gloria y en los soldados por la sed insaciable de riquezas.

Los indios por malicia y por temor explotaron esta pasión de oro de sus adversarios, llevándolos de uno á otro confín de estas regiones en busca del famoso *Dorado* de la fábula indígena que, como toda conseja, encierra alguna verdad.

Desde que tuvo lugar la rendición de los Bondas y el reconocimiento de la tierra hasta el Lebrija, fueron llamadas las provincias de Santa Marta y de Urabá *Castilla de Oro*, y por los relatos de los indios, los españoles creyeron encontrar en el valle de Tayrona un *cerro de oro ó El Dorado*. Piedrahita dice: "El valiente Capitán D. Pedro de Ursúa, por los años de 1552, para servir honrado á su Monarca católica, quiso emprender la conquista de los Tayronas, una de las naciones más belicosas de las Indias. Oyó la voz que celebraba las riquezas del Tayrona, del *cerro* y valle en que estaban los minerales de oro y platería en que se fundían las primorosas joyas de filigrana en varias figuras, de águilas, sapos y culebras, orejeras, chagualas, medias lunas y canutillos, de que tan vistosa y ricamente se arreaban las naciones que corren desde el Cabo de la Vela hasta las extremidades de Urabá," etc.

Los conquistadores que salieron de Santa Marta con Quesada, subieron el Opón, llegaron á Vélez, y allí tuvieron nueva noticia de *El Dorado*. De Vélez salieron por tierra para el valle de los Muiscas, ó Reino de Bacatá, en donde la riqueza de sus moradores avivó el deseo de hallar *El Dorado*. De Bacatá, Vélez y Tunja fueron los conquistadores á someter al *Suamoz*, en donde existía el templo del Sol. En una palabra, por todas partes se difundió la creencia y persecución del famoso *Dorado*.

Todos los cronistas refieren que desde el arribo de los primeros conquistadores á las regiones ecuatoriales de América, obtuvieron el conocimiento de que sus moradores poseían muchas riquezas; pero D. Juan de Castellanos en sus *Elegías de varones ilustres de Indias*, en una versificación llamada de *octava rima*, hace más elegante y atractiva su narración. (5)

Perdónenos el lector que antes de continuar en el asunto principal de este escrito, copiemos la bella introducción del anciano poeta, en su canto primero, como una muestra, para los que no la conocen, del sabor que deja su lectura:

Á cantos elegíacos levanto
Con débiles acentos voz anciana,
Bien como blanco cisne que con canto
Su muerte solemniza ya cercana.

No penen mis amigos con espanto,
Por no los comenzar más de mañana,
Pues suelen diferir buenos intentos
Mil varios y diversos corrimientos.

(5) Véase al fin la noticia biográfica de D. Juan de Castellanos.

Más adelante en la elegía á la muerte de D. Sebastián de Benalcázar, Adelantado de la Gobernación de Popayán, en el canto segundo, dice de las riquezas de los Muiscas ó Chibchas:

Desde que con aquella gente vino
Anasco, Benalcázar inquiría
Un indio forastero, peregrino
Que en la ciudad de Quito residía,
Y de Bacatá dijo ser vecino,
Allí venido no sé por qué vía;
El cual habló con él y certifica
Ser tierra de esmeraldas y oro rica.

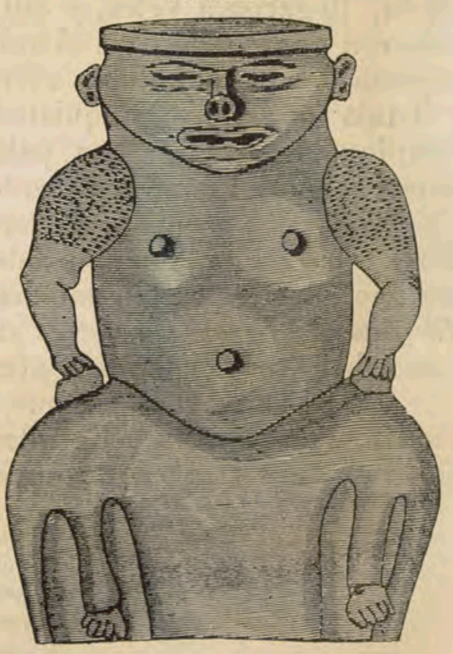
Y entre las cosas que les encamina
Dijo de cierto rey que, sin vestido,
En balsas iba por una piscina
Á hacer oblación según él vido,
Ungido todo bien de trementina
Y encima cuantidad de oro molido
Desde los bajos piés hasta la frente,
Como rayo de sol resplandeciente.

Dijo más las venidas ser continas,
Allí para hacer ofrecimientos
De joyas de oro y esmeraldas finas
Con otras piezas de sus ornamentos;
Y afirmando ser cosas fidedinas,
Los soldados alegres y contentos
Entonces le pusieron *El Dorado*
Por infinitas vías derramado.

III

Los antiguos habitantes de las altas regiones de los Andes colombianos, principalmente los de la nación Chibcha, tenían adoratorios en sus poblaciones, tales como el gran templo de Iraca en Tundama, cerca del pueblo que hoy se llama Sogamoso, en donde los conquistadores creyeron encontrar *El Dorado*, y de donde Sugamuxi era Cacique y Pontífice supremo; y los templos de Bacatá y Chía, cerca de los cuales vivían los jeques ó sacerdotes encargados de su custodia y ceremonias religiosas. Eran suntuosos por sus ricos adornos de oro y por las ofrendas que hacían á sus dioses de tejuelos de oro y figuritas del mismo metal, que representaban hombres, mujeres y animales, y aun partes interesantes de sus mitos, de sus costumbres, de su industria y de sus escasas presunciones metereológicas, y que depositaban en vasos de tierra cocida de diferentes formas. En la puerta del templo de Iraca en Sogamoso, según Piedrahita, estaba la que representa la figura 1.ª, que era de oro, hueca, y servía para colectar las ofrendas de los peregrinos, y está á la quinta parte de su tamaño; en Antioquia se ha encontrado la misma de tierra cocida.

FIGURA 1.ª



La magnificencia y riqueza de los adornos del templo de Iraca, excitó la codicia de los conquistadores y fué destruido por las llamas del incendio causado por los soldados que entraron en él, los que, maravillados de sus riquezas en objetos de oro, dejaron sobre las esteras que cubrían el suelo las teas inflamadas que redujeron á cenizas aquel santuario.

En las costumbres religiosas de estos pueblos había también la de ofrendar el oro, piedras preciosas y objetos que reputaban estimados por sus dioses, en adoratorios retirados y casi inaccesibles á la profanación humana. Estos adoratorios eran principalmente las lagunas, situadas en las empinadas cúspides de las montañas, pues las miraban con veneración porque

creían que en ellas habían nacido sus primeros padres; y su imaginación fantástica daba existencia allí también á sus dioses tutelares.

Cada laguna, dice Acosta, tenía su tradición, y las peregrinaciones á estos santuarios eran muy comunes entre los Chibchas. Las más frecuentadas como adoratorios eran las de Guatavita, Suesca, Siecha, Ubaque, Chingasa, Teusacá, Churuguaco, Fúquene, y otras menos conocidas, pero la más celebre en la historia de estas regiones, y en la que los resultados obtenidos por los primeros que intentaron desaguarla, confirmaron la opinión de los historiadores, es la de Guatavita. Esta laguna era, según la tradición, el adoratorio *principal* de los Chibchas; está en el páramo de la cordillera que domina el pueblo del mismo nombre, pueblo que fué una de las principales ciudades antes de la conquista y residencia de la corte del príncipe Muisca que gobernaba esta sección de Cundinamarca.

La ciudad de Guatavita era, cuando la conquistó Quesada, la plaza de armas mejor fortificada, y los soldados españoles hicieron en ella un rico botín. Sus moradores, bastante industriosos, sabían fundir el oro y amoldarlo; trabajaban joyas, *tunjos* y piezas de oro maciso que les servían de adornos, de objetos de cambio, y conmemorativos de sus costumbres, de sus creencias y funciones religiosas, y también para arrojarlos á las lagunas como ofrenda á sus dioses.

FIGURA 2.ª



La laguna de Guatavita (figura 2.ª) está situada á la distancia de cerca de un miriámetro del pueblo del mismo nombre, y en sus orillas se dice había un templo; está colocada en una situación pintoresca, en una altura de 3,199 metros sobre el nivel del mar, y mide 5 kilómetros de circunferencia y 40 metros de profundidad (25 brazadas). Desde el tiempo de la conquista se intentó el desagüe de esta laguna para sacar los tesoros que se dice contenía pues se cree que en

ella arrojaron los indios los tesoros del Cacique de Chía. El primer empresario fué el Capitán Lázaro Fonte, que llegó con Quesada á este Reino. Posteriormente Antonio Sepúlveda hizo un contrato con el Rey de España, Felipe II, con el mismo objeto, y en el desagüe parcial sacó una esmeralda de gran valor y muchos objetos de oro por valor de doce mil pesos.

Según el historiador Zamora, cronista del siglo XVII, los sacerdotes de los Chibchas cuidaban del templo de Guatavita, procurando mantener en el pueblo la creencia de que en la hermosa laguna vivía la *Cacica*, la que huyendo de las acusaciones de infidelidad que le hacía el Cacique, se arrojó á la laguna con su hija, y residía en un magnífico palacio construído en su fondo, creencia por la cual los indios se complacían en hacerla sus más valiosas ofrendas.

Este historiador dice: "Divulgóse esta fábula por toda la nación de los *Moscas*, y también por los extranjeros que, admirados del prodigio, venían á ofrecer sus dones por calles diferentes, de las que hasta hoy permanecen las señales. Entraban en unas balsas de junco, y en medio de la laguna arrojaban sus ofrendas con ridículas y vanas supersticiones. La gente ordinaria llegaba á las orillas, y vueltas las espaldas hacían sus ofrecimientos, pues tenían por desacato el que mirase aquellas aguas persona que no fuese principal ó calificada. También es tradición muy antigua la de que arrojaron en ella todo el oro y esmeraldas luégo que tuvieron noticia de que no era otra cosa lo que buscaban los españoles. De esta laguna salió aquella fama de *El Dorado*, que á tantos ha hecho decir que el Cacique de Guatavita se bañaba en trementina y sobre ella ponía gran cantidad de oro en polvo, librea con que entraba dorado y resplandeciente al sacrificio."

La relación del padre Zamora la confirman otros historiadores del tiempo de la conquista, entre ellos figuran además del poeta D. Juan de Castellanos, que es el más antiguo, el padre Simón, Quesada y Fresle, autor de "El Carnero," narrador sencillo y testigo ocular de muchos acontecimientos de la época.

El Obispo Piedrahita, que escribió su historia de la conquista en 1676, dice: "que los indios tenían templos y adoratorios, y de éstos los más célebres eran los de Bacatá, Sogamoso y Guatavita, y ellos adoraban mucha diversidad de ídolos como son: figuras del sol y de la luna formadas de plata y oro; y del mismo metal figuras de hombres y mujeres; otros de madera, de hilo y cera, grandes unos y otros pequeños, y todos estos indios con cabellera y mal tallados."

"Por mano de sus sacerdotes se ejecutaban las víctimas de sangre humana; y á sus ídolos se les hacían ofrendas de esmeraldas, de oro en polvo ó en puntas, lagartijas y gomas, casquetes, raposas y vasos, todo de oro."

Agrega que "el Zipa de Bogotá recogió sus tesoros que eran cuantiosos, y los hizo trasportar á un sitio ignorado hasta la fecha."

La laguna de Siecha fué como la de Guatavita y otras, adoratorio donde practicaban los Chibchas las mismas ceremonias y en donde hacían sus oblaciones. La circunstancia de ser una localidad retirada de las miradas profanas, era favorable en la práctica de sus mitos. Sin embargo, los señores Tovar y doctor Aguilar, opinan que fué exclusivamente en esta laguna donde se verificaba la ceremonia de *El Dorado* y en donde el Zipa arrojó sus riquezas; fundan su opinión en las observaciones siguientes: 1.ª En la tradición conservada por un indio descendiente de los aborígenes de esas comarcas, quien la trasmitió al señor D. Luis Tovar, visabuelo de los autores de esta observación, y á quien dijo existía en esta laguna un venado de oro, y muchas riquezas arrojadas por sus antepasados; 2.ª Que la descripción que hace el historiador Zamora de la laguna de Guatavita, *cuadra* mejor con la de Siecha, porque Guatavita significa en idioma chibcha *remate de cordillera*, y la de Siecha está al S. O. de Guata-

vita en el límite de la cordillera; 3.ª Que los indios naturalmente desconfiados debieron ocultar á los españoles el verdadero lugar donde depositaron sus riquezas; 4.ª Que las riquezas del Cacique de Chía fueron conducidas al Oriente de este pueblo, y precisamente hacia esa parte queda la laguna de Siecha; 5.ª que de esta laguna se han sacado oro, algunas esmeraldas y objetos de oro fabricados por los indios; y 6.ª Que en contorno de la laguna de Siecha se han encontrado figuras de barro cocido, que representan á los indios en diversas actitudes y vueltos la espalda."

Debe observarse que si la significación de la palabra Guatavita *(remate de cordillera)* no corresponde á la laguna de Guatavita sino á la de Siecha, menos corresponde ese nombre al pueblo que describen los historiadores como la ciudad fortificada, rica é industriosa de que he hablado ya; y Guasca debiera llamarse Guatavita, lo que no puede ser.

Además, no puede creerse que la concordancia de los historiadores pudiera ocultar un error tan notable.

Todas las demás observaciones de los señores Tovar, confirman el hecho de que, en general, las lagunas fueron adoratorios de los indios, en donde depositaban objetos de oro y piedras preciosas.

Es verdad que en la laguna de Siecha se encontró una magnífica pieza de oro que representa la ceremonia de *El Dorado*, y cuya descripción es el asunto principal de este capítulo; pero este hecho no está en oposición de los que demuestran que en la laguna de Guatavita se verificaba esta ceremonia: pues la belleza de esta laguna, su situación y sus mayores dimensiones, condiciones superiores á las de la laguna de Siecha, eran bastantes para llamar la atención de sus moradores y para seducir su fantástica imaginación, además de que estaba inmediata al templo sagrado de que habla la historia.

La laguna de Siecha (figura 3), está situada al N. E. de Bogotá y al S. E.

FIGURA 3.ª



de Guatavita, en un páramo de difícil acceso; sus aguas puras y trasparentes tienen una temperatura media de 8 grados centígrados, y toman una bella coloración verde por la absorción de la luz; están contenidas en una concavidad casi circular, formada por la dislocación de las capas de arenisca, cuya posición es visible en once capas que afluyen sobre los costados Norte y Sur y en una inclinación de 45 grados sobre el horizonte de E. á O. Presenta un contrafuerte de una enorme masa de roca desprendida al O. por donde se asciende á la laguna, y un manto de arenisca hacia el E. que la resguarda; y es este el punto desde el cual está tomada la vista de la figura 3. Está en una altura de 3,673 metros sobre el nivel del mar, y de 1,062 metros sobre Bogotá; mide en su diámetro mayor 220 metros y 34 de profundidad.

La primera compañía que se organizó para el desagüe de la laguna de Siecha, la formaron los señores Pedro y Miguel Tovar, doctor Miguel Pey, General Santander, D. Bruno Espinosa y el maestro León. Construyeron en tajo descubierto un canal de 3 metros de profundidad y 50 de largo, pero no obtuvieron resultado favorable.

Posteriormente, en el año de 1856, los señores Joaquín y Bernardino Tovar, asociados á los señores Guillermo París y Rafael Chacón, terminaron el desagüe parcial, y al bajar unos 3 metros el agua de la laguna, encontraron algunas piezas de oro y varias esmeraldas.

FIGURA 4.ª

Ultimamente, en 9 de Octubre de 1870, los señores Crowter y Henrique Urdaneta fueron víctimas de su entusiasmo en esta empresa: practicaron un socavón que perforó la roca de arenisca en una extensión de 187 metros sobre el muro occidental. En la parte correspondiente al fondo del socavón, faltaban solamente 3 metros para terminar la perforación; pero la dificultad de hacer respirable el aire viciado por las emanaciones del lodo y por la combustión de la pólvora empleada para volcar la roca, produjo la asfixia de estos señores y de un peón. Con este accidente desgraciado terminó la empresa, sin que hubiera podido coronar su obra.

De las piezas de oro sacadas en 1856, la más importante es la que hoy posee el señor Salomón Koppel. En nuestra opinión esta pieza representa la ceremonia de *El Dorado*. Está compuesta (figura 4.ª), de un disco de oro fundido en forma de

una balsa, de 9½ centímetros de diámetro y figurada por una espiral concéntrica sujeta por hilos más gruesos, soldados perpendicularmente sobre los otros dos: los hilos colocados de atrás hacia adelante tienen 17 centímetros de largo, se prolongan por esta parte y forman un haz con otros que están soldados colateralmente, y parece que esta reunión forma la cabeza de la balsa, pues es hacia este lado que concurren todos los extremos y al que dan el frente todos las figuras colocadas en ella; sobre esta balsa hay diez figuritas de oro de forma humana: una central más grande que las demás, de 7 centímetros de alto, tiene en la cabeza un casquete ó gorro, distintivo de los caciques, y en la mano un cetro ó tridente. En contorno están las nueve restantes, cuatro en un lado y cuatro en el otro, en semicírculo, de 3½ centímetros de alto; otra más pequeña, de 3 centímetros, colocada delante de la central, lleva una canasta en la espalda y un tridente en la mano.

Indudablemente esta pieza representa la ceremonia religiosa descrita por Zamora; es decir, al Cacique de Guatavita rodeado de los sacerdotes indios sobre la balsa de juncos que los conducía al centro de la laguna, en el día de la oblación. La figura más pequeña que está delante del Cacique, probablemente representa algún dignatario ó miembro de la familia real, encargado de llevar en la canasta los objetos que debieran ser arrojados en la laguna como ofrenda.

Esta balsa de oro pesa 268 gramos, es decir, un poco más de 58 castellanos. Contiene una ley de fino próximamente de 800 milésimos, un poco más de 19 quilates, por consiguiente el valor del oro, sin contar el de estimación como objeto científico, es de 147 pesos 700 milésimos.

La laguna de Fúquene fué en tiempos muy remotos un gran lago que ocupaba toda la parte plana comprendida entre Tausa y Puente de Piedra, más allá de Saboyá. Vierten á ella las aguas de los ríos Susa y Ubaté, formados por los ríos Playa, Salina y Hatoviejo, Tausa y Lenguasaque, y da origen al río Saravita. Á 500 metros de la laguna está el pueblo de Fúquene, que fué muy grande y populoso en tiempo de los indios, hoy es pequeño y despoblado. Según el Obispo Piedrahita, en el siglo XVII este pueblo estaba en la orilla de la laguna, lo que prueba la grande diminución de sus aguas producida por el desmonte de las tierras circunvecinas; entonces era llamada esta laguna *Siguacinsá,* y medía de largo de S. á N. 5 miriámetros y 2 de ancho, hoy tiene solamente 1,5 miriámetros de largo y 0,5 de ancho.

En el centro tiene dos islotes y dos islas altas; en el más grande de aquéllos había un templo indio y varios adoratorios servidos por cien sacerdotes, para atender á los peregrinos que llegaban constantemente de todas partes á ofrendar sus joyas de oro, de las que después se han encontrado algunas en la laguna.

Generalmente las joyas de oro fabricadas por los Chibchas ofrecen un grande interés en el estudio de la civilización de estos pueblos primitivos, pero no son tan hábilmente fabricadas, como las que hacían los indios de Antioquia y del Tayrona. Se comprende fácilmente esta diferencia, pues que á los Chibchas les faltaba el oro que era muy abundante en los aluviones de Antioquia, del Tolima, del Cauca y del Chocó; éstos lo vendían en cambio de la sal y de las esmeraldas de aquéllos; así, pues, era bien difícil la adquisición de este elemento para la industria de los Cundinamarcas, y por consiguiente lento el adelanto de este arte. Esta es una de las razones porque no es creíble la inmensa riqueza que el Cacique de Chía ocultara á las pesquizas de los soldados de Quesada. Además, compárense las cantidades de oro que según los datos estadísticos se han podido extraer, con todos los elementos de la civilización industrial venidos á Colombia después de la conquista, es decir, con las máquinas, métodos metalúrgicos y de explotación de minas, que en tanto tiempo han servido para desentrañar el oro de

nuestro suelo; compárese, digo, estas sumas, con las que pudieron obtener los pueblos primitivos con medios sencillos y escasos recursos industriales, y por largo que sea el período de civilización industrial de esos pueblos, se verá desaparecer una gran parte de esos fabulosos montones de oro que trastornaron la imaginación de los conquistadores y los hizo tan exigentes y tan crueles con esa raza infeliz.

IV

Después de fundadas la ciudad de Panamá en 1519 por D. Pedro Arias Dávila, y la de Santa Marta en 1525 por D. Rodrigo de Bastida, fué fundada Cartagena, la tercera ciudad importante del Nuevo Reino, por D. Pedro de Heredia. El acto solemne de su fundación tuvo lugar el 21 de Enero de 1533 con el nombre de Calamar, que fué el del pueblo cuyo sitio se le asignó, pero con el tiempo se le sustituyó el de Cartagena, nombre que antes se le había dado á la bahía.

Un año después, en 1534, resolvióse una expedición al interior en busca de *El Dorado* y del mar del Sur, ignorando la gran distancia á que estaban de él, y en 8 de Enero salieron 200 hombres de infantería y 50 de caballería ricamente equipados á órdenes de D. Pedro de Heredia, Gobernador de Cartagena. Penetraron por la izquierda de la bahía y llegaron al pueblo de Guatena; siguiendo después el lecho seco y ardiente de una quebrada encontraron un caserío en el que lograron sorprender á un anciano Cacique, quien les presentó una plancha de oro, que dijo fué llevada del Finzenú. Deseosos de llegar á este punto llevaron por guía á un niño, hijo del Cacique, única persona que acompañaba al anciano y que más tarde fué víctima de su amor filial, pues para salvar á su padre se comprometió en su lugar á guiarlos y murió de frío y de fatiga.

Fueron conducidos al través de una sierra baja, pero de terreno fragoso para la caballería, y llegaron á una vasta llanura de más de quince leguas de contorno. En esa llanura había una pequeña población de veinte casas, espaciosas y bien ventiladas, en donde residía la Cacica de Finzenú con su marido. Olvidando Heredia su antigua conducta humanitaria y pacífica que la prudencia le había aconsejado en su primera expedición, ordenó el saqueo del pueblo, en el cual hallaron los soldados veinte y cuatro ídolos de madera chapeados de láminas de oro, reunidos de dos en dos, sosteniendo hamacas en que se depositaban las ofrendas de joyas de oro, traídas al santuario por los indios peregrinos. Ya Heredia en una exploración anterior, en otra dirección, había encontrado en el pueblo del Cacique Cipagua, en el templo, un ídolo de oro maciso, en forma de puerco-espín, el que tomaron al instante diciendo que no podían consentir en tan bestiales idolatrías. Este ídolo pesó cinco arrobas y media (68 kilógramos 750 gramos) y fué la pieza más grande que los españoles hallaron en el Nuevo Reino en todo el tiempo de la conquista. Esto fué algo más que *El Dorado.*

El pueblo del Zenú era también la necrópolis general de toda la comarca, y se componía de un gran número de túmulos ó sepulcros de tierra, unos en forma cónica y otros cuadrados. Practicaban un hoyo en el suelo capaz de contener el cadáver del indio que moría, y lo depositaban en él con sus armas, joyas é ídolos de oro, que colocaban á la izquierda mirando al Oriente, y al rededor algunas vasijas con chicha, también maíz y piedra para molerlo, sus mujeres y esclavos si los tenía, cuando era persona principal, los cuales se embriagaban antes de ir á aquel terrible suplicio; luégo cubrían todo con una tierra roja dándole la forma conveniente al túmulo. Así era que las dimensiones de estos túmulos representaban la duración del duelo y la categoría del indio enterrado, pues según su riqueza era la cantidad de tierra amontonada y la chicha consumida.

Los expedicionarios que acompañaban á Pedro de Heredia, sacaron de algunos de estos sepulcros joyas y *tunjos* de oro por valor de diez, veinte y hasta treinta mil pesos. Á pesar de que Heredia persuadió á su gente de que debían diferir el saqueo de los sepulcros hasta el regreso del descubrimiento de Zenufana, la tierra de donde venía el oro, los soldados escondieron en un paraje secreto trescientos mil pesos que habían sacado rápidamente.

La codicia los había hecho tan prácticos en la inquisición de estos sepulcros, que prendían fuego á la paja de que con el tiempo se habían cubierto y así se ponía de manifiesto hasta el más humilde túmulo. Descubrían y perforaban el lado izquierdo, lugar en el que precisamente habían sido colocadas las joyas de oro, y de este modo la operación era menos larga y menos laboriosa.

Todo este oro, de que se ha hecho mención, y mucho más que adquirieron por la violencia los españoles, no lo extraían los indios del suelo de estas comarcas, pues no era aurífero, lo obtenían de los habitantes del Zenufana con los cuales tenían relaciones comerciales, cambiando sus productos industriales, agrícolas y naturales por el oro de las regiones que hoy constituyen el Estado de Antioquia y parte del Cauca.

El Coronel Acosta dice con bastante propiedad: "Ciertamente era preciso que estos habitantes fueran laboriosos para poder, después de proveer á las necesidades de la subsistencia, reunir estas cantidades de oro que representaban el tiempo consagrado en hilar, tejer y fabricar las hamacas y otras telas, ó en recoger la sal ó secar el pescado, que eran los artículos que cambiaban por el oro que de tan lejos les venía."

Los naturales de aquellas comarcas llamaban *Finzenú* á toda la hoya del río Zenú; designaban con el nombre de *Panzenú* al país que se encuentra pasando la sierra hacia el río San Jorge, y, finalmente, *Zenufana* era la tierra rica en oro en que están situadas hoy las ciudades de Zaragoza y Remedios, sobre el río Nechí y sus afluentes. La expedición de Heredia no pudo llegar en esta vez hasta allí; las calamidades que les sobrevinieron por la mala estación los hicieron regresar desde la cordillera que separa estas dos regiones.

La fama que adquirieron las ricas regiones situadas al Oriente del Zenú, estimuló los ánimos de los conquistadores para arriesgar una nueva expedición, compuesta de cuatrocientos hombres, que salieron con D. Alonso de Heredia, hermano del Gobernador de Cartagena. Pero esta tentativa fué mucho más desastrosa que la anterior. Sin guías, porque todos los indios habían muerto de extenuación y de frío en la serranía; caminando á la ventura llegaron á un pueblo pequeño, principio de los dominios del poderoso Cacique Yapel ó Ayapel. Éste libró contra los invasores un combate terrible, del cual les fué muy trabajoso salir triunfantes á estos últimos. Después de una marcha penosísima durante algunos días más, llegaron al caudaloso río Cauca, el que les opuso un grande obstáculo á la continuación de su marcha, y su desaliento fué mayor cuando vieron que estas poblaciones huían incendiando sus casas. Extenuada de fatiga, de hambre, y abatido su espíritu guerrero, la gente española regresó á Cartagena muriendo en la retirada la mayor parte de la tropa.

La intrepidez y constancia de los castellanos no cedieron en un punto de la firme resolución de ir en busca de las riquezas de Zenufana y de *El Dorado de Dabaybe*, que tan cruelmente había burlado sus esperanzas en expediciones arruinadas. D. Pedro de Heredia con 210 hombres bien equipados, organizó otra expedición que marchó en 1536 de San Sebastián de Buenavista y penetró en barcas por el Atrato. Trasladados á tierra siguieron una penosísima vía por terrenos anegadizos y poblados de selvas seculares casi intransitables; combatidos por las lluvias constantes, por los insectos y por la falta de lumbre y de víveres,

daban tormento á los infelices indios que les servían de guías, creyendo que los habían extraviado, no siendo otra la causa de esta penosa situación sino la obstinación en adoptar una vía intransitable. Esta expedición terminó como las anteriores: regresó á Calamar el resto de ella.

No era posible que estos contratiempos hicieran abandonar la idea de la conquista del famoso ídolo de oro macizo del *Dabaybe*, y los soldados más robustos, intrépidos y prácticos, en número de 100 hombres, capitaneados por D. Francisco Cesar, á quien habían aclamado como Jefe, emprendieron viaje en 1537, saliendo de San Sebastián resueltos á trasmontar la sierra de Abibe, que en cerca de veinte años había sido una barrera inexpugnable á todos los conquistadores.

Los españoles llamaban sierra de Abibe á una cordillera de montañas que forman una rama de los Andes, en dirección de Norte á Sur, cubierta de selvas impenetrables, solamente accesible con dificultad por entre el lecho de los ríos y de los torrentes. En esta cordillera había un pueblo, residencia del Cacique Abibe, de quien tomó su nombre.

Francisco Cesar luchó con toda clase de dificultades y peligros que pusieron á prueba su constancia; trasmontó la cordillera descendiendo al valle de *Cuaca* ó *Guaca* solamente con 63 hombres y unos pocos caballos: 37 soldados habían perecido en esta difícil y gigantesca empresa.

Los esfuerzos que hicieron los habitantes de este valle para arrojar de allí á sus invasores, fueron inútiles al principio por la actitud pacífica de Cesar, que dominó el ardor bélico de los naturales, y posteriormente el intrépido lidiar de estos indios sucumbió con la muerte de su Jefe Quinunchú, hermano del Cacique Nutibara, señor del valle de Guaca.

Este valle era entonces una de las regiones más pobladas y más cultivadas de las que hoy forman el Estado de Antioquia. Sus poblaciones estaban formadas de casas grandes, bien construidas y cómodas, rodeadas de árboles frutales. Los indios cubrían parte de su cuerpo con telas que ellos mismos tejían; eran industriosos y ricos en alhajas é ídolos de oro.

En la jornada de Guaca encontró Cesar sepulcros construidos con arte, de los que sacaron 40,000 ducados en oro labrado en diferentes figuras; pero no pudiendo resistir á un nuevo encuentro con estos valerosos y numerosos indios regresó á Cartagena.

Algún tiempo después el Licenciado Vadillo, Juez de residencia, después de haber apresado á los Heredia injustamente y de mandarlos á España para librarse de estos rivales afortunados, salió de San Sebastián de Urabá á principios del año de 1538, llevando por su segundo á Francisco de Cesar, y con una de las más fuertes y numerosas expediciones que se formaron en esos tiempos de conquista. Después de muchas dificultades, penalidades y combates con los pueblos gobernados por Nutibara, descubrieron el valle de Noré ó Norí. Á este descubrimiento siguió la conquista de las regiones casi inaccesibles de Buriticá, en donde hallaron algunas alhajas de oro y los hornillos, moldes y demás utensilios de que se servían los indios para fundir y modelar el oro en muy variadas figuras.

En el pueblo de Corí, en la ribera izquierda del río Cauca, hacia el Sur, murió de muerte natural el intrépido y humanitario Francisco Cesar, digno de mejor suerte y de mayores glorias.

Después de muchos días de penosa marcha, la tropa de Vadillo llegó al territorio de Umbra, que llamaron de Anserma, de *anser* que en idioma indio significa sal, pues allí encontraron fuentes abundantes en sal. En la provincia de Nacor terminó la expedición de Vadillo, pues sus soldados se sublevaron desconociendo su autoridad al llegar á Lile ó Cali, instigados por la codicia, que siempre fué un mal consejero, aun cuando Vadillo fué también un mal Capitán.

Jorge Robledo completó las exploraciones de las regiones montañosas del Estado de Antioquia; sujetó los pueblos de los *Carrapa*, los *Picara* y los *Pozo*. Combatió con una tribu guerrera que se llamó de los *Armados*, y al pueblo que se fundó allí le dió el nombre de *Arma*. Estos indios salieron al encuentro de Robledo en escuadrones bien ordenados, cubiertos con petos, diademas y brazaletes de oro; estaban bien armados con flechas, dardos, hondas y macanas, con las que pusieron en apuros á la gente de Robledo.

En el territorio de Quimbaya, uno de los Caciques le obsequió á Robledo un vaso ó copa de oro que podía contener dos azumbres de líquido, y que pesó 300 castellanos (1,380 gramos).

Últimamente en 1545 Robledo recorrió la ribera derecha del río Cauca hasta frente de Buriticá, descubriendo los pueblos de la Pascua, el Blanco, de la Sal, Zenufana y Mungía. En este último había fábricas de compactar sal. Pedro Cieza de León dice: "En este pueblo de Mungía, desde donde atravesamos y descubrimos el valle de Aburrá (hoy Medellín) y sus llanos, y en otro que ha por nombre Zenufana, hallamos otras fuentes que nacen junto á unas sierras cerca de los ríos, y del agua de aquellas fuentes hacían tanta cantidad de sal, que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni más ni menos que panes de azúcar. Y esta sal la llevaban por el valle de Aburrá á las provincias que están al Oriente. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios."

El mismo historiador asegura que desde Quimbaya hasta frente á Caramanta, en la margen derecha del río Cauca, y en las sierras vecinas, había habitantes en número de más de 100,000 almas; que cultivaban en terrenos limpios, aunque quebrados, grandes sementeras de maíz, yuca, otras raíces y muchos árboles frutales. Conocían el arte de hilar y de tejer telas de algodón, las que servían principalmente á las mujeres para cubrirse, aunque escasamente, su cuerpo; tenían fábricas de compactar sal, comerciaban con ella y con sus mantas en cambio del oro que sabían fundir y labrar en joyas diversas.

Posteriormente (1552) Gómez Fernández, vecino de Anserma, obtuvo autorización para descubrir nuevas tierras y para poblar en Caramanta; esta concesión tenía dos objetos: 1.° Trasmontar la cordillera occidental para buscar en territorio de los Chocoes *El Dorado de Dabaybe*, siguiendo una dirección diferente de la que hasta entonces habían seguido, pues se juzgaba más acertado buscar *El Dorado* por el lado de Antioquia, cuando todas las expediciones por el lado del mar habían sido infructuosas; 2.° Era objeto no menos importante, según las órdenes dadas por la Audiencia á Fernández, el someter á *Toné*, Cacique de la tribu de los *Catios*. Este pueblo guerrero y audaz, que se hizo el terror de los españoles vecinos de Antioquia, estaba situado hacia la sierra de Urrao, era una raza bien inteligente, y según el historiador Simón "escribían sus historias con geroglíficos pintados en mantas. Usaban de peso y medida. No usaban veneno en sus flechas y dardos. Querían mucho á sus hijos y mujeres, que eran más blancas que ellos y de buen parecer, y se adornaban con arracadas y otras joyas de oro. No tenían santuarios; adoraban las estrellas y tenían confusa idea del diluvio. Creían en un Dios, en la inmortalidad del alma, pero sus tierras eran estériles para el maíz, del que hacían sus alimentos y bebidas."

Fernández con 80 hombres abrió campaña contra el Cacique Toné, el que prontamente se había atrincherado en dos fuertes construídos con corpulentos maderos que caían sobre los asaltantes causando numerosas muertes en el ejército conquistador. Solamente con el auxilio del fuego, que destruyó los fuertes, pudieron los españoles triunfar de esta intrépida tribu. Dentro de su recinto hallaron las mujeres y los hijos de los combatientes con muchas provisiones, agua y bebidas fermentadas para sostener un sitio de muchos meses.

Cansado Fernández, después de haber llegado al valle llamado de Penderisco con grandes dificultades y trabajos, desilusionado en la empresa de hallar el famoso *Dorado*, regresó á Cartagena bajando en balsas por el río Redes y después por el Darien ó Atrato.

Entre las tribus que se conocieron entonces en la provincia de Antioquia, se cuentan como principales las de Hebejico, Pequí, Penco, Norisco, Tuango y las de los Pubios, Zeracunas, Peberes, Nitanos, Tuines, Cuiscos, Araques, Guaensecos, Tecos y los Catíos.

El estudio de la historia de la conquista y descubrimiento desde el Zenú hasta el territorio que hoy forma el Estado de Antioquia y parte del Cauca, nos da el conocimiento de que sus pobladores vivían bajo un régimen civil, en parcialidades ó naciones bastante adelantadas en la vida social y en las artes manuales; que poseían el sentimiento íntimo del amor patrio, por el que se sacrificaron defendiendo con gran vigor sus familias y sus hogares de la crueldad y codicia de los invasores extranjeros.

La costumbre de enterrar á los miembros de sus familias en túmulos ó sepulcros, con todas sus riquezas, era muy generalizada, no solamente entre los habitantes de los valles del Zenú, del Finzenú, de Guaca y de Antioquia, sino también en todo el Nuevo Reino conquistado. La forma de los sepulcros variaba algún tanto de un pueblo á otro, lo mismo que las ceremonias del duelo y del entierro; pero las ideas que tenían sobre su espiritualismo, y que los conducían á sepultar las alhajas, instrumentos de trabajo y las mujeres del difunto juntamente con él, eran semejantes como veremos en un capítulo posterior.

La significación del nombre de *Guaca* ó *Huaca* con que se conocía aquel valle, en el idioma de sus habitantes, era la misma que tenía en idioma quichua, significaba *ídolo, adoratorio*. Los Incas pretendieron extender su dominio en la región del Sur del Cauca hasta Pasto; lo que prueba que las tribus de este territorio tuvieron relaciones con las del Ecuador. (6)

Cualquiera que sea el origen de la palabra *huaca*, hoy mismo se designa por los naturales de Antioquia con el nombre de *Guacas* las sepulturas y santuarios de los antiguos indios, en donde se encuentran momias con objetos del arte cerá-

(6) En la parte alta del sur del valle del Cauca, y en las cordilleras Occidental y Oriental, había una nación indígena bastante adelantada, la que estaba compuesta de los indios Coconucos, Pubehanos y Chisquios (datos recogidos por el General T. C. de Mosquera). Consagrados á la agricultura sacaban de ella su subsistencia, en la que usaban principalmente el *burá* (zea maíz); el *huahue* (conium arracacha); el *ulluco* (ullucus tuberosus), planta designada con el mismo nombre en idioma quichua y que los Chibchas llamaban *hivia* ó *chivia*; la *oca* (oxalis tuberosa) y la *papa*, que así llamaban la patata (solanum tuberosum). Las aldeas de Coconuco, Puracé, Polindará y Silvia conservan su idioma, y en él se encuentran las palabras *Manche*, espíritu; *Palash*, cielo; *Cuai*, demonio. El autor del bien era para estos indios el sol llamado *Piuchr*, y el del mal era la luna, *Puil*. Llamaban las estrellas fijas *Sil* y á los planetas *Siill ó Silg;* distinguían la constelación de las pleyadas con el nombre de *Site silg*. El cómputo del tiempo era por lunas, como los pueblos de Cundinamarca y Antioquia; cada mes lunar lo llamaban *Ganapuil*. Tenían un gobierno regularmente constituído: su primer Jefe se llamaba el *Yasgüen;* seguían á éste los Caciques que gobernaban agrupaciones de pueblos; después de éstos el *Caschú*, especie de Gobernador; y, finalmente, las autoridades inferiores que designaban con el nombre de *Carib*. Contaban por grupos de á siete, y sus cuentas las llevaban con nudos en unas cuerdas llamadas *quipos*, nombre que usaban los Incas en su método de escritura con nudos, lo que prueba que estos pueblos tuvieron relaciones íntimas entre sí. Mascaban coca mezclada con el *pic ó mambí*, nombres que daban á la cal cáustica, obtenida por calcinación de un calcáreo arcilloso, costumbre idéntica á la de los pueblos de Bolivia, Perú y Cundinamarca. Usaban instrumentos de piedra para sus labores agrícolas. En las alturas de Coboló se encuentran las ruinas de una antigua fortaleza hecha de piedra y tierra, de forma cuadrangular; para llegar allí se sigue un camino en ziczac, figura que llamaban en su idioma *quingos*, palabra que se encuentra también en idioma quichua.

Cuando los conquistadores llegaron á estas regiones, los pueblos que formaban esta nación y los de Pasto se defendían tenazmente de los Incas que pretendieron privarlos de su independencia, la que tampoco quisieron rendir al poder español, pues prefirieron morir de hambre destruyendo todas sus sementeras.

mica de esos tiempos, y figuras de oro muy variadas y muy bien ejecutadas; la profesión del *guaquero* ó buscador de guacas es un arte lucrativo en esos pueblos.



FIGURA 5.ª

La figura 5.ª representa una vista del corte vertical de una de estas guacas ó sepulcros encontrados en Antioquia, cuya copia nos fué dada desde 1856 por

el señor Manuel Paz, antiguo miembro de la Comisión Corográfica. Estos sepulcros son cuadrados, construídos con paredes de arcilla (greda) y guijarros; tienen una profundidad de 2 á 3 metros. En esta clase de guacas se encuentra más oro que en las redondas, que son las más comunes. Contienen el cadáver del indio sentado en cuclillas, los brazos sobre las rodillas y las manos debajo de la cabeza. Una losa de piedra cubre el hueco que en el fondo del sepulcro contiene el oro que poseía el indio. En esta figura están tomadas del natural dos momias que pertenecen al museo nacional; su composición fué arreglada y dibujada por el señor Alberto Urdaneta, teniendo á la vista para el sepulcro el dibujo del señor Paz y las descripciones que de esta clase de sepulcros hacen los historiadores. Una de las momias está sentada en posición natural sobre una silla de tierra cocida, y parece que fué persona de distinción; la otra momia está en cúclillas, actitud en que comunmente se hallan en los sepulcros de Antioquia y del Zenú. En la parte superior de las paredes del sepulcro hay unas ventanas rectangulares que parecen ventiladeros; en el contorno de las momias se encuentran los objetos con que eran enterrados, tales como las flechas y dardos, las vasijas con los alimentos y la chicha y en el fondo el hueco en que depositaban las alhajas de oro. Ordinariamente se encuentran estos sepulcros situados sobre la cumbre de los cerros ó de las colinas redondeadas ó en las faldas de éstos.

Los Chibchas hacían guacas semejantes y con los mismos objetos, y se han encontrado agrupadas formando colinas artificiales, cuyo descubrimiento no se escapa al ojo del práctico guaquero. También en algunos lugares aprovechaban las cuevas naturales para depositar los cadáveres; pero parece que esto sucedió en el tiempo en que alteraron sus costumbres por la persecución y violencias con que quisieron dominarlos los españoles.

Los cadáveres de los Usaques y de los indios principales los depositaban en bóvedas con sus mujeres más queridas y sus sirvientes, á los que se hacía tomar préviamente el zumo de una planta narcótica para privarlos de conocimiento; ponían, además, en el sepulcro los alimentos, las armas y joyas de oro que pertenecían al difunto y algunas vasijas con chicha. Al común de las gentes también los enterraban con los objetos de su uso, pero con menos ceremonias y aparatos. Todavía se encuentran túmulos cubiertos con montones de tierra y reunidos en cementerios. Los más conocidos han sido los del cerrillo del Santuario, cerca del Puente Grande, distante cuatro leguas de Bogotá, y las necrópolis de Pasca y de Cáqueza: en esta última en un tiempo sacaron 24,000 ducados de oro. En Tunja se han hallado momias bien conservadas, algunas con mantas finas como las que usaban los indios principales. Estas momias están sentadas, con los dedos pulgares atados juntos con torzales de algodón.

En las guacas de los antiguos habitantes de Antioquia se han encontrado objetos arqueológicos muy importantes acompañando las momias en los túmulos y adoratorios. La casualidad hizo descubrir una extensa gruta que era adoratorio de los indios, en la cual hallaron entre otros objetos unas estatuitas que el Coronel Codazzi menciona como dioses de la guerra, de la borrachera, la pesca, el baile, la música, la agricultura y las artes; pero no las describió ni publicó sus diseños.

FIGURA 6.ª



EL COMERCIO.

Las siete figuras que presentamos ahora son estas estatuitas, de 17 centímetros de altura, fabricadas con oro fundido, huecas y muy bien soldadas.

La 6.ª es la figura de un hombre, tiene en las manos una sarta de rectángulos de oro y otra en los piés. Probablemente esta es la que Codazzi creyó que era el dios del

baile, pero no tiene la actitud de bailar; por otra parte, las hojas rectangulares que lleva en los piés y en las manos se parecen á las mantas pequeñas que tejían de algodón los indios para cubrirse las mujeres los hombros y el vientre, y que los naturales de Antioquia llamaban *maure* y los Chibchas *liquira;* es más natural creer, pues, que es el símbolo del comercio de las mantas ó telas.

La 7.ª simboliza la guerra, pues esta figura es un indio armado de una maza; lleva terciado á la espalda un carcax y cubierta la cabeza con una corona de plumas, traje natural de los guerreros indios. Las armas más empleadas en los combates de los indios eran mazas de madera muy dura y pesada, macanas que usaban como espadas de filo cortante, lanzas, dardos ligeros de punta de macana ó de hueso que arrojaban diestramente con los arcos ó con un pequeño instrumento, que Piedrahita llama tiradera, y la honda para arrojar piedras.

FIGURA 7.ª



LA GUERRA.

FIGURA 10.



LA AGRICULTURA.

La 8.ª figura está sentada en cuclillas y lleva en cada mano un cascabel, instrumento musical muy común en estas tribus, fabricado con oro y muy sonoro. Es, pues, el símbolo de la música. Los cascabeles eran instrumentos con los que acompañaban sus danzas, pero á más de éstos usaban la *chirimía*, que es una especie de dulzaina, de sonido monótono. También tenían tamboriles y fotutos.

La 9.ª tiene formas de mujer, sentada en cuclillas, lleva en cada mano una vasija semejante á las de barro que llamaban *chorotes*, en las que ordinariamente hacían los indios sus libaciones de chicha y aun se encuentran en los sepulcros. Por su forma se puede creer que simboliza la embriaguez. La chicha era una bebida embriagante, pero no tan dañosa como la que se usa hoy, porque entonces la preparaban haciendo germinar el maíz, el que tostaban después, y la maceración de éste en agua caliente la hacían fermentar; es decir, que su preparación era semejante á la cerveza de cebada.

FIGURA 8.ª



LA MÚSICA.

FIGURA 11.



LAS ARTES.

La 10 tiene dos bastoncillos ó estacas en las manos. Es posible que represente el agricultor en el momento de herir la tierra para sembrar el grano; simboliza, pues, la agricultura. La agricultura era un arte venerado, y el gremio de los agricultores el más importante y considerado. No tenían arados, pero sus azadas de piedra y en algunos pueblos de cobre y aun de oro, eran suficientes para labrar y desherbar la sementera, y la semilla la depositaban con las estacas que lleva la figura descrita.

La 11 probablemente es la representación de las artes de joyería ó de alfarería. Lleva en una mano un palillo figurando un buril ó cincel y en la otra un objeto que puede ser el modelo. De estas dos artes la más importante era la de joyería, y de ésta hablaremos en un capítulo especial.

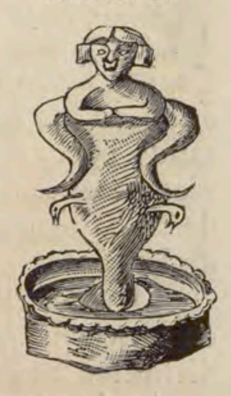
La 12 representa la pesca, está formada de

FIGURA 9.ª



LA EMBRIAGUEZ.

FIGURA 12.



LA PESCA.

varias figuras de pescados. En la pesca usaban de redes y atarrayas, de anzuelos de hueso ó de concha de tortuga, y los dardos manejados con destreza también servían para este objeto. Sin embargo, esta interpretación no nos satisface.

No fueron únicamente las vías del Zenú y del Opón las que siguieron los conquistadores en busca de *El Dorado*, la persecución constante de las riquezas del Nuevo Reino llevó á los españoles por donde quiera que la fama de ellas ó las relaciones de los indios cautivos los guiaban; ni la parte desierta y salvaje del territorio del Caquetá debía escaparse de la inquisición difícil y peligrosa que emprendieron en busca de *El Dorado*, no encontrando sino la obstinada resistencia que opusieron á su marcha los habitantes de sus selvas seculares.

Jorge Espira, Gobernador de Venezuela, partió de Coro con 300 hombres, en 1535, y atravesó los llanos de Barinas y de Apure, después las sabanas de Casanare y de San Martín, siguiendo las faldas de las cordilleras, y no atreviéndose á trasmontarlas en busca del país de los Muiscas, del que ya tenía noticia, se dirigió al Sur en busca de riquezas; combatió con las tribus de los Laches, Chiscas, Guaiquenés y Choques. Después de un crudo invierno pasado en unas barrancas del río Opia, siguieron los soldados de Espira el pie de la cordillera al Sur y llegaron á un caserío de indios que Juan de Avellaneda llamó después San Juan de los Llanos. En este lugar tenían los indios un templo muy espacioso dedicado al Sol, custodiado por un sacerdote ó *mohan* y muchas mujeres jóvenes, especie de sacerdotisas, que cuidaban de los sacrificios y ofrendas. En esta jornada murió en un combate con los Choques, Estéban Martín, uno de los mejores compañeros de Espira; este suceso más las enfermedades y padecimientos que sufrieron, hicieron regresar á Espira en Mayo de 1538 á Coro con 90 hombres solamente.

En su regreso Espira advirtió rastro de españoles y presumió que debían ser de las tropas de Frederman, su Teniente general, el que se desvió de esta ruta por no encontrarse con Espira y seguir solo su descubrimiento. Frederman atravesó los ríos Apure y Sarare, entró en Marbachare ó Casanare, y pasando por Fosca los páramos, llegó á Pasca y después á Bogotá.

Pedro de Limpias, soldado de la expedición de Frederman, llevó á Coro la primera noticia del famoso *Dorado*, la que agregada á las relaciones de los soldados de Espira sobre las riquezas del país que habían recorrido, dió pábulo á otra expedición dirigida por Felipe de Utre, que salió de Coro en 1540 con 130 hombres. Éste siguió el mismo camino de Espira, y cuando llegó á San Juan, cerca del Ariarí, tuvo la desagradable noticia de que poco tiempo antes Hernán Pérez de Quesada con 250 hombres había pasado por allí en dirección al Sur.

Quesada auxiliado por los consejos de Montalvo de Lugo que había llegado de Venezuela, salió de Bogotá en busca de *El Dorado* de Macatoa; siguió los páramos de Oriente en más de 50 leguas pasando por la región de Fosca, bajó á los Llanos, volvió al Sur y siguió la misma ruta que Espira, atravesó una parte del territorio del Caquetá y llegó á Pasto. Si las penalidades y miserias de Espira fueron muy grandes relativamente en el camino que recorrió hasta San Juan de los Llanos, mucho mayores fueron las de Pérez de Quesada que atravesando parte del Caquetá se vió precisado á sacrificar sus caballos para alimentar escasamente á su tropa hambrienta, desnuda y extenuada. Después de un año de trabajos en busca de *El Dorado* que no halló, regresó á Bogotá con la mitad de la gente.

Utre siguió los pasos de Hernán Pérez de Quesada, y gastó también un año en busca de *El Dorado*. Engañáronse él y sus soldados creyendo ver en las rocas distantes una magnífica ciudad con sus edificios y vistosas construcciones; no pudiendo llegar á ella por ser fragoso el terreno y muy lluviosa la estación,

regresó á Coro conservando la esperanza de volver á encontrar *El Dorado* en aquella ciudad, pero fué asesinado por Carvajal antes de llegar á allí.

Toda tentativa de conquista sobre el Caquetá se suspendió hasta que en 1546 Gonzalo Díaz Pineda salió de Quito para explorar el país de los Canelos, que así llamaban el territorio del Caquetá, y reconoció alguna parte de él penetrando por Aguarico.

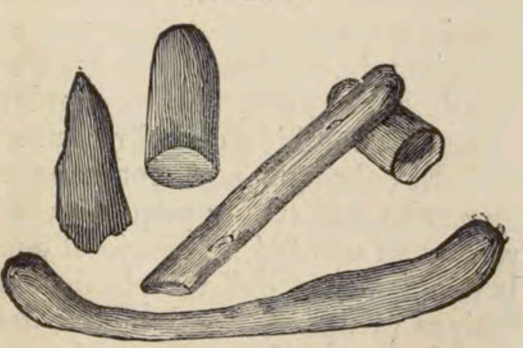
Finalmente Francisco Pérez de Quesada entró en el Caquetá por el Putumayo, fundó á Mocoa, cerca del río del mismo nombre, y le fué conferido el gobierno de este territorio por el Virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, en el año de 1557.

V

El *cerro de oro* del valle de los Tayronas, ó *El Dorado* de Santa Marta, *El Dorado* de Dabaybe y en general *El Dorado* tal como creyeron encontrarlo los conquistadores, fueron creaciones fantásticas, que tuvieron origen en el deseo de adquirir riquezas y en las deslumbrantes relaciones de los indios, que se veían en la necesidad de aplacar algún tanto la actitud bélica y las exigencias de sus dominadores. Pero fué una verdad sencillamente representada en la ceremonia que practicaban los Chibchas en las lagunas de las regiones superandinas, principalmente en la de Guatavita, ceremonia ejecutada con el elemento más valioso que poseían, y que servía de investidura dorada al Cacique que la ejecutaba, y al mismo tiempo acompañada con la ofrenda de figuras que revelan que en estas naciones aborígenes había conocimiento de un arte muy importante y bastante adelantado, el cual da la medida de su civilización, considerando los escasos recursos instrumentales que poseían para su ejecución.

La incipiente civilización industrial que caracterizaba las tribus y naciones del Nuevo Reino de Granada, en la época de la conquista, corresponde indudablemente al principio de la *Edad de bronce* de los primitivos pueblos del continente europeo; y á la época del perfeccionamiento de los instrumentos de silex, aplicables entonces á las artes manuales y en la agricultura; es decir, á la terminación de la época *neolhítica* ó de la piedra pulimentada. Efectivamente, al lado de los instrumentos de metal tenían las hachas de piedras pulimentadas, que ordinariamente las hacían de serpentina verde, de obsidiana y de cuarzo lidiano sumamente duro y cortante, como los representados en la figura 13. Juntamente con estas hachas se encuentran las *macanas*, instrumentos de madera muy dura, que servían de espadas y lanzas para la guerra y también para comprimir la trama de hilo en los telares.

FIGURA 13.



Las naciones de estas regiones se formaron por el derecho de dominio que adquirieron unas tribus sobre las otras, como consecuencia de sus contiendas intestinas. Además, sus mútuas relaciones, el cambio de sus productos agrícolas é industriales, afianzó ese dominio que debía preparar su engrandecimiento social. Pero la repentina llegada de los soldados españoles les hizo suspender sus faenas domésticas y sociales, para atender al enemigo formidable que con la potencia del arcabuz y el auxilio de sus caballos, venció la velocidad de los dardos y el hábil manejo de la honda, del hacha y de la macana; y paralizó por sorpresa el bélico ardor de esos pueblos generosos que defendieron su patria y sus hogares.

En el estudio de las señales de la condición intelectual del hombre en las edades primitivas, dice Mr. Edward Burnet Tylor: "Si se pregunta á un anticuario su opinión sobre la condición intelectual en que se debió encontrar la humanidad primitiva, indudablemente recurrirá, para resolver esta cuestión, al examen de los útiles y de las armas de que los hombres se sirvieron en aquellas lejanas épocas, los cuales, en efecto, nos dan luz preciosa sobre su civilización. Este examen enseñará cómo los instrumentos de metal han sucedido á los construidos de piedras afiladas, de conchas y de huesos, como las hachas de piedra y los guijarros de las puntas de las flechas que se encuentran en diferentes localidades, y prueban que la *Edad de piedra* ha reinado durante un período más ó menos lejano. Esta historia del hombre que nos revela el estudio de los instrumentos de que él ha hecho uso, es la historia de un progreso ascensional y sin duda inconstante é interrumpido en cada tribu, ó en cada raza, pero un progreso general, en el que vemos crece y se desarrolla la industria humana."

Efectivamente de este modo se puede comprobar en parte el grado intelectual á que habían llegado los antiguos habitantes de las regiones ecuatoriales de América, porque el estudio de sus instrumentos y utensilios de menaje y sus armas para la guerra, revela en parte el estado de su vida social; pero no es éste el único medio de llegar al reconocimiento de la condición intelectual del hombre en las edades prehistóricas, hay otros medios muy importantes que complementan este estudio etnológico, éstos son: el movimiento seguido en el progreso de las artes manuales; el sistema general de su numeración, de sus geroglíficos ó de sus figuras simbólicas é históricas; sus ideas sobre el espiritualismo, y por consiguiente sus creencias religiosas, y, finalmente, su sistema de gobierno. En cuanto nos sea posible trataremos de estos medios en relación con la civilización de aquellos pueblos.

El arte de fundir los metales y de modelar con ellos utensilios, vasijas, armas, objetos diversos é ídolos, fué una industria característica de la *Edad de bronce* de los pueblos primitivos. Naturalmente los metales que debieron entrar los primeros en el uso general, fueron aquéllos á los que se podía dar más fácilmente las formas de utensilios ordinarios; aquéllos que se podían sin grande esfuerzo modelar, plegar y extender en láminas; aquéllos que por la acción de un calor conveniente se podían reblandecer y fundir, y también los que más fácilmente se encontraron sobre la tierra. En el continente europeo el metal que reunió estas condiciones en mayor grado, fué el cobre. Hay lugares de Hungría, por ejemplo, en donde una gran parte de las antigüedades que se han descubierto son de cobre puro. En los sepulcros de la Alemania del Norte se han encontrado utensilios también de cobre puro (Virchow).

El cobre no se encontraba en todas partes del mundo, y donde lo había generalmente era en pequeña cantidad, incrustado en los minerales; para generalizar su uso fué necesario el comercio. Los antiguos Fenicios, mucho antes de la construcción del templo de Salomón, se proporcionaron el cobre de la isla de Chipre (Kupros), de donde se derivó el nombre de cobre; comerciaban también con el estaño, el que iban á buscar al mar del Norte en regiones muy lejanas. Allí se encontraban las islas Cassiterides ó del Estaño, que llevan en el día el nombre de islas Scilly, cerca de la costa septentrional de Inglaterra. Con estos dos metales fundían sus armas y utensilios de *bronce* que caracteriza esta edad.

El célebre químico Klaproth hizo en 1807 el análisis del bronce encontrado en los sepulcros de las edades prehistóricas de esas regiones, y halló que se componía de ocho á nueve partes de cobre por unas dos de estaño.

Los Peruanos tenían instrumentos de cobre y de bronce que empleaban en sus trabajos rurales, en los de escultura y de minería. En Vilcabamba, cerca del

Cuzco, en una antigua mina de plata trabajada por los Incas, se encontró un cincel de 12 centímetros de largo, compuesto, según el analisis del profesor Vauquelín, de noventa y cuatro partes de cobre por seis de estaño.

Según Humboldt, el *cobre cortante* de los Peruanos es casi idéntico al de las hachas de los antiguos Galos, que cortan la madera como los instrumentos de acero.

El arte de fundir y modelar los metales para toda clase de objetos é instrumentos fué también practicado por los pueblos que habitaron las regiones ecuatoriales, pero la clase de metales empleados en los instrumentos de labor, y las circunstancias en que éstos se encontraban no eran las mismas en ambos continentes. Los indios de estas regiones encontraban el cobre, lo mismo que se encuentra hoy, abundante en el territorio del Estado del Tolima en riegos de pepitas ó fragmentos rodados en aluviones terciarios ; también lo hallaron desde tiempo inmemorial en Ríohacha, en Santa Marta y en muchas otras partes del interior ; pero según parece no conocían el estaño, pues hasta ahora no hay indicio de que se haya encontrado este metal en nuestro suelo ; por consiguiente no es extraño que no se hallen en los sepulcros ó *huacas* de los indios, objetos, armas, ni instrumentos de bronce. En compensación tenían al lado del cobre abundantemente el oro y la plata, cuyas cualidades conocían perfectamente, pues sabían fundirlos y modelarlos con sorprendente habilidad. No destinaban estos metales para la construcción de vasijas y útiles de menaje, porque para estos usos tenían arcillas esméticas y refractarias con las que fabricaban toda clase de objetos de alfarería ; los empleaban en objetos de adorno, en la construcción de instrumentos musicales, de labor para las faenas agrícolas y para la minería ; en la fabricación de ídolos ó tunjos, de figuras de personajes y objetos históricos, etc. De cobre se han hallado instrumentos de agricultura en los sepulcros de los indios de Quito, del Cauca y del Tolima. Los indios de Veragua, según refiere Colón, conocían el uso del cobre, del cual hacían hachas y otros utensilios muy variados, labrados, fundidos y soldados.

Los indios Tayronas eran, según la expresión del historiador D. Antonio Julián, poderosos, no solamente porque su espíritu guerrero los hacía dominadores de las demás tribus de la provincia de Calamar, que fué la de Cartagena, hasta la de Urabá, sino porque eran dueños de las minas de oro y plata que había en sus comarcas, y por tener en las faldas del cerro de Tayrona fraguas para la fundición de los metales y para labrar las joyas de diversas figuras, con que surtían las demás naciones circunvecinas.

La población principal, la más comercial, la corte del indio Tayrona, se llamaba Pocigüeica: era plaza afamada por sus armas de macana, arcos y flechas con que se defendieron tenazmente del arcabuz y de la espada conquistadores.

La arcilla plástica y la arena con que fabricaban los moldes, eran tan finas y ductiles, que la impresión de los dedos recibida por el molde ó por el modelo que hacían, era trasmitida en algunos objetos al metal. Este hecho muy raro, pues que no se presenta en todas las joyas que fabricaban, ha hecho creer que los indios poseían el secreto de ablandar el oro por medio de una planta que le comunicaba la ductilidad de la cera.

D. Antonio Julián, historiador de la provincia de Santa Marta (1787), refiere que hombres *cuerdos* de su época aseguraban que los indios Tayronas conocían una *yerba* de la Sierra Nevada, que tenía la virtud de ablandar el oro. Este escritor no da asentimiento á esta conseja, pero no se le ocurrió preguntar para qué necesitaban los indios los hornillos y fraguas de fundición que él refiere tenían, si poseían el medio sencillo de amasar el oro como la cera. "En el centro del valle de Tayrona, dice, tenían los indios una fragua para la fundición de los

oros que de los ríos, quebradas y cerros se recogían; y como afirma el Ilustrísimo Piedrahita, había también platería de joyas." Además de esto, la palabra Tayrona en idioma indio significa *fragua*.

Este asunto no merece discusión, y no deberíamos tratar de él, si no hubiera personas cuerdas del día, que no obstante los progresos de las ciencias creen en la posibilidad de ablandar el oro con una yerba; por esta razón haremos algunas observaciones.

El estado pastoso ó de blandura en un cuerpo, es un intermedio entre el sólido y el líquido, y no todos lo presentan; es un fenómeno físico producido en algunos por el calor, como en la cera y en los metales, ó por la interposición del agua, en otros, como en la arcilla.

Del contacto de dos cuerpos diferentes puede resultar una combinación, por consiguiente un cuerpo diferente de aquéllos; este fenómeno químico es diferente del reblandecimiento ó ablandamiento que produce el calor. De estos hechos se deduce que ningún cuerpo se funde ni ablanda por el contacto de otro sin intervención del calor ó de un líquido. Por otra parte, las sustancias más activas sobre los metales son de origen mineral, y éstas obran cambiando su naturaleza y no ablandándolos; las sustancias vegetales, por activas que sean, son muy débiles sobre los metales.

La simple inspección de las estatuitas de oro con una fuerte lente sirve para salir de este error, pues son muy raras las figuras que presentan la impresión de los dedos, y casi todas conservan las imperfecciones del molde, la forma de los granos de arena amoldados, y restos de la tierra del molde en sus sinuosidades.

No solamente conocían el arte de fundir y modelar los metales, sino que también sabían ligarlos en proporciones convenientes, tanto para dar la dureza y el temple necesarios á sus instrumentos de labor y para hacer soldaduras de unión, como por economía del oro empleado según su valor y escasez. El oro del Tolima y del Cauca tiene una ley de fino que varía entre 800 y 920 milésimos y la liga es de plata; el oro de Antioquia tiene de fino de 500 á 936 milésimos con una liga también de plata; el de Bucaramanga es de 890 milésimos á 950, y el de Girón alcanza á 996 milésimos de fino, y en todos la liga es de plata; sin embargo, son muchos los objetos de oro fabricados por los antiguos indios de estas regiones que tienen una fuerte liga de cobre, y muchos son de cobre puro.

La joyería de oro fué mejor ejecutada por los pueblos aborígenes de Antioquia. Cuando el conquistador Badillo subió la Cordillera por el lado del Cauca, en busca de las riquezas y del ídolo de oro macizo de Dabaybe, *El Dorado* de Antioquia, llegando á las lomas de Buriticá encontró *hornillos* para fundir el oro, moldes de yeso para vaciarlo y algunos instrumentos para labrarlo, lo que reveló el adelantado conocimiento que tenían en esta clase de trabajos artísticos.

Codazzi dice: "Siendo el territorio de Antioquia abundantemente aurífero, hallaron á la mano sus primitivos moradores copiosa materia para fabricar muchos objetos. Eran tan industriosos, que no solamente recogían el oro que les ofrecían los aluviones de los ríos y quebradas, sino que lo sacaban también de las entrañas de la tierra, trabajando con mucho ingenio las minas de vetas. En Marmato los trabajos modernos pusieron en descubierto un socavón de mina explotada por los indios, y los instrumentos de que se servían, tales como barretones hechos de oro mezclado con cobre y con pirita de hierro (marmaja), á cuya liga sabían darle un temple y dureza semejante al del acero. De algunos sepulcros se han extraído también utensilios semejantes por su composición á los barretones; crisoles para fundir los metales, moldes de yeso y otros instrumentos de este arte, lo que manifiesta cuán hábiles eran los aborígenes en labrar el oro, del cual fabricaban corazas, cascos, brazaletes, collares, anzuelos, máscaras y,

lo que es más, cinturones flexibles. Algunos vasos y jarrones son de forma, en verdad, elegante y simétrica, adornados con labores y grabados que realzan la belleza del mueble."

Una de las piezas de oro que da una alta idea del arte de joyería india en Antioquia es la representada en la figura 14 en el tamaño natural. Es una estatuita que lleva en las manos una varilla con una sarta de hojas de oro, cuadradas, semejantes á las mantas cuadradas y pequeñas que las indias tejían para cubrirse los hombros y el vientre, y que en Antioquia llamaban *maure;* en Cundinamarca usaban estas mismas mantas de algodón, llamadas *liquiras,* las que prendían en el pecho, sin cubrirlo todo, con un alfiler grande de oro ó plata, que tenía la cabeza como un cascabel y llamaban *topo.* También tejían de algodón unas mantas rectangulares para cubrirse el cuerpo las mujeres, desde la cintura, y se llamaban *chircates,* el que sujetaban con el *chumbe,* faja de algodón.

FIGURA 14.

Es muy probable que esta figura represente la *diosa* de los telares ó el símbolo histórico del arte de tejer las mantas, pues es una verdad reconocida que los indios figuraban en oro y aun en barro cocido sus costumbres, *artes* y ceremonias. Además de llevar esta figura en la mano las mantas, tiene marcados en los ojos *cerrados* y en la frente, de arriba á abajo, unos hilos, y otro trasversal en la boca, como para manifestar que la importancia de este arte está en el arreglo de los hilos, es decir, en el *urdiembre de la tela,* cosa que no debía perderse de vista, pues la habilidad no es tanta en tejer cuanta en urdir. Este ídolo fué encontrado en una *huaca* cerca de Neira, en la antigua provincia de Córdova, del Estado de Antioquia; es hueca, por consiguiente unida en sus bordes ó contornos con mucha perfección, lo que demuestra que los indios conocían el arte de soldar el oro, con ligas fusibles á una temperatura más baja que la que necesita el oro de que está hecha la pieza para fundirse.

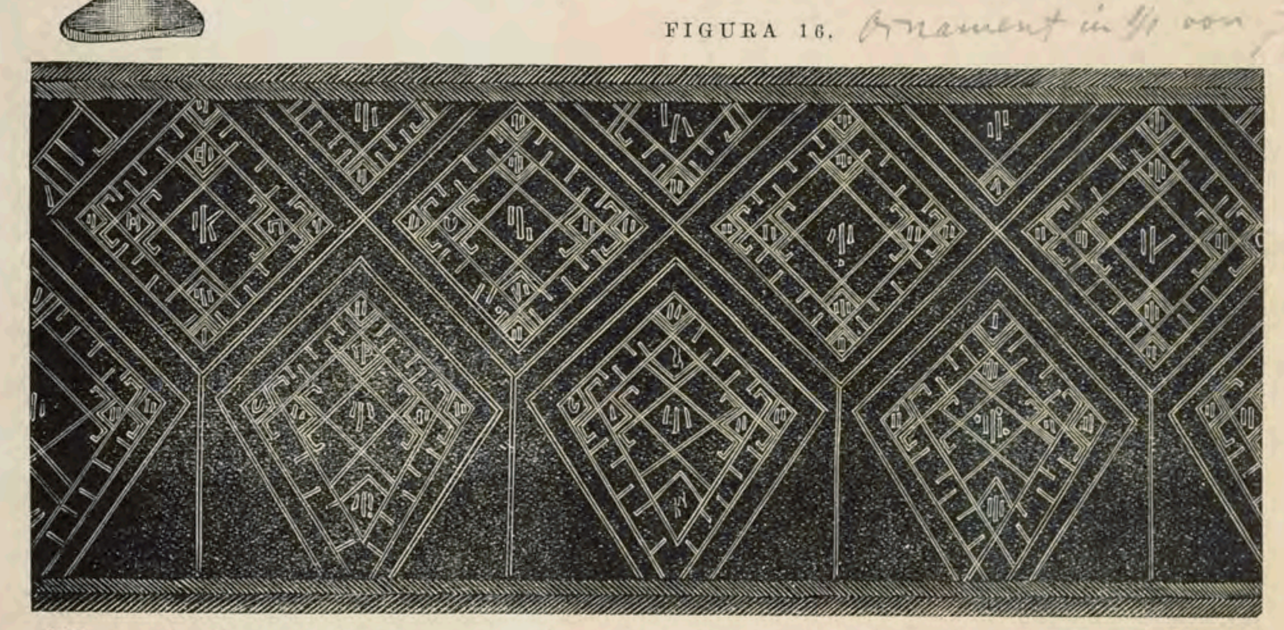
Generalmente se cree que todas las figuras que fabricaban los indios, principalmente las de oro, eran ídolos ó dioses, pero es un error; es verdad que tenían numerosas deidades por su tendencia á personificar y deificar hasta los animales y objetos inanimados, pero un gran número de estas figuras de oro son símbolos. Por ejemplo, la figura que acabamos de describir como diosa de los telares, es muy natural que fuera un ídolo que presidía el arte de tejer las mantas y que fuera adorado por los indios de Antioquia; y las figuras descritas en el capítulo anterior, son símbolos entre los cuales está en primer término el símbolo del comercio de las mantas. Estas dos figuras son recíprocamente comprobantes de las interpretaciones que le hemos dado.

Aun cuando es muy posible que la raza de los aborígenes de Antioquia, ó algunas de sus principales tribus más aventajadas en la civilización de esas épocas, tuviera algún medio gráfico ó figurativo, si no igual ó análogo á los de los pueblos Peruanos ó de los Mexicanos, semejantes por lo menos á las muy importantes, aunque escasas figuras simbólicas, empleadas por los Chibchas, que fueron la expresión de las diferentes faces lunares en el cómputo del tiempo en su calendario agrícola, y que fueron interpretadas por el sabio anticuario Duquesne ; aun cuando esto es posible, decimos, es mucho más natural y posible que estas naciones eminentemente auríferas y que practicaron el arte de la joyería de oro con tanta habilidad, hicieran uso de este metal también para representar sus mitos, sus costumbres, sus tradiciones y sus personajes más importantes en su régimen civil y religioso, como lo hicieron los Chibchas de la antigua Cundinamarca ; pero desgraciadamente de los pueblos de Antioquia no tenemos datos históricos ni tradicionales que nos pudieran servir de guía en este vasto campo de estudios arqueológicos.

FIGURA 15.

Mucho más ingeniosa es, como trabajo artístico, la jarra de oro representada en la figura 15, á la cuarta parte de su tamaño natural ; tiene adornos angulares ó grecas en relieve que parecen gero-

FIGURA 16.



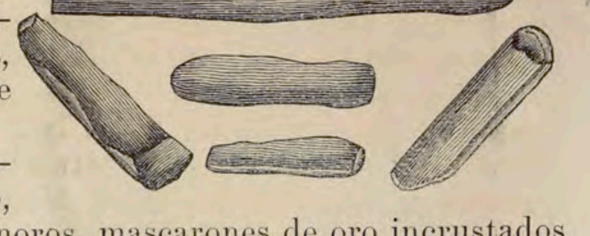
glíficos ; la figura 16 representa el tamaño natural de los adornos desarrollados en un plano. Esta fué encontrada también en Neira.

Que conocían los indios el modo de soldar las diferentes partes de una misma pieza, con ligas de oro más fusibles, es un hecho que no se puede dudar, porque siendo la base de este arte primitivo la fusión de los metales, como lo es hoy también, la práctica les enseñó á apreciar la mayor ó menor fusibilidad de las diferentes ligas de oro y cobre, propiedad en que está fundado el arte de soldar los metales; además que no hubieran podido unir las diferentes partes de un mismo objeto, de otro modo que no fuera éste.

Aparentemente no se encuentra unión en las diferentes piezas de algunos objetos, pero depende esto de que perfeccionaban su obra con el pulimento del objeto de oro, por el frote con arena cuarzosa que ocultaba las uniones ó con raspadores cortantes hechos de piedra lidiana y de obsidiana vitriosa, como los representados en la figura 17, reducidos á la 5.ª parte de su tamaño, encontrados en Antioquia y también en Cundinamarca. Terminaban el pulimento con pulidores

de madera dura ó de fragmentos de cuarzita, de ágata ó cornerina, de silex resinita y de serpentina verde, redondeados por el frote de las aguas en el lecho de los ríos y quebradas; estos instrumentos también se han encontrado en los sepulcros al lado de sus joyas; el uso de estas piedras ó *pulidores* se ha conservado tradicionalmente para pulir las piezas cerámicas ó locerías en los pueblos de Ráquira, Natá, etc. que heredaron esta industria de sus antepasados.

FIGURA 17.



Por estos mismos medios hacían muchas clases de objetos útiles y de adorno, como alfileres, anzuelos, cascabeles muy sonoros, mascarones de oro incrustados en losas de tierra cocida y con argollas de una á otra oreja.

VI

El arte de la joyería indígena fué practicado también con bastante habilidad por los Chibchas, principalmente en Guatavita. En este lugar se hallaron, después de la conquista, restos de hornos ó fraguas de fundición, y de crisoles de arcilla refractaria con resíduos del oro que fundían.

Esta industria tuvo una influencia notable en el cambio del régimen político de la nación independiente gobernada por el Cacique Guatavita. Como los joyeros Guatavitas eran afamados en la nación de los Chibchas, solicitábanlos los pueblos vecinos, y muchos se esparcieron en ellos con gran disgusto de su Jefe y Señor. Reconociendo el Guatavita el grave perjuicio que recibía su reino con esta disminución de sus vasallos más industriosos, ordenó bajo graves penas que todos se redujesen á sus Estados; y notificó por bando que si algún Señor ó Cacique extranjero necesitase de alguno de sus joyeros, diese por cada uno de ellos, dos vasallos que le asistiesen en su corte durante la ausencia del artífice de su nación. El Zipa tuvo noticia de este decreto, y pidió con disimulo muchos joyeros en varias ocasiones, y mandaba el canje correspondiente de hombres aguerridos y decididos á seguir sus órdenes secretas. En seguida compró el auxilio del Cacique de Guasca, quien dejó pasar secretamente por sus dominios las tropas del Zipa, y dada la señal con fuegos nocturnos á los soldados que tenía en Guatavita, sitiaron y asaltaron por el interior y el exterior el cercado del Cacique Guatavita, el que rindió su vida en una desesperada defensa. Desde esa época este pueblo industrioso quedó incorporado entre los súbditos del Señor de Bacatá.

Recientemente (1882) se ha encontrado en el pueblo de Quetame, en un sitio llamado Chirajara, de la hacienda de Susumuco, una *huaca* ó depósito de muchas figuritas de oro, producto de la antigua joyería de los Chibchas, que representan personajes, animales deificados, mitos y ceremonias de estos pueblos. Estando éstas en poder del señor Alberto Urdaneta, hemos podido examinarlas cuidadosamente.

Estas figuras estaban contenidas en un vaso de barro cocido (figura 18) que presenta la forma de un indio sentado: su nariz es encorvada, y el tipo en general es muy semejante á las figuras mexicanas de esta misma clase. Lleva en la cabeza un gorro ceñido con un doble cordón, y es abierto por encima á la manera de una ánfora con su respectiva tapa; en la mano izquierda empuña un cetro y en la derecha, apoyada sobre la rodilla, tiene una taza; el cuello está adornado con un collar de puntas, atado por detrás con un cordón; en las orejas se ven las señales de perforaciones para llevar orejeras. Todo el cuerpo está pintado de

ocre rojo, con excepción del gorro, la cara, el collar y la taza que son blancos ; en los carrillos están dibujadas unas figuras triangulares y puntos debajo de líneas

FIGURA 18.



trasversales. Mide 25 centímetros de altura y 18 de ancho de un hombro al otro. La actitud de este indio es la de un Cacique en el momento de recibir la ofrenda de sus súbditos. Esta ofrenda estaba guardada en el interior del indio, y es una

historia interesante; así es que sin exageración alguna podemos decir que la *huaca de Chirijara* es un libro histórico cuya cubierta es de barro y cuyos caracteres son de oro. Abramos, pues, este libro y estudiemos en él.

Todas estas figuras son una demostración clara de las opiniones que hemos emitido anteriormente y aun surgen de su examen nuevas ideas. En primer lugar, no teniendo los habitantes de Cundinamarca un sistema de geroglíficos que reemplazara la escritura como el de los antiguos Egipcios, ni pinturas simbólicas como los Aztecas, ni quipus como los Peruanos; los únicos medios de que se sirvieron para perpetuar su historia doméstica, política y religiosa, fueron las muy escasas figuras pintadas ó grabadas en sus calendarios de piedra interpretados por Duquesne, pero sobre todo las labores de los metales finos, cuyas propiedades conocían, y sabían modelar con bastante ingenio. Efectivamente, en cada una de estas figuras de oro se ve un símbolo histórico, ó la figura de un personaje interesante en el orden político ó religioso, ó la representación de un mito, costumbre, arte ó tradición; en una palabra, para estos pueblos el arte de fabricar figuras de oro, de plata y de cobre, fué la base de la historia objetiva de su nación. En segundo lugar, en estas figuras es notable el conocimiento que tenían del modo de fundir y modelar estos metales; del modo de hacer ligas fusibles para soldar las piezas unas con otras; del método de hacer planchas muy delgadas y de imprimir en ellas, por presión, la figura del objeto esculpido en piedra dura.

En el mayor número, si no en todas las figuras de que nos vamos á ocupar, se notan con sorpresa hilos más ó menos delgados, de una perfecta igualdad en su diámetro, contorneados á la manera de un alambre flexible, y en algunas partes cortados, sin que los joyeros indios tuvieran los instrumentos de que hoy se hace uso para trabajar los hilos y objetos de la misma naturaleza. Una persona poco investigadora y ligera en el examen y discusión de los medios que pudieron emplear los indios, diría que conocieron el arte de estirar los metales en alambres; pero ¿cómo si no tenían instrumentos adecuados, tales como hileras de acero ó de cualquiera otra sustancia que pudiera reemplazarlo? Ni tenían limas, ni cinceles cortantes capaces de dividir los metales, ni instrumentos de bronce que en alguna manera reemplazaron el hierro en los tiempos heroicos. Pero la dificultad desaparece examinando con atención y cuidado estos objetos, aplicando el criterio comparativo y trayendo á la discusión los medios imperfectos y primitivos conservados tradicionalmente en algunos lugares. Hasta una época no muy remota se practicaba en algunos pueblos, tales como Ubaque y Guatavita, el arte de fundir y amoldar pailas, campanas y estribos de zapato, arte que desapareció por la introducción de objetos de la misma especie trabajados en el extranjero con perfección. En esta industria se modelaba el objeto en tierra porosa y refractaria; este molde seco se cubría con cera negra de abejas, estirada en láminas del grosor del objeto que se quería amoldar y fundir, y con la misma cera se modelaban los adornos, tales como hilos, figuras, especie de cariátides, etc., fijándolas en su lugar conveniente; una vez cubierto con esta capa de cera, se recubría de cantidad suficiente de tierra amasada en una pasta ductil, dejando una abertura conveniente para introducir el metal fundido. Se dejaba secar lentamente este molde, dentro del cual estaba el modelo de cera, y finalmente se activaba la desecación con el fuego aplicado al contorno y á cierta distancia. En esta operación, el calor elevado á un alto grado, liquida la cera que funde á 66° grados, y sale por aberturas practicadas en la parte inferior del molde, y otra porción es absorbida por los poros de la tierra. Estando aún caliente el molde y cerradas las aberturas de salida de la cera, se vierte el cobre perfectamente fundido por la abertura de aquél, y el metal se distribuye en todas las sinuosidades, acabando de hacer desaparecer la cera que hubiese quedado, pues que el cobre funde al calor rojo, es decir, á 788 grados centígrados.

No solamente es muy probable, sino que es evidente que este método fué empleado por los indios para modelar el mayor número de joyas de oro que fabricaron, principalmente las huecas y las formadas de hilos, por las razones siguientes: 1.ª El estado rudimental de su civilización en las artes manuales no les permitía emplear ninguno de los métodos usados en el día; 2.ª No podían servirse sino de los elementos cuyas propiedades les eran conocidas, y conocían perfectamente las de la cera, que es común en los bosques de estas regiones; 3.ª La cera impura de las colmenas naturales es muy ductil, y con el calor de las manos se presta fácilmente á la confección de modelos, de *hilos* de un diámetro igual, de planchas de igual grosor y de toda clase de adornos; 4.ª En las figuras de que nos vamos á ocupar, se nota que el cuerpo es de una plancha fundida, de medio á dos milímetros de grosor, y para figurar los miembros tiene entalladuras cortadas con igualdad como con un cincel, operación que no podían practicar sobre una lámina fundida y de ese grosor, sin instrumentos de acero apropiados, pero sí la pudieron practicar sobre el modelo hecho de una plancha de cera, y con un cincel de piedra silícea y aun más blanda, como los que se han encontrado en las huacas, representados en la figura 17; 5.ª En los objetos finos, formados de hilos contorneados en espirales concéntricas y en algunos adornos, se nota que hay separaciones de los hilos en algunas partes, y estas separaciones están llenas de la tierra del molde, que es de color negro y de aspecto bituminoso, carbonizada, es decir, de la cera quemada en los poros del molde por el fuerte calor del oro introducido en él, que funde á 1,200°. En algunas figuras de mayores dimensiones, en las que no hay hilos, ni adornos, sino simplemente planchas ó formas abultadas, se nota la tierra del molde sin carbonizar, lo que demuestra que en estos objetos los moldes fueron hechos de varias piezas, y que el modelo de cera había sido retirado antes de vaciar el metal fundido; 6.ª Finalmente, Piedrahita dice que los indios hacían ídolos de oro, de hilo y de *cera;* pero se ocurre esta observación: sabiendo trabajar el oro, el cobre y la plata, ¿qué importancia le pudieron dar á la cera, materia despreciable para figurar sus Dioses y sus Jefes? ¿No sería más bien que los Españoles vieron hechos de cera los modelos de que se servían en este arte para confeccionar el molde? Las observaciones anteriores lo demuestran suficientemente.

Las figuras más importantes de la colección encontrada en la *huaca* de Chirajara son las siguientes, que hacen parte de la historia de los antiguos pueblos de Cundinamarca, es decir, son figuras simbólicas de los principales personajes y de las ceremonias notables en la vida prehistórica de esta nación.

La figura 19, que mide de largo 14½ centímetros, pesa 61 gramos y contiene de fino próximamente 750 milésimos; representa al Zipa, pues tiene, además del cetro, el casquete ó especie de copa de sombrero sin alas que según los cronistas es el distintivo de este Cacique; lleva largas orejeras, adorno que, según sus leyes suntuarias, solamente era permitido á los Caciques y al *Guesa* ó *Moja;* este casquete es formado por un hilo en espiral. Es notable esta figura, á pesar de su imperfección, por ser la cabeza y el cuello abultados y por tener facciones características del tipo indio; el resto del cuerpo es hecho de una plancha fundida y muy imperfecto.

La figura 20 es de mujer, con un collar de cuatro hilos; lleva en la mano derecha un cetro y tiene el birrete ó bonete distintivo de los Caciques; probablemente representa la *Cacica.* Pesa esta pieza 29½ gramos y tiene de largo 10½ centímetros.

La figura 21 es indudablemente un *Jeque,* pues los historiadores, y de ellos el Obispo Piedrahita, dicen que los sacerdotes llamados Jeques llevaban en sus fiestas religiosas una corona en forma de mitra; la de esta figura es rectangular,

prolongada en los costados y con dos perforaciones triangulares en cada lado.

FIGURAS 19 Á 26.



Esta figura es la misma que las que acompañan al Cacique en la balsa de *El Dorado;* lleva una insignia en forma de cetro en la mano izquierda y otra

bifurcada en la derecha; tiene, además, una golilla de puntas. Es muy posible que represente una dignidad en la jerarquía de los Jeques. Mide de largo 14½ centímetros y pesa 62 gramos.

La figura 22 es una ave con las alas extendidas, colocada en el extremo de una mesa rectangular alargada, de 6 centímetros de largo; vista de perfil tiene el pico encorvado, ojos redondos y salientes; la forma á la que más se aproxima es á un loro ó *guacamayo*. Este animal recuerda la ceremonia del sacrificio de centenares de loros y de guacamayos que juntamente con el *Moja* inmolaban los sacerdotes Muiscas, para enviarlos como mensajeros á la luna, después de enseñarles su idioma, porque así interpretaban mejor sus ruegos. Parece, pues, que la pieza rectangular es la lápida propiciatoria en el sacrificio de estos animales. El guacamayo de esta figura es hecho de un hilo de oro fuertemente ligado con cobre (500 milésimos).



Los joyeros indios fabricaban láminas de oro muy delgadas y flexibles; es sorprendente la igualdad en el grosor de estas láminas, tanto más cuanto que ellos no pudieron emplear laminadores de ninguna especie, que son los instrumentos más á propósito para estirar los metales en hojas delgadas. Discurriendo en los medios de que pudieron valerse para laminar el oro, la plata y el cobre, recordamos que los Chinos emplean el procedimiento siguiente: sobre una piedra de superficie horizontal y perfectamente igual y pulimentada, cuyos contornos rectangulares tienen sus bordes levantados en forma de caja, previamente calentada, se vierte en ella el metal fundido, é inmediatamente se aplica por encima una lámina de piedra, de superficie igual á la primera, y también calentada, de manera que el metal líquido comprimido entre las dos superficies se extiende en una hoja, tan delgada como se quiera, según el grado de aproximación de las dos superficies, lo que se consigue comprimiendo la piedra de encima; el exceso del metal sale por una canal practicada en uno de los ángulos. El esquisto arcilloso apizarrado se presta fácilmente á la confección de este sencillo aparato, y es muy común en nuestros terrenos secundarios y de transición; así es que juzgamos como muy probable que este método fué el que usaron los indios de este continente. La terminación del pulimento, hemos dicho ya, fué fácil á los naturales con la arena cuarzosa y con pulidores de madera y de piedras rodadas en los ríos. Es de advertirse que las láminas encontradas en las *huacas* de los indios no presentan huellas ni vestigio alguno de que hubiese sido estirado el metal por el golpe de un martillo de piedra.

La figura 23 representa un Jeque con su mitra rectangular, es hecha de una lámina delgada, de oro ductil, y se nota en sus formas, principalmente en la cara, que es un *facsimile* obtenido por compresión de la lámina de oro sobre el modelo tallado en una superficie dura, como en una piedra; frecuentemente empleaban la serpentina verde y el esquisto silíceo para estos moldes.

En esta pieza es notable, en el reverso, la unión de los miembros inferiores con el tronco por medio de una soldadura de oro rojizo, es decir, ligado con cobre, diferente del oro de que está hecha la figura, que es ligado con plata y de una ley superior.

Tenemos en nuestro poder un modelo de piedra, tallado en una placa de esquisto silíceo, que presenta la figura de un Jeque semejante al anterior, y es suficientemente dura para trasmitir su imagen á una lámina de oro por presión; así que es un comprobante de lo que dejamos dicho del modo como fabricaban los indios esta clase de figuras.

La figura 24 pesa 57 gramos de oro (800 milésimos de fino) y tiene de longitud 12½ centímetros. Lleva en el hombro derecho una canasta con unas figuritas como avecillas imperfectamente fundidas; con las dos manos empuña

una arma compuesta de una varilla central que tiene en cada extremo y en sentido opuesto unos ganchos fijados con hilos ; con la mano izquierda sujeta el extremo de esta varilla y el de otra en forma de dardo de extremidad libre ; con la derecha tiene un hilo ó varilla fija al gancho superior de la varilla central. Este instrumento presenta mucha semejanza con el que Piedrahita describe como instrumento de guerra, de la manera siguiente : " Pero la más común arma que tenían para sus guerras, eran tiraderas, que son ciertos dardillos de varillas livianas, á manera de carrizos, con puntas de macana, los cuales tiran no con amientos de hilo, sino con palillos de dos palmos, del grosor del jaculillo, prolongado con la tercia parte de la caña : éste tiene dos ganchos afijados y distintos cada cual de ellos en un extremo del amiento que he dicho ; con el uno ocupan el pie raso del dardillo y con el otro lo aprietan con el dedo del índice corvado, hasta que el dardillo se desembaraza, según la fuerza del que lo despide : y como no tienen armas defensivas ni reparo de ropa que basten á resistirlos, no deja de ser arma peligrosa aunque limpia de veneno." Aun cuando esta descripción del Obispo Piedrahita es algún tanto confusa,.se ve el amiento de madera, que él menciona, en la varilla central de la figura, y el dardillo libre en la mano izquierda junto al gancho de apoyo, y en la derecha una cuerda ó medio de lanzarlo. Este instrumento parece más un arma de cazar aves que un arma de guerra, ó pudo servir para ambos casos. ¿ Esta figura representa al Cacique en el día de regocijo y de cacería de aves ? Así lo conjeturamos, por llevar además de la tiradera el birrete cacical, y prendida al hombro la canasta con figuras de aves.

La figura 25 es una rana de oro, deidad secundaria, pero muy importante para estos indios y símbolo de los meses lunares marcados por la estación lluviosa, de grande influencia en sus faenas agrícolas. Trataremos de ella en un lugar oportuno.

Como la figura 26 hay algunas repetidas que hacen parte de la rica colección de la urna muisca hallada en Chirajara; por sus dimensiones y facciones parecen niños, y es muy probable que representen las diferentes edades del niño que fué el marido de *Bache*, madre del género humano.

En materia de especulaciones científicas es permitido interpretar hechos más ó menos probables siempre que tengan bases racionales é históricas en que apoyarse las conjeturas; precisamente estas condiciones son las que hemos tratado de cumplir estudiando las figuras de oro descritas, en relación con los datos históricos recogidos de los escritores antiguos, y con las observaciones que la práctica ilustrada puede suministrar.

En otro capítulo describiremos figuras que fueron encontradas con las que acabamos de describir, en el mismo lugar, y que presentan mayor interés en su estudio porque representan los hechos históricos de aquellos pueblos, de muy mayor importancia que los que dejamos relatados.

VII

En este capítulo vamos á ocuparnos de otro de los medios importantes en la interpretación de las condiciones intelectuales de las diferentes razas humanas primitivas, este es el estudio de sus creencias sobre el espiritualismo y, por consiguiente, el de sus prácticas religiosas. Este estudio es mucho más importante de una manera comparativa, método que emplearemos en esta exposición, para la cual tomamos los ejemplos recogidos por Mr. Brunet Tylor en algunos países, con los que conocemos del continente descubierto por Colón.

Entre los pueblos salvajes del mundo entero, tanto en épocas remotas como en la actual, ha sido muy dominante el fetiquismo y la idolatría ó culto de ídolos

ú objetos que, según la teoría de estos pueblos, están animados de espíritus de diferentes especies y categorías.

Esta idolatría tan generalizada, tiene su origen en una especie de filosofía *espiritualista* ó *animista*, que aunque grosera, es consecuente en su generalización en todos los seres animados é inanimados. Para esas razas primitivas, todos los fenómenos del mundo exterior, perceptibles por sus sentidos ó idealizados por su rústica pero viva imaginación, eran provenientes de una fuerza ó entidad misteriosa á quien tributaban adoración y culto bajo diversas formas. Atribuían una existencia personal, inteligente, dotada de voluntad y de poder, á los animales, á las plantas, á las rocas, al sol y á la luna, á las estrellas, á los vientos y tempestades, al fuego y al agua, y en general á todos los objetos de la naturaleza.

Elevada á un alto rango la idolatría entre las tribus y naciones salvajes más civilizadas de la América, la forma más común del sentimiento religioso consistía en tributar adoración y culto en primer término, á los objetos que por su aspecto, por su belleza ó magnificencia llamaban más su atención y cautivaban más fijamente su imaginación; tal era el culto del sol y de la luna entre los Aztecas, los Incas y los Chibchas. Este culto está marcado por el antropomorfismo de la filosofía indígena, pues no solamente les atribuían vida espiritual y existencia personal sino también una forma semi-humana; así es que el sol y la luna fueron, para los Mexicanos *Tonatiuh* y *Meztli*, para los Peruanos *Inti* y *Quilla*, y para los Chibchas eran *Xua* y *Chia*, los que no solamente tenían forma humana, sino también eran esposos celestiales que alternativamente presentaban al mundo habitado su faz radiante para prodigarle al hombre sus beneficios. Estas deidades tenían la misma importancia que Helios y Selene para los antiguos Griegos.

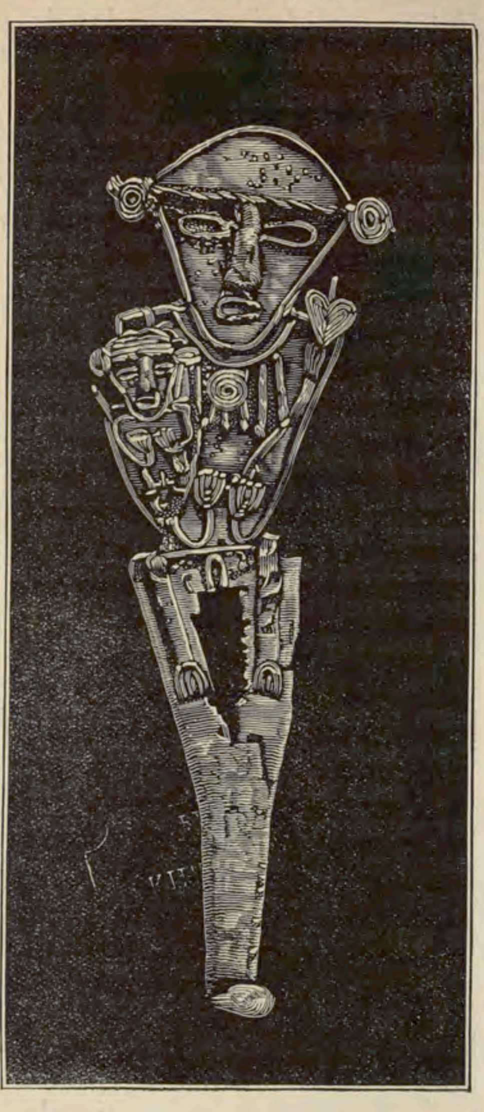
Para la raza Chibcha, cuyas creencias religiosas eran de un orden superior á las de otras tribus de las regiones equinoxiales, la causa primera de todo lo existente, es decir, el Creador del mundo, era un sér ó entidad que tenían mucha dificultad para explicar su naturaleza; á este llamaban *Chiminigagua*, en el que estaba contenida ó encerrada la luz; de su seno salieron unas aves negras por cuyos picos brotaban destellos que dejaron iluminados los espacios y fué el primer día sobre la tierra. Este *Chiminigagua* no estaba comprendido en el antropomorfismo que caracteriza las deidades de este pueblo.

Después de este acontecimiento, es decir, del *fiat luz* de la creación Chibcha, en el primer día vinieron los padres del género humano. De la laguna de Iguaque, situada al Norte de Hunza (Tunja), y distante dos miriámetros de esta ciudad, salió una mujer de extraordinaria hermosura, llamada *Bachue* y también *Turachogue* (de *Tura*, mujer,—*chogue*, cosa buena), la que conducía á un niño de tres años de edad. Esta pareja se estableció en una bella comarca, y cuando el niño llegó á la edad adulta, se casó con Bachue; de esta unión se derivó el género humano. Después que la tierra fué numerosamente poblada, Bachue y su compañero volvieron á la laguna de Iguaque y, convirtiéndose en serpientes, desaparecieron en sus aguas. Con esta fábula tiene mucha analogía la del pueblo Azteca, quien veneraba también á la mujer serpiente, madre del género humano.

La figura (26 bis.) adjunta es, sin duda alguna, el símbolo de Bachue y de su esposo niño, es copia exacta de una estatuita de oro encontrada en este año (1883) en las inmediaciones de Bogotá, y pertenece hoy al señor D. Antonio Pulecio, quien bondadosamente la ha puesto á nuestra disposición. Bachue lleva al niño en el brazo, y á juzgar por dos varillas laterales que tiene la figura del niño, parece que lo conduce sentado en una pequeña silla de mimbres; en la otra mano tiene una insignia semejante á un cetro, con una ave, probablemente ésta sería un loro, animal de la predilección de estos indios, pues que aprendía

á hablar en su lenguaje, y era el intérprete enviado á Xua (el sol) en sus sacrificios. Esta pieza de oro pesa 42 gramos 59 centígramos, y mide de largo 11½ centímetros.

FIGURA 26 (bis).



¿Qué razones hay para creer que esta estatuita de oro represente á la Bachue de la fábula Chibcha? En primer lugar, no se puede suponer que el artista indio empleara un trabajo ímprobo para figurar en oro una mujer cualquiera, sino más bien á una mujer muy distinguida por algún acontecimiento tradicional digno de su atención y de su veneración; en segundo lugar, el cronista Simón dice (7) que los indios Chibchas veneraban á esta *mujer buena* y á su compañero, en la forma de estatuitas de oro, y al niño lo representaban en diferentes edades. Además de esto, hay una notable concordancia entre las relaciones de los cronistas del Nuevo Reino de Granada, que hemos expuesto en otros capítulos, y las figuras trabajadas por los artistas indígenas de estas regiones que han sido el asunto de estos artículos.

Descendiendo en el estudio de las creencias de los pueblos primitivos en general vemos que personificaban y espiritualizaban seres que según su ciencia existían en el viento que sopla las nubes y despeja el sol, ó que las reune sobre los montes y causa las lluvias fecundantes que hacen nacer y crecer las plantas y madurar los frutos; espíritus que también presiden los combates y causan las enfermedades y la muerte. Así los *Mintira,* (8) una de las tribus más salvajes de la *Malaca,* atribuyen las enfermedades á unos espíritus ó *Hantus.* En sentido contrario para los Chibchas, el dios tutelar de los enfermos, principalmente de los febricitantes, era *Cuchavira,* cuyo espíritu residía en el arco-íris y á quien ofrendaban pequeñas esmeraldas y granos de oro para alcanzar la salud perdida. Para los Peruanos el dios de la salud era el *Huaca Umiña,* adorado principalmente en la provincia de Manta, en un templo suntuoso, con figura semi-humana y representado en una preciosa esmeralda, muy custodiado y reverenciado.

La idea de la existencia de los espíritus, en los objetos materiales, fué tan arraigada en las razas inferiores, que hoy mismo en algunas tribus existentes se conserva tal cual fué en sus antepasados ó algún tanto modificada. En la América del Norte, por ejemplo, los indios creen no solamente que las almas son como sombras y que todo en el Universo es animado, sino también que las almas de las hachas, de las vasijas de barro y las de los demás objetos semejantes, lo mismo que las de los hombres y de los animales, tienen que atravesar la extensión de agua que separa su domicilio en esta vida de la gran ciudad en donde el sol se acuesta en el horizonte lejano.

La teoría de los fantasmas entre las tribus y naciones primitivas, fué la

(7) *Noticias historiales de Tierra-firme.*

(8) Lecturas de M. Brunet Tylor.

misma que es hoy para un campesino labrador de nuestros campos: un fantasma es una sombra ligera que anda errante por todas partes causando terror y espanto, esta sombra es parecida á la persona á quien perteneció en vida, y es insensible, no se puede palpar, pero ella sí puede hacerse sentir y golpear causando daño. Estas cualidades, más las de obedecer á determinadas personas, explican á sus adeptos cómo sucede que matando á un hombre se puede enviar su sombra á donde se quiera.

En la India inglesa se refiere que al principio de este siglo dos Brahmanes, creyendo que un hombre les había robado cuarenta rupias, le cortaron la cabeza á su propia madre, á fin de que su sombra persiguiera y atormentara hasta la muerte al ladrón y á su familia: la vieja se prestó gustosa á esta singular venganza de sus hijos. Este hecho no es aislado en la historia de esos pueblos, pues tiene relación con prácticas indianas bien conocidas.

Los Getas, que son de los Tracios conocidos el pueblo más adelantado, se creen inmortales, y tienen entre sus prácticas religiosas un sacrificio humano muy semejante al más solemne que practicaban los Chibchas, y que afirma que estos pueblos poseían el principio de la espiritualidad y de la inmortalidad. Cada cinco años, los Getas echan suertes y sacan un joven, al que dan muerte, para enviar su espíritu, según dicen, á su dios Zamolxis, para que le haga presente las necesidades del pueblo; para darle muerte disponen tres hombres con las picas apoyadas en tierra y la punta hacia arriba, y balanceando el nuevo diputado en una especie de columpio, lo arrojan vivo sobre las picas: si muere en el acto, es buen enviado y saben que en ese instante se pone á conversar con su dios; pero si no muere se le declara malo, lo reemplazan con otro, dándole las mismas instrucciones que al primero.

Los Muiscas ó Chibchas tenían el cuidado de señalar con un sacrificio las revoluciones lunares del año, principalmente las que tenían relación con sus siembras y cosechas. Una víctima humana estaba destinada á solemnizar las cuatro lunas intercalares que dividían el siglo Chibcha: esta víctima era un mozo de quince años de edad, criado en el templo del Sol; le llamaban *Guesa,* que quiere decir sin casa, pues no la tenía; también le daban el nombre de *Quihica,* que significa puerta y también boca, porque su espíritu estaba destinado á llevar la voz de su nación para hablar de cerca á la luna sorda que no oía desde acá abajo sus lamentos. Igualmente hacían muchos sacrificios de loros, guacamayas y pericos; pero estos animales no eran sacrificados sino después de haber aprendido su idioma, pues de este modo sus espíritus trasmitían mejor sus mensajes á la luna.

Algunos pueblos del Nuevo Reino Granada, tales como los Pijaos, habitantes de las serranías, y los Coyaimas y Natagaimas de los valles de Neiva creían que el hombre que moría inocente se convertía en un dios, que protegía á aquel que le había hecho el beneficio de matarle, y también protegía á su familia, pero no á los demás hombres, porque era patrón muy especial. Para convertir el hombre en un dios era necesario darle muerte con este único fin. No se podía en este caso sacrificar á un enemigo, ni persona de su mismo pueblo; los transeuntes, hombres, mujeres y niños, eran las víctimas propicias en aras de la amistad y protección espiritual. Los Japoneses también deificaban á los hombres virtuosos después de su muerte; práctica que encontramos en la antigua mitología griega.

Los Laches de la provincia de Tunja adoraban su sombra, que era un dios compañero del hombre, acordado por un gran beneficio del sol (Xua) el padre celestial; adoraban también las piedras, pues creían que los hombres después de muertos se convertían en piedras, y que un día volverían á ser hombres.

Las ofrendas que se hacían en la laguna de Guatavita y la ceremonia de *El*

Dorado, es decir, el sacrificio solemne que el Cacique (10) hacía cada año entrando en la laguna, con su vestidura de oro, en una balsa con toda su corte y con los sacerdotes, es la manifestación más explícita de sus creencias espiritualistas ó animistas. Allí invocaban la Cacica milagrosa y á su hija, las que vivían en el fondo de ella en un lugar delicioso y con todas las comodidades apetecibles, desde que en un momento de despecho se arrojó en ella huyendo de las acusaciones de infidelidad con que la aquejaba su marido, un antiguo Cacique de aquellas comarcas.

La teoría de los espíritus de los pueblos inferiores es más consecuente que la de los pueblos medianamente civilizados de esta época, que han alcanzado á entrever la luz de la verdadera filosofía, sin alcanzar una completa ilustración en el conocimiento de las verdaderas causas de los hechos y de los fenómenos ocurridos en el mundo real. Como consecuencia de los errores en que incurrieron aquellas razas en las nociones sobre los espíritus, completan su creencia haciendo llegar al otro mundo los espíritus enteros ó mutilados, según el estado en que se encontraban sus cuerpos en el momento de la muerte.

Por ejemplo, "una tribu de Australia piensa que si un hombre no es sepultado después de su muerte, su alma se vuelve una sombra errante. Cuando uno de sus guerreros mata á su enemigo, se encuentra algunas veces embarazado pensando que va á desencadenar contra su propia nación una sombra enemiga, y sale de esta dificultad cortándole el dedo pulgar al muerto. De este modo la sombra no puede lanzar su dardo, y así anda errante como sombra malévola pero inofensiva" (Tylor).

En casi todos los países del globo, en épocas diferentes, se han encontrado costumbres que concuerdan con la teoría de los espíritus de la filosofía de las razas primitivas del nuevo continente; además de las que dejamos expuestas, había la de matar no solamente á las mujeres y esclavos del muerto, sino también sus caballos y sus perros para enterrarlos con él ó quemarlos sobre su tumba. "Mas allá de este mundo conocido, en las regiones de las sombras y de los espíritus, la sombra del hombre montará en la sombra del caballo, y la sombra del perro perseguirá la sombra de la liebre; ó bien, según la creencia de los Mexicanos, la sombra del perro debe llevar la de su amo más allá del río que separa el mundo de los vivos del mundo de los muertos."

Las tribus y naciones del Nuevo Reino de Granada, principalmente las del Zenú, Finzenú, del Zenufana, los Armas, los Tangas del valle de Guaca, y la nación Chibcha, enterraban los muertos con sus mujeres, cuando eran personas distinguidas, con sus esclavos, alimentos, bebidas fermentadas, instrumentos de arte y de agricultura, con sus armas, ídolos y joyas de oro, etc; tanto porque estaban persuadidos de que eran animados estos objetos y personas, cuanto porque creían en la inmortalidad de sus espíritus. Los Chibchas creían que las almas salían de los cuerpos de los que morían y bajaban al interior de la tierra por unos caminos y barrancos de tierra amarilla y negra, teniendo que pasar por un gran río en unas débiles balsas fabricadas con telas de araña, motivo por el cual respetaban mucho estos insectos y no los mataban. Llegando al término de este viaje encontraban sus labranzas, sus mujeres y servidumbre, sus riquezas é instrumentos, en una palabra, todo lo que constituía sus hogares y sus afecciones más íntimas acá en la tierra.

La historia de las ofrendas funerarias, dice Mr. Tylor, nos enseña también la trasformación que ha sufrido esta creencia, que tuvo su origen en una filosofía salvaje y grosera, viniendo á ser en el día una formalidad simbólica. "Para la

(9) Cacique, es palabra de la lengua indígena de Haití: la aplicaron los Conquistadores á los Jefes indios del interior del continente.

inteligencia de los Vedas era una cosa razonable quemar los instrumentos del sacrificio y del culto con el sacerdote, á fin de que se pudiera servir de ellos en el otro mundo; mientras que el Hindu de nuestros tiempos se conforma con arrojar un hilo de lana sobre la torta funeraria que ofrece á su padre diciendo: Pueda este *vestido*, tejido de lana, ser una ofrenda agradable á tus ojos."

Según Ovidio, las ofrendas de alimentos hechas á los muertos, que en épocas primitivas eran una práctica salvaje, fueron trasformadas en su tiempo en una simple ceremonia, con la cual se manifestaba sentimiento de afectos. "Guirnaldas, dice, algunos granos de sal, trigo, esparcidos en la tierra; un poco de pan mojado en vino, y violetas sembradas sobre la tumba, eran lo bastante para apaciguar las sombras."

En nuestros tiempos, las coronas de inmortales, de rosas y de violetas, son para el hombre verdaderamente civilizado, un triste recuerdo consagrado á la memoria de la persona amada y un testimonio tributado á la fe jurada de nuestra inmortalidad. Pero quién sabe si para el común de las gentes que obran por espíritu de frívola imitación, será la continuación de la ofrenda salvaje!

Todos los hechos referidos demuestran que en todo el mundo ha habido alguna semejanza en la filosofía del animismo ó espiritualismo, y en las prácticas de las ceremonias religiosas de los pueblos primitivos é inferiores, que sus errores han sido consecuencia de un modo particular y análogo en la asociación de sus ideas, formulando un juicio falso de las impresiones recibidas del mundo exterior, pero que se ha verificado y continúa aún una selección intelectual que conduce á todas las razas al perfeccionamiento moral y á la verdadera filosofía.

Al terminar estas líneas, viene á nuestra memoria el bello pensamiento de Walter Scott:

"La creencia general, diremos aun, universal, de los habitantes de la tierra, en la existencia de séres sobrenaturales, está fundada en el sentimiento de la Divinidad que habla á nuestros corazones y prueba á todos los hombres, excepto á un pequeño número de aquellos que son sordos á la voz celestial, que existe en nosotros una porción de sustancia divina, no sujeta á las leyes de la muerte y de la disolución, y que, cuando el cuerpo es incapaz para retenerla, va á buscar su lugar como un centinela que acaba de ser relevado."

VIII

En el estudio del sistema de numeración usado en los pueblos civilizados, naturalmente se principia por el conocimiento de las voces numerales, uno, dos, tres, etc., palabras que consideradas abstractamente no tienen significación etimológica, pero que referidas á grupos de cosas ó personas nos enseña el uso á asociarlas á la serie de representaciones simbólicas 1, 2, 3, 4, 5, etc., acostumbrándonos á ver con la imaginación en cada una de estas cifras una colección de unidades y la unidad misma; de esta suerte podemos adquirir el conocimiento superior de los números mayores que se pueden imaginar y también el de las más pequeñas fracciones de la unidad.

A medida que se desciende en la escala de la civilización de las diferentes razas del globo, y que nos aproximamos á las inferiores de la época actual ó de las edades primitivas, se comprende que la idea del número y de la cantidad es más imperfecta y limitada, y que los sistemas usados para contar son más figurados que filosóficos, por consiguiente poco adecuados para adquirir un conocimiento completo de la colectividad numérica y de la fracción de la unidad. Sin embargo, hubieron pueblos prehistóricos cuyos sistemas de numeración fueron más aventajados que los demás.

Los instrumentos primitivos más naturales en los variados y numerosos sistemas de numeración han sido los dedos de las manos y de los piés; pero las tribus enteramente salvajes no alcanzaron á tener una idea cabal de su uso; por ejemplo, una tribu de Australia descrita por Mr. Odfield, cuenta uno y dos con los dedos, y después dice *bool-tha*, que significa mucho. Este ejemplo demuestra el término más bajo de las condiciones intelectuales de la especie humana, pues todos los demás ejemplos que encontramos en los anales de las condiciones primitivas de las razas del continente de Colón y los historiados por Mr. Brunet Tylor, del Africa y del continente europeo, demuestran un grado de superioridad intelectual muy notable, aun cuando el sistema de numeración de todos esos pueblos tuvo las mismas bases; es decir, que el hombre principió en el *caos* de sus ideas á contar por los dedos.

Un ejemplo muy notable por la semejanza de las condiciones intelectuales que presenta con los del hombre primitivo de las selvas, es el célebre sordo-mudo Massieu, discípulo del sabio abate Sicard, el que evocando sus recuerdos de la infancia, decía después que se elevó á un mundo intelectual superior, por las lecciones de su maestro: "Yo conocía los números antes que me los enseñaran; mis dedos me los habían enseñado. No conocía las cifras, contaba sobre mis dedos."

En el mayor número de razas inferiores las palabras que les servían para designar los números tienen una significación especial y muchas veces independiente de la colectividad numérica á que se refieren; y solamente por una asociación de ideas particulares á cada pueblo les pudo servir para darse cuenta de la cantidad.

Muchos pueblos de Africa y entre ellos los *Yolofs* y los *Foulahs*, y otros de América, como los *Omaguas*, contaban de la manera siguiente ó de un modo semejante: principiaban con los dedos de las manos y llegando á cinco decían: *una mano entera;* 6, *uno de la otra mano;* 7, *dos de la otra mano*, y así hasta llegar á 10, el cual expresaban diciendo: *dos manos;* para 11, *uno del pie;* 12, *dos del pie;* 15, *tres manos;* 16, *uno del otro pie;* para expresar 20 decían: *un indio;* 21, *uno de la mano de otro indio, etc.* En algunos pueblos dicen: 11, *pie uno; pie dos, etc.*

Algunas tribus, como los *Zamucas*, usaban de un método semejante al anterior con otra clase de circunlocuciones; decían: *la mano acabada* para expresar 5; *las dos manos acabadas* para 10; y para 20 *los dos piès acabados.*

Los *Zoulous* principian á contar por el dedo pequeño de la mano izquierda (lecturas de Mr. Tylor), cuando llegan á 5 dicen *una mano entera;* para 6 dicen *totisitupa*, que significa *tomad el pulgar*, y hacen un gesto ó acción correspondiente; para 7 señalan el índice con el cual expresan el verbo *comba*, indicar.

Los *Jaruros* del Orinoco y los *Guaranies* del Paraguay contaban por veintenas como los Mexicanos; y según refieren los misioneros, algunos de estos pueblos en sus cuentas hacían montones de maíz de 20 granos cada uno, diciendo un veinte, dos veintes, tres veintes y cinco veintes para 100. Los Jaruros para expresar 40 decían *noenipume*, que significa dos hombres, derivado de *noeni*, dos, y *canipuna*, hombre.

Los misioneros que introdujeron la civilización cristiana en las tribus del Nuevo Reino de Granada, dejaron anotaciones importantes que aún no han sido publicadas, tales son las de los Padres Alonso de Neira y Juan de Ribero, llamadas "Arte y Bocabulario de la lengua Achagua," 1762; en él se encuentra el sistema de numeración de esta tribu, que es como sigue:

1, *Abacaija;* 2, *Sucha* (á veces Suchamata); 3, *Matarritay;* 4, *Rejuni;* 5, *Abacaje* (significa los dedos de la mano); 6, *Abaibacaje* (uno y cinco); 7, *Suchamataybacaje* (dos y cinco); 8, *Matamtaybacaje* (tres y cinco); 9, *Reju-*

nicayacaba-bacaje; 10, *Suchám-acaje* (los dedos de ambas manos); 15, *Suchám--acaje abay ribana* (tres cincos ó tres veces los dedos de la mano); 20, *Abacaytacay* (los dedos de los piés y manos ó los dedos de un hombre, cuatro cincos); 40, *Suchám-áta tacay* (los dedos de dos hombres). Dice Gumilla que "así aglomeraban hasta 2,000, 6,000, 10,000 dedos, con una algarabía notable, pero perceptible á fuerza de trabajo."

El sistema vigesimal de los Mexicanos y de los Guaraníes, etc., también se usaba en algunos pueblos del antiguo continente, como los *Bascos*, que contaban: 1, *bat* ó *unam;* 2, *bi* ó *daou;* 3, *iru* ó *tri;* 20, *oguei* ó *hugent;* 40, *berroguei* ó *daouhugent;* 60, *iruroguei* ó *trihugent, etc.* (Humboldt).

En los antiguos pueblos del Darién se usaba de un sistema de numeración bigesimal, que llama la atención por el orden metódico que observaban en la sucesión de cada decena, y es, según el doctor Lionel Wafer, (9) el siguiente:

"1, *Quenchacua*—2, *Pocua*—3, *Pagua*—4, *Paquegua*—5, *Aptali*—6, *Indrica*—7, *Cugola*—8, *Paucopa*—9, *Paquecopa*—10, *Anivego*—11, *Anivego quenchaqua*—12, *Anivego pocua*—13, *Anivego pagua*—20. *Tula bogua*—40, *Tula guana, etc.*

"De 10 para abajo nombran fácilmente el número particular de que se trata sin hacer ninguna seña; pero cuando dicen *anivego* ó 10, juntan las dos manos abiertas. Para 11, 12, 13, hasta 20, pronuncian anivego, juntan las manos y vuelven á separarlas, tocan los dedos de la mano izquierda, uno por uno con el primero de la derecha y dicen: *anivego quenchacua; anivego pocua; anivego pagua, etc.*, hasta el número que quieren expresar, si es inferior á 20.

"Cuando pronuncian *tula bogua*, es decir, 20, juntan las manos dos veces, una por cada 10. Para el 21 dicen *tula bogua quenchacua;* para 22 *tula bogua pocua, etc.* Para expresar 30 juntan tres veces las manos, y dicen, *tula bogua anivego*, es decir, 20 y 10, y así hasta 40. Lleguemos á ese número: juntan las manos cuatro veces, y dicen, *tula guana;* 41, *tula guana conyugo, etc.;* 50, *tula guana anivego*, es decir, 40 y 10, etc."

El doctor Lionel Wafer dice: "que esa manera de contar de una veintena á otra es la misma de sus antepasados, y se aproxima mucho á la de los montañeses de Escocia é Irlanda; pues si los indios para significar 31, 32, etc., dicen 20 y 11, 20 y 12, etc., éstos para expresar los mismos números dicen al revés, 11 y 20, 12 y 20, etc., no habiendo sino una trasposición de palabras."

Hubiera sido mucho más interesante el estudio del doctor Wafer, acompañado de la etimología de las palabras que usaban los Darienenses para expresar cada número, pues es muy posible que tuvieran una significación especial independiente de la colectividad numérica, que significan juntando las manos y señalando los dedos.

En la India se emplea el método de contar por los dedos, pero no es el único, pues según Mr. Tylor, "desde tiempo inmemorial los letrados de este país, además de sus series ordinarias de los números imaginaron emplear otras palabras como medio mnemotécnico para retener las fechas y otros números. En este caso para decir uno, dicen 'tierra' ó 'luna;' para dos, dicen 'ojo,' ó 'brazo,' ó 'ala;' para tres 'rama,' ó 'fuego,' ó 'cualidad,' porque ellos admiten tres ramas, tres suertes de fuego, tres cualidades ó 'gunas;' para expresar cuatro dicen 'edad' ó 'Veda,' porque hay cuatro edades ó cuatro vedas."

Un sistema semejante al anterior era el de la nación Chibcha, pero mejor ordenado, de aplicaciones prácticas y aun filosófico, porque el uso mnemotécnico de las voces numerales tenía una relación íntima con la división del tiempo lunar,

(10) Viajes del doctor Lionel Wafer al Istmo del Darién y á las costas del Nuevo Reino de Granada, de 1680 á 1685, traducidos y anotados por el señor V. Restrepo (*Repertorio Colombiano*, vol. 8, n. 46).

con las épocas de sus faenas agrícolas y de sus ceremonias religiosas. Esta nación contaba principiando por los dedos de las manos, y no solamente tenía los diez números dígitos como base fundamental de su numeración, sino que para estos diez números usaban nombres de una etimología muy variada é importante, y además los representaban con símbolos especiales. Los números son los siguientes:

Ata, 1; *bosa*, 2; *mica*, 3; *muyhica*, 4; *hisca*, 5; *ta*, 6; *cuhupcua*, 7; *shuhuza*, 8; *aca*, 9; *ubchihica*, 10. Después de terminar con los dedos de las manos pasaban á los piés, repitiendo estos mismos nombres anteponiéndoles la palabra *quihicha*, que significa pie; así, para 11 decían *quihicha ata;* 12, *quihicha bosa, etc.*, hasta llegar á 20, que designaban con la palabra *gueta*, derivada de *gue*, casa, y *ata*, uno; también expresaban 20 con *quihicha ubchihica*, pie diez. Seguían contando 21, *guetas asaquí ata*, asaquí significa más; 22, *guetas asaquí bosa*, ó veinte más dos, etc., hasta llgar á 30; *guetas asaquí ubchihica*, ó veinte más diez; 40 ó dos veintes, *gue bosa*, dos casas; 60 ó tres veintes *gue mica*, tres casas; 80 ó cuatro veintes, *gue muyhica*, cuatro casas; 100 ó cinco veintes *gue hisca*, cinco casas.

Este sistema era, pues, mixto del decimal y vigesimal. El señor Duquesne hizo prolijas investigaciones etimológicas con los mismos indios, y asegura que "todas estas palabras son significativas, que todas tienen raíces comunes con otras voces que indican las faces de la luna creciente ó menguante, ó con objetos relativos á la vida campestre y del culto religioso."

Veamos ahora las diversas significaciones que daban á las palabras con que expresaban sus números dígitos, y la representación figurada ó el símbolo que usaban, según resulta de los estudios del señor Duquesne arreglados conforme á un manuscrito antiguo que poseemos.

Uno.—Ata.—*Otra cosa.* Representaban este número con una rana en acción de brincar, para indicar la aproximación de las aguas y el apresto de otra sementera.

Dos.—Bosa.—*Al rededor.* Expresa un cercado que hacían al rededor de la sementera para defenderla de los animales que pudieran causar daño; lo representaban por unas narices como parte de un disco lunar.

Tres.—Mica.—*Cosa varia.* Expresa la variación de las faces de la luna. Significa también escoger, buscar, hallar cosas menudas, para indicar la elección que debían hacer de las semillas para la siembra. Lo representaban por dos ojos abiertos, probablemente como signo de observación.

Cuatro.—Muyhica.—*Cosa negra.* Expresa el cielo nublado, oscuro y tempestuoso. La raíz *muy* significa crecer las plantas; con el beneficio de las lluvias crecen las sementeras. El símbolo son dos ojos cerrados, signo de oscuridad.

Cinco.—Hisca.—*Echarse uno sobre otro.* Esta significación hace alusión á la conjunción en cuyo tiempo celebraban las nupcias del sol y de la luna, dogma capital de sus creencias. Significa también *cosa verde* y *holgarse:* con las lluvias las sementeras toman el color verde hermoso, y se alegraban con la esperanza de la cosecha abundante. Lo representaban con dos figuras unidas como símbolo de la fecundidad.

Seis.—Ta.—*Cosecha.* Al sexto mes de la siembra de la semilla, correspondía la cosecha del fruto. Se encuentra representado por una cuerda unida á un palo, los que servían para trazar el círculo de sus casas y de sus labranzas. La forma circular la tomaban de la luna, deidad de su predilección.

Siete.—Cuhupcua.—*Sorda.* Sus graneros tenían la forma de oreja ó de caracol. Expresa también el cuarto ó cuadratura de la luna. Tenía por símbolo dos orejas y también una canasta para significar la cosecha.

Ocho.—Suhuza.—*No tira á otra cosa.* Significa también cola ó rabo. Expresa

el mes que viene al fin de las sementeras. Su símbolo era una columna en forma de gavia y una cuerda con los que en sus calzadas hacían las solemnidades y sacrificios. En el término de esta calzada ponían un gran palo, á él ataban al *Guesa* ó *Moja* que sacrificaban tirándole con flechas, y ofrecían su sangre á la luna y al sol. El significado cola ó rabo probablemente hace alusión á la cola que arrastraban en las dansas de esta fiesta para figurar los años venideros.

Nueve.—Aca.—*Bienes.* El mayor de los bienes era la abundante cosecha. Lo representaban por dos ranas unidas, ó por una rana de cuya cola se principia á formar otra. Esta figura es el símbolo del noveno mes lunar en el que observaban la generación de estos animales.

Diez.—Ubchihica.—*Luna brillante.* Expresa el plenilunio y hace alusión á sus convites y regocijos. El símbolo era una oreja.

Veinte.—Gueta.—*Casa* y *sementera.* Era representado por una rana tendida, símbolo del reposo, de la abundancia y de la felicidad.

Es un hecho notable que estos pueblos incultos hubieran adoptado el sistema de numeración decimal y vigesimal, viniendo á ser más tarde el decimal el adoptado por los pueblos civilizados de la época actual, por ser el más sencillo y más racional y filosófico, aun cuando intrínsecamente no son comparables el sistema moderno con el decimal y vigesimal de los pueblos inferiores de este continente y del europeo.

También es notable que diferentes naciones modernas hayan conservado el sistema de agrupaciones de cinco en cinco y de veinte unidades bajo una forma especial, es decir, el *quinal* y *vigesimal*, cuyo origen se remonta á los tiempos primitivos en que se usaba la cuenta por los dedos. Con las cifras romanas se cuenta i, ii, iii, hasta v, y se sigue con otra serie de cinco hasta llegar á x, y así sucesivamente, teniendo siempre en cuenta grupos de cinco unidades como si se contara en los dedos de cada mano.

No obstante que los Franceses fundaron el sistema decimal adoptado hoy casi en todas las naciones modernas, conservan en su numeración recuerdos tradicionales del sistema vigesimal de las épocas primitivas; dicen aún, *quatre vingt treize,* cuatro veintes trece, en lugar de "nonante-trois," empleando los términos de origen latino. Los Ingleses dicen también en determinadas ocasiones, *fourscore and thirteen,* cuatro veintes trece, usando la palabra *scoree,* metafóricamente para contar 20. La razón de estas anomalías es, según Mr. Tylor, que la numeración por veintenas ó vigesimal fué propia de los pueblos célticos, se encontraba en los Galos, los Irlandeses, los bajo-Bretones, etc., y de ellos pasó á los Franceses y á los Ingleses.

IX

Las extensas llanuras que forman una gran parte de las regiones superandinas de los Estados colombianos, fueron el asiento de profundos y grandes lagos, cuyas aguas depositaron en su fondo capas sucesivas y horizontales del terreno acarreado por las olas y por las lluvias. Posteriormente á la formación de este suelo lacustre, que debió ser lenta y de muchos años de duración, tuvieron lugar grandes cataclismos en las cordilleras de arenisca y de rocas calcáreas que protegían y alimentaban estos depósitos, ocasionados por convulsiones de la tierra. Las rocas fracturadas y dislocadas dejaron paso libre á una inmensa masa de agua, cuya irrupción dejó vestigios palpables aun á los ojos menos observadores y al espíritu más salvaje é ignorante.

Las dilatadas sabanas de Bogotá, las planicies del sistema de lagos de Boyacá, compuestas de las llanuras de Soracá, Chivatá, Tunja, Siachoque y Toca,

por una parte, que vertieron sus aguas unas sobre las otras, y de los extensos lagos del valle de Leiva y de los de Tundama que comprenden las fértiles llanuras de Santa Rosa y Sogamoso, por otra, son ejemplos, entre muchos que se podrían citar, de estas formaciones lacustres.

La historia física de los cataclismos que ocasionaron el desagüe de estos lagos, dejando enjutas estas sabanas, la encontramos escrita en los accidentes geológicos que ofrece el suelo de estas regiones, y en los trastornos producidos por la inmensa irrupción de las aguas hacia los valles profundos.

Los lagos andinos de la región de Tunja desaguaron por la abertura de las cordilleras que dieron paso á las aguas del lago de Sogamoso; el río de este nombre conserva las señales de este gran suceso geológico, hasta en su entrada en el río Sarabita.

El desborde de las aguas que formaban el lago Funzé en las sabanas de Bacatá, nos dejó el más hermoso recuerdo de este acontecimiento, el que se cuenta entre las maravillas de la naturaleza, este es el salto ó cascada de Tequendama, cuyas aguas espumosas se precipitan con fragor á una hondura de 146 metros. Para la fecunda imaginación de los Chibchas la causa de este desagüe debía ser sobrenatural; en sus anales cosmogónicos se encuentra como autor de este grandioso acontecimiento á Bochica, hombre misterioso, sabio y bienhechor, de raza diferente de la de los hombres de estas regiones, pues era blanco y tenía barba larga; llegó repentinamente de países lejanos, acompañado de una mujer llamada *Huythaca*, de sorprendente belleza, pero de excesiva maldad. Esta mujer por arte mágico hizo crecer el Funzé y sus afluentes, y sus aguas inundaron todo el valle de Bacatá, haciendo perecer una gran parte de sus habitantes. Indignado Bochica arrojó de la tierra á esta mujer, y con su vara poderosa abrió las rocas de Tequendama por donde las aguas se precipitaron dejando enjuta una parte de la fértil llanura que poblaron y cultivaron después las gentes dispersas reunidas por Bochica, á quienes enseñó las artes, el culto del sol y les hizo edificar templos y ciudades. Algunos pueblos creían que *Chibchacun*, protector y báculo de los Chibchas, para castigar sus excesos, lanzó repentinamente sobre la llanura los ríos Tibitó y Sopó, causando esta grande inundación, pero Chibchacun fué por este acto condenado por Bochica á llevar la tierra sobre sus hombros; y para aliviarse de su fatiga, la trasportaba de uno en otro, lo que causaba los temblores de la tierra, los que entonces debieron ser muy frecuentes.

A Bochica le daban dos hermanos ó compañeros, y los simbolizaban á todos tres con un cuerpo de oro de tres cabezas, pues decían que tenían los tres un corazón y un sólo espíritu. Este símbolo, de que habla Duquesne, probablemente tiene relación con los tres nombres que, según los cronistas, daban á este hombre misterioso: *Bochica*, *Nenqueteba* y *Xue* (11).

Esta ingeniosa fábula del origen del Tequendama fué consecuencia natural de la tendencia que tenían estas tribus á venerar las cosas y accidentes sorprendentes y maravillosos; pues no pudiendo darse cuenta de las causas de los fenómenos naturales y de los accidentes que dejaron las aguas en su salida tumultuosa, es indispensable que los atribuyeran á un poder divino. Sin embargo, fueron observadores atentos de todo lo que se ofrecía á su vista, y no debía pasárseles inadvertidas las oxilaciones de las aguas en su ascenso y descenso en la parte de la llanura que quedó inundada. Estas oxilaciones de la parte inundada eran ocasionadas por las lluvias, las que en esas épocas debieron ser más abundantes y más frecuentes que hoy por la exuberancia de los bosques; y más

(11) Las palabras chibchas *Xua*, *Xue*, son muy semejantes, según Paravey, á las palabras *Joua*, *Joue*, del idioma Japonés; y tanto en éste como en otros idiomas orientales, significan estas palabras *Dios*, *Señor*.

regulares en sus períodos, pues sus siembras estaban subordinadas á la estación lluviosa en relación con las faces de la luna. Los primeros gritos de las ranas les recordaban la aproximación de las lluvias benéficas y necesarias para sus sementeras, pero al mismo tiempo aterradoras en su demasía por las terribles y destructoras inundaciones de que eran víctimas. De un justo medio en la cantidad y duración de las lluvias dependía la abundancia de la cosecha, y por consiguiente la felicidad de la nación. Hé aquí por qué una de las deidades celestes era para ellos la *rana*, dios precursor y criador de las aguas; y por qué la figura de este dios en sus diversas aptitudes simboliza las diferentes faces de la luna en relación con la estación lluviosa ó seca.

La figura de este animal grabada ó pintada de una manera indeleble sobre las rocas en los lugares por donde se verificó el desagüe de los lagos andinos, tales como las piedras de Pandi ó Icononzo, (12) Fúquene, Aipe, Gámeza, Saboyá, etc., no conmemoran, como se ha creído generalmente, esos grandes cataclismos geológicos de que hemos hablado, porque durante el tiempo en que acontecieron no podían ser habitadas estas regiones, pues el levantamiento de los Andes dejó estas grandes cuencas que las aguas colmaron de sedimento, y cuyo desagüe, causado por enormes cataclismos de los Andes, los hizo posteriormente habitables. Además, es evidente que la raza que formaba esta nación no podía tener el grado de cultura intelectual suficiente para poder interpretar, ni aproximadamente, la causa de estos trastornos geológicos, y de aquí el origen de las fábulas que constituyen su historia cosmogónica, inventadas en vista de las inundaciones periódicas que ocasionaban las lluvias, y del salto de Tequendama, único desagüe natural de estas llanuras. Estas figuras son simplemente la representación simbólica de los accidentes meteóricos que causaban las oxilaciones de las aguas en las llanuras inundadas, y la salida de ellas por los cauces naturales, medio que los libraba de las inundaciones, y beneficio atribuido á ese Neptuno anfibio de cuatro patas.

Las diferentes actitudes en que pintaban á las ranas para simbolizar estos accidentes meteóricos son las siguientes:

En actitud de brincar representaba la aproximación de las aguas y también caracterizaba la entrada del año muisca (*zocam*) que constaba de veinte meses lunares (*sunas*), para los años civiles, ó de la vida común, y de treinta y siete el año religioso, en el cual tenían lugar diferentes fiestas y sacrificios. El primer mes del año se principiaba á contar desde el día siguiente al plenilunio que sigue al solsticio de invierno; un cómputo análogo observaban los indios del Perú y de México, los Hindus y los Chinos. Caracterizaba también este signo, el principio del siglo que constaba de veinte años religiosos. Tanto los días como los meses y los años se contaban por la serie numeral formada de las diez voces desde *ata*, 1, hasta *ubchihica*, 10; así decían, *suna ata*, primera luna; *suna bosa*, segunda luna, etc.; *zocam ata*, año primero; *zocam bosa*, año segundo, etc. El día lo llamaban *zua* y la noche *za*; se dividían en cuatro partes: *zua mena*, la mañana desde la salida del sol hasta medio día; *zua meca*, la tarde desde medio día hasta ocultarse el sol; *zasca*, la primera mitad de la noche, y *zaguí*, la otra mitad hasta la salida del sol. El período de tiempo más corto era de tres días, y diez de estos períodos, ó sean treinta días, formaban un mes lunar ó *suna*, que significa *gran camino empedrado ó calzada*, para recordar el sacrificio humano que celebraban en el término ó plaza de la calzada que principiaba en la casa (*titthua*) del Cacique.

También tenían un año rural, que contaban de una estación de lluvias á la

(12) Véase al fin de este opúsculo la descripción de las piedras pintadas de Pandi y del puente natural.

siguiente, y constaba de doce lunaciones. Los Jeques (sacerdotes) agregaban al fin del tercer año rural un mes ó luna intercalar ó sorda presidida en la primera indicción por *cuhupcua*. Tres años rurales componían uno de 37 lunas ó religioso.

Las intercalaciones que hacían de algunos meses lunares tenían por objeto referir á la misma estación el principio del año rural y las fiestas que celebraban el sexto mes, cuyo nombre era consecutivamente *suna ata*, *suna suhusa*, *suna ubchihica*.

El año vulgar, que constaba de veinte meses lunares, servía para los negocios de la vida civil, como las compras y ventas de sus productos naturales, agrícolas y de sus manufacturas, etc., y también para las treguas en la guerra. El grande año de 37 lunas intercalares, ó año astronómico, se dividía en tres períodos agrícolas ó sementeras, y servía particularmente para las faenas del campo y para las ceremonias religiosas; por esta razón el arreglo de las lunas intercalares estaba encomendado á los Jeques, quienes los anunciaban al pueblo oportunamente para suplir las deficiencias de este cómputo.

El siglo chibcha que constaba de veinte años, de treinta y siete lunas cada uno, se dividía en cuatro períodos ó pequeños siclos, de los que el primero se cerraba en *hisca*, el segundo en *ubchihica*, el tercero en *quihicha hisca* y el cuarto en *gueta*. Estos períodos representaban las cuatro estaciones del grande año. Cada uno de estos períodos contenían 185 lunas, que corresponden, según Humboldt, á 15 años chinos y tibetanos, y por consiguiente, á las verdaderas *indicciones* usadas desde tiempo de Constantino. Los pueblos de raza tártara tenían un siglo de 60 años dividido en cinco períodos presididos por 12 animales.

La figura de dos ranas ó sapos unidos era símbolo de *suna aca*, ó noveno mes lunar, época en que observaban la generación de estos animales.

La rana en actitud recogida simbolizaba el tiempo seco, porque en esta época se oculta en los lugares sombríos.

Una rana extendida ó sin patas, como signo de quietud ó reposo, representaba á *suna gueta*, luna sin influencia en las operaciones del campo; era también símbolo de la felicidad en el goce de las cosechas y de los bienes de la casa (*gueta*).

Algunas veces se ha encontrado la figura de la rana con cabeza de hombre, y en nuestro concepto de este modo significaba la personalidad de que estaba caracterizado este animal como dios inteligente y poderoso en su elemento, el agua; otras veces el cuerpo de este animal, sin patas, fué transformado (según Duquesne) en ídolo con una túnica ó vestidura de hombre.

El escritor citado notó en otras figuras la rana con cola, lo que le hizo pensar que continuando el brinco señalaba los meses futuros, y con la cola, señalaba los meses pasados. Agrega que la cola fué usada por los indios como símbolo en otros animales, y que lo representaban en las colas que llevaban arrastrando en sus procesiones y danzas astrológicas.

La creencia de que las ranas son precursoras de las lluvias y vienen del cielo con ellas, se ha trasmitido desde esos remotos tiempos á los pueblos inferiores de la época presente: en algunas poblaciones de las riberas del Magdalena se cree aún que en el principio del invierno llueven ranas, pues después de un prolongado silencio de estos animales, durante el verano, los primeros *chaparrones* despiertan sus gritos y se les ve saltar por centenares.

No solamente en los pueblos chibchas adoraban la rana ó sapo como dios de las aguas, también en la nación de los Armas, de los Ansermas, de los Huacas y en general en todas las tribus aborígenes del territorio antioqueño y del Cauca, existía la misma idolatría, pues en sus túmulos y adoratorios se han encontrado figuras de oro de este animal en sus diferentes actitudes, al lado de la figura del águila del mismo metal.

Los lugares de donde se ha extraído mayor cantidad de objetos de oro en el Estado de Antioquia en épocas recientes, han sido las *huacas* del cerro de Peperitá, cerca del río Cauca, y de Arma, en San Juan, Caramanta, Remedios, Yolombó, Angostura, Eliconia, Guiná, y de las serranías que comprenden el nacimiento de los ríos Zenú, León, Uramá, San Jorge é Ituango, las vertientes del Cauca, entre Antioquia, Cázares y la cordillera del Frontino.

En la loma llamada del Pajarito, cerca de Yarumal, se encontró un templo indígena, subterráneo, con entrada al Oriente, formado en el centro de una gran sala llena de nichos de diversas dimensiones. En él había grandes vasos de oro, lámparas, incensarios, figuras de animales, principalmente águilas ó ranas, sapos y figuras que representan al hombre.

El adoratorio más notable hallado en este templo era el representado en la figura 27; medía 120 centímetros de altura y 114 de ancho; hasta ahora no ha sido descrito por ningún anticuario.

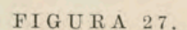


FIGURA 27.

Este adoratorio estaba formado de una lápida de tierra cocida que contenía incrustadas en ella una águila de oro de 38 centímetros de altura y de 66 de la punta de una ala á la otra; de forma bastante elegante y en actitud de alzar el vuelo; en sus garras lleva dos ranas; en el contorno de ella hay doce ranas de oro y catorce figuras del mismo metal y de forma humana colocadas alternativa

y simétricamente con las ranas. En el pie de la lápida hay una ánfora ó vasija de oro semejante á las *conopas* peruanas; es hueca y tiene la figura de dos leopardos unidos por el dorso y con una abertura en la cabeza para depositar las ofrendas, pues se encontraron algunos tejuelos y joyas de oro en su interior.

Aparece en este adoratorio, así como en otras *huacas*, el águila como animal simbólico y deificado. Para fijar con las mayores probabilidades de exactitud la interpretación de este adoratorio debemos atender los hechos siguientes.

El águila y la rana son animales esencialmente diferentes y opuestos en sus costumbres; la rana goza de la plenitud de sus funciones vitales en la época de las lluvias, cuando el elemento que le es propio le presenta las condiciones indispensables para su crecimiento, alimentación y reproducción; durante el verano se recoge silencioso en los lugares sombríos y húmedos, en donde fecunda sus huevos para que su progenitura salga en tiempo oportuno y encuentre el elemento que lo recibe en su seno. El águila, por el contrario, en el invierno se oculta en su nido situado en alguna grieta de las encumbradas rocas; allí empolla sus huevos, haciendo apenas las excursiones necesarias para proporcionarse su alimento, y alza majestuosa su vuelo, se remonta en el aire aspirando á las regiones etéreas, cuando han cesado las lluvias y el cielo se presenta despejado y diáfana la atmósfera para poder ver á grande distancia con su dilatada pupila la víctima que ha de llevar á sus polluelos. Este régimen de vida y estas costumbres no pasaron inadvertidos á la inteligencia y sagacidad de los indios de estas regiones.

Si entramos con la mente en la fecunda imaginación de la raza superandina de aquella época remota, no es difícil ver con ella, en el águila, al dios *aéreo* precursor del buen tiempo, es decir, del verano, época de un cielo sin nubes y de adorar la faz radiante del sol.

Así como la rana fué una de las deidades de esta raza, que anunciaba las aguas y venía con ellas, el águila alzando su vuelo llevaba en sus garras las ranas, es decir, se llevaba las lluvias dando lugar al verano.

Hemos dicho que de un justo medio entre el invierno y el verano, esto es, lluvias oportunas y suficientes, y un tiempo seco inmediato á la cosecha, dependía la abundancia de ésta y por consiguiente la felicidad de estos pueblos. Para conseguir este fin era necesario hacer en el adoratorio las ofrendas propiciatorias á estas dos deidades rivales.

Esta raza supersticiosa deificaba también al hombre virtuoso, y una de las virtudes más aceptable para sus dioses era la práctica de las faenas agrícolas, como indispensable para satisfacer la más imperiosa de las necesidades.

Hé aquí por qué se encuentran en esta gran lápida ó adoratorio, reunidas las tres deidades más influyentes en las labores del campo y por consiguiente en la felicidad civil de estos pueblos: *el águila, la rana y el agricultor.*

X

Como complemento de la narración hecha en los capítulos anteriores, y para aclarar las apreciaciones que hemos hecho en el estudio comparativo de la filosofía espiritualista de las tribus y naciones inferiores, haremos algunas observaciones respecto del lugar que deben ocupar las creencias religiosas ó los mitos de los pueblos Chibchas en las clasificaciones admitidas por los etnógrafos modernos.

En la escala social de los pueblos inferiores hay una variedad de mitos que revelan, no solamente el grado intelectual á que llegaron las razas que constituyen esos pueblos, sino también que las tendencias de las sociedades humanas han sido siempre las mismas, y que han pasado por las mismas preo-

cupaciones ó por lo menos muy semejantes, según el grado de cultura que alcanzaron.

En el estudio de las supersticiones que impropiamente se han llamado religiones, y que más bien son cultos tributados á diferentes deidades, es muy difícil llegar á un método claro que sirva de base general para formular una clasificación que reuna todas las condiciones de exactitud y de precisión que sería de desearse tuvieran; es desde este punto de vista que la clasificación adoptada por Sir John Lubbock es la más aceptable como la más completa, porque llena todos los vacíos que otros han dejado; pues está fundada en numerosísimas observaciones de los pueblos inferiores de todo el mundo, y en diferentes épocas.

A pesar de que el estudio de los cultos religiosos de los pueblos salvajes nos revela generalmente groseras supersticiones, existieron pueblos que aunque inferiores en el orden social, por sus mitos se levantaron sobre los demás de su clase, á un grado intelectual bien notable.

Es una verdad comprobada que los países que llegaron á un grado de cultura social igual ó semejante, poseyeron iguales ó análogas creencias religiosas, y es bajo esta relación que los pueblos de la antigua Cundinamarca, que llegaron á un grado de cultura social análoga á la de los pueblos del Perú, poseyeron creencias religiosas y cultos análogos á los segundos; así lo prueba su historia y las crónicas que de estos pueblos corren publicadas.

En general, se han clasificado los cultos religiosos según la naturaleza del *objeto* adorado: así, por ejemplo, se llama *fetichismo*, de una manera general é impropia, el culto de los objetos terrestres; se llama también de una manera general el culto de los ídolos *idolatría;* y *sabeísmo* el culto de los cuerpos celestes, tan impropiamente cuanto que esta designación no expresa el grado intelectual á que llegaron los pueblos que profesaron este culto, pues en algunas naciones como las de los Chibchas, del Perú y México, el culto de los astros estaba asociado á ideas religiosas muy elevadas; mientras que otras tribus inferiores adoraron el Sol y la Luna únicamente por ser estos cuerpos celestes brillantes á sus ojos como brilla el fuego que también ha sido deificado.

Las bases más racionales para la clasificación de las creencias religiosas de los pueblos inferiores son, según Sir John Lubbock, el grado de respeto que se tiene por la divinidad y las ideas más ó menos elevadas que se tengan de la naturaleza de un Dios y de su poder divino. La clasificación de este sabio es la siguiente:

1.° El *ateísmo:* en los pueblos inferiores enteramente bárbaros, el ateísmo es la ausencia absoluta de ideas definidas sobre la existencia de un Dios, pero no la negación de la divinidad. El primer término se encuentra aún en pueblos verdaderamente civilizados, en gentes ignorantes, y revela en todo caso el grado más bajo de la condición humana. El segundo, ó el de la negación de un Dios, es presuntuoso, audaz y criminal; por fortuna es muy raro entre gentes ilustradas.

2.° El *fetichismo,* es la creencia de que se puede imponer, obligar ó forzar á la divinidad que se elije, á cumplir ó ejecutar los deseos del creyente. Esta creencia es más bien, según la expresión de Lubbock, una anti-religión, pues el negro africano pretende que con un *fetiche* puede ordenar á su dios, y obligarle á obedecer. En esta forma de culto, si es posible llamarle así, está comprendida la magia ó hechicería.

El término *fetichismo* pertenece ordinariamente á la raza negra, pero también existe en multitud de pueblos de todo el mundo. Según Lubbock se puede decir que es universal, pues que la hechicería se encuentran aún en pueblos civilizados.

El fetichismo no tiene templos, ni sacerdotes, ni ídolos, ni sacrificios, ni plegarias, no exige la fe de la vida futura, ni se ocupa de principio de moral alguno; cualquiera cosa puede servir de *fetiche:* una planta, una flor, una roca, un animal, etc.

3.° El *totemismo* ó *adoración de la naturaleza*, comprende el culto de los objetos naturales, tales como los árboles, los lagos, las piedras, los animales, las montañas, los *astros*, etc. "Pero en esta faz religiosa no se pretende someter los dioses á la voluntad del hombre; no obstante, no se les considera como creadores; no premian la virtud, ni castigan el vicio."

Esta forma de culto se deriva del *totem* de los Pieles-Rojas, pero en otros países existen y existieron creencias análogas.

En el totemismo los dioses no son sobrenaturales, sino simplemente superiores al hombre, sin dejar de existir en la naturaleza.

4.° El *Shamanismo;* esta palabra tiene su origen en la Siberia, pero las creencias que comprende existen en diferentes partes del mundo. En él las divinidades superiores (pues que tienen inferiores) son mucho más poderosas que el hombre, y de una naturaleza diferente; residen muy lejos de la tierra y solamente los Shamans pueden llegar hasta ellos.

"El Shamanismo constituye un progreso considerable sobre el totemismo, pero no contiene dogma alguno."

Los "Shamans" de la Siberia pretenden que por una excitación que termina en éxtasis, el espíritu, á nombre del cual hablan, les inspira y les permite predecir el porvenir y recitar oráculos.

5.° La *idolatría* ó *antropomorfismo.* En esta clase de religión los dioses son de todo punto superiores al hombre y hacen parte de la naturaleza, sin ser creadores de ella, y atienden á las súplicas del creyente; se les representa por medio de *ídolos* ó *imágenes.* Comprende también el culto de los astros.

Según Lubbock es un error la creencia de que la religión ordinaria de los pueblos enteramente salvajes es la idolatría, porque esta forma de culto ha pertenecido á pueblos que por sus adelantos sociales han salido del estado que se puede designar con el nombre de salvajismo.

El culto de ídolos caracteriza un grado superior en los progresos sociales, pues no se encuentra en las razas más inferiores en la escala social. Las tribus verdaderamente salvajes no tienen ídolos, sus cultos pertenecen á una de las secciones que dejamos mencionadas.

Lubbock cita en comprobación de esta verdad muchos ejemplos de pueblos salvajes, de los cuales tomamos los siguientes:

"Entre los indios del Canadá no pudo comprobar Carver la existencia de ídolos. Con excepción de la Virginia, que según Lafiteau tiene un ídolo llamado *Oki*, en la América del Norte no existen ídolos.

"En Africa oriental solamente encontró Burton los Wanyika que adoran unas estatuitas llamadas kisukas. Tampoco se han encontrado ídolos en el Africa occidental, y los objetos que se han designado como tales son simplemente *fetiches;* y muy excepcionalmente se cita el ídolo que representa á 'Agoye' en Whydah, bajo la forma de un negro deforme, de cuya cabeza salen serpientes y lagartos.

"Los Viteanos, según William, no conocen la idolatría.

"Los naturales de la nueva Zelanda, según Yate, aun cuando son muy supersticiosos, no adoran ningún dios y no tienen símbolo alguno que indique pueda ser ídolo.

"El culto de los antepasados entre los pueblos medianamente civilizados, está íntimamente relacionado con la idolatría, principalmente cuando la imagen

tiene forma humana. Parece que es tan natural adorar á un Jefe como adorar á un ídolo, y de este caso se pueden citar ejemplos."

No es extraño que los indios de las razas inferiores hubieran venerado y adorado como á sus dioses á los hombres blancos. Esto sucedió al Capitán Cook en el Pacífico, á Lander en el Africa occidental, y, en general, á los Conquistadores en México y en el Perú. En la antigua Cundinamarca los indios de la sabana de Bacatá llamaron á los Españoles *Xue,* nombre derivado de *Xua* (sol), pues los adoraron como hijos del sol mientras conocieron quiénes eran, y los de Guachetá y otros pueblos comarcanos los designaron con el nombre *Xuegagua (Xua,* sol, *gagua,* hijo). Las tribus de los Panches, que también creyeron que los Conquistadores eran seres sobrenaturales, los llamaron *Ochies,* esto es, hijos del sol.

Después de las fases religiosas que dejamos anotadas, prescindiendo de los desarrollos históricos en que entra Lubbock para demostrar la exactitud de su clasificación, viene, según este sabio, la época en que se consideró la divinidad como enteramente sobrenatural y como autor de la naturaleza.

Finalmente, se considera como la última faz religiosa, aquella en que la moral se asocia á la religión con el conocimiento perfecto de los atributos de un solo Dios creador del Universo.

Estos son los tipos de los cultos religiosos más comunmente esparcidos en las diferentes razas humanas y á los cuales se pueden referir los de las naciones primitivas.

Siempre es necesario tener en cuenta que no hay un límite preciso que separe el culto religioso de cada pueblo, pues que en uno mismo pueden existir, á la vez, los caracteres del culto religioso de algunos de los grupos de esta clasificación, y esto según el grado de progreso social.

¿En cuál de estas diferentes faces religiosas deben colocarse los mitos y cultos religiosos de los indios Chibchas? Para resolver esta cuestión nos fundarémos en los datos históricos consignados por los historiadores modernos, como Acosta y Plaza, y en algunos de los antiguos, como el Obispo Piedrahita, fray Pedro Simón, Zamora, etc., cuya autenticidad y respetabilidad ninguna persona ha puesto en duda.

En los mitos de la nación Chibcha estaba comprendido el culto del Sol y el de la Luna, culto que se ha designado con la expresión vaga de *sabeísmo,* la que adoptaremos transitoriamente. Los Chibchas fueron sabeístas, pero no como las tribus miserables y bárbaras que no tenían idea alguna de un dios, y que solamente estimaban el brillo y el calor del sol, y lo adoraron como adoraron al fuego, por sus efectos, sin que hubiera acompañado á este culto una evolución ideal. (13) El sabeísmo de los Chibchas, fué como el de los Aztecas y el de los Incas, de carácter más elevado, basado en una doctrina espiritualista según su inteligencia, y con la veneración que se debe á entidades superiores al hombre, aunque consideradas de su misma naturaleza corpórea, lo que constituye el antropomorfismo; por esta razón el Bochica de la tradición chibcha fué venerado y deificado como enviado del Sol, y se tenía la creencia de que después de su desaparición se había ido á unirse con él. La palabra sabeísmo, pues, no expresa para ningún caso de este culto el carácter que tuviera en los pueblos que lo practicaron, y menos determina el grado de cultura religiosa á que llegaron sus adeptos.

Los pueblos Chibchas fueron politeístas; así lo comprueba la historia, y es natural que lo fueran, porque solamente los pueblos de una alta cultura inte-

(13) Los Esquimales están en este caso.

lectual, guiados por la luz de la razón, y con el auxilio de la verdadera filosofía, han podido comprender los atributos de un sólo Dios verdadero; los demás pueblos inferiores, aun cuando hayan gozado de un grado de cultura intelectual relativamete adelantado, solamente han podido estimar las cualidades de cada ser ú objeto de la naturaleza, y aun de determinados hombres en particular, cualidades atribuidas por su ignorancia á un poder sobrenatural en cada uno de ellos, y por esta razón las razas inferiores ó medianamente civilizadas han creado muchos dioses, en relación con las impresiones de sus sentidos y de su imaginación.

Sería una excepción singular, sin igual en los anales antropológicos, el que la nación Chibcha, compuesta de pueblos de condiciones intelectuales y naturales tan adecuadas para los inventos fabulosos, como lo revelan sus explicaciones cosmogónicas, no hubieran sido idólatras, sino únicamente del Sol y de la Luna, y tanto más cuanto que no siendo autótonos, y siendo muy probable su origen común con el de la raza Quichua-Aimará, cruzadas con las emigrantes del Norte, debieron conservar los recuerdos tradicionales de sus aborígenes.

La historia demuestra que la religión de la raza Quichua y la de los Incas fué politeísta, aun cuando también fueron sabeístas. Además de esto, todos estos pueblos tenían notables analogías que hacen más natural su origen común y la semejanza de sus mitos.

Bochica, hombre de raza blanca, cuyo origen los etnógrafos explican de una manera más ó menos probable, fué para los Chibchas un Profeta enviado del Sol, á quien naturalmente debieron no solamente reverenciar, sino adorar, pues según una variante de la bella fábula cosmogónica, apareció sobre el arco-iris en el momento de herir la roca del Tequendama. (14)

Como otro Atlante de la fábula de la antigua Grecia, Chibchacum se vió obligado á llevar la tierra sobre sus hombros, por haber sido tan despiadado con el pueblo Chibcha á quien estaba encargado de proteger, inundando la hermosa llanura y causando tantos desastres. Tales hechos no podían ser atribuidos sino á un dios que tuviera un gran poder sobre la naturaleza.

El historiador Joaquín Acosta dice: "Adoraban á Bochica como dios bienhechor, y á Chibchacum como dios encargado particularmente de la nación Chibcha, y con especialidad, de ayudar á los labradores, (15) mercaderes y plateros, porque Bochica también era dios particular de los Usaques y Capitanes y de sus familias." Un culto semejante había entre los Hindus: Brama era ante todo dios de los sacerdotes, y Bischonou era reverenciado principalmente por el pueblo.

Las tradiciones chibchas, recogidas por los cronistas é historiadores de esta raza, consignan el nombre de *Cuchavira*, protector de los enfermos, principalmente de las parturientes y de los febricitantes, y lo adoraron en el arco-iris, á quien ofrendaban esmeraldas. Esta era una deidad de orden inferior, semejante á *Umiña*, dios de la salud, adorado en la Provincia de Manta, en el Perú, en un templo suntuoso. Era un ídolo con figura media humana, fabricado de una preciosa esmeralda.

Nemcatacoa, llamado también *Fo*, el dios de los pintores de las mantas y de

(14) Aun después de la conquista conservaron los indios de Cundinamarca sus antiguas prácticas religiosas, no obstante las enseñanzas cristianas de los misioneros, pues el padre Simón, cronista, refiere que en Zipaquirá fueron sorprendidos en sus adoratorios secretos ofrendando á sus *ídolos* los objetos que veían eran de más estimación á los Españoles. En otra vez un religioso que exhortaba á bien morir á un indio de Cógua con una cruz de ramò bendito, que era del indio, encontró que estaba oculta en ella la imagen de oro del Bochica.

(15) Los indios del Perú tenían un dios protector de los agricultores y del trabajo en la construcción de las casas, se llamaba *Huaca Huari* (Tschudi y Rivero.)

los tejedores, presidía á las borracheras (16) y las rastras de los maderos que bajaban de los bosques. Lo representaban en forma de un animal peludo á manera de oso, arrastrando la cola, y cubierto con una manta. La mejor ofrenda que se le podía hacer á este Baco chibcha, era embriagarse con chicha, pues creían los indios que en este estado su dios cantaba y danzaba con ellos.

Los linderos de las sementeras también tenían su deidad protectora, como para dar mayor seguridad á sus propiedades: se llamaba Chaquén, y también presidía los puestos de las procesiones y danzas astrológicas de sus sacrificios; y le ofrecían las plumas y diademas con que se adornaban en los combates y en las fiestas.

Habrá sido sorprendente para muchos de nuestros lectores, que el sapo, animal anfibio y tan pequeño, fuese un dios de los agricultores Chibchas, y se preguntará qué fundamentos tiene esta creencia. El señor Duquesne, Cura que fué (1795) de los indios de Gachancipá, hombre investigador y de gran criterio científico, como lo reconoció Humboldt, y como lo demuestra su interpretación del calendario Chibcha, pudo recoger preciosos datos tradicionales y numerosas observaciones, pues que su ministerio sacerdotal lo colocó en la condición más ventajosa para hacer esta clase de investigaciones con sus indios feligreses, además de que hizo estudios muy detenidos de las pinturas de los Chibchas y de su historia, dice: "Los monumentos históricos de estas partes son sencillos como sus primeros pobladores. Pero aunque no se encuentre entre esas gentes el fausto de los antiguos Egipcios, se ven sus misterios. No hallamos monumentos Faraónicos, pero sí algunos pequeños trozos de los fundamentos sobre que se edificaron. Hablo de los geroglíficos que se han encontrado entre los indios. Esta palabra griega quiere decir: imágenes ó figuras sagradas."

Más adelante dice: "Tuvo también su lugar entre los astros el sapo, para acompañar al escorpión, y á los demás animales de los Egipcios. Jamás ha dado esta sabandija mayor brinco del charco al cielo, y nunca bajó el hombre más (alude á Bochica) del *cielo* al cieno, y de la altura de los astros á quienes domina por su sabiduría... Tal fué el cielo de los Muiscas, lleno de animales como el de los Egipcios. En él vemos introducidos al Bochica y á Chía, sus fundadores, como en aquél á Osiris é Isis: las transformaciones de aquéllos en el carnero, en el toro y otros animales celestes, se ven igualmente imitadas, entre estas gentes, en las transformaciones de Tomagata, á que aludían los de sus cuadrillas."

Respecto á las transformaciones del sapo, dice: "Algunas veces la cabeza del sapo se ve unida á la cabeza del hombre: otras, el cuerpo sin patas, transformado en *ídolo:* esto es, con una vestidura ó túnica propia del hombre." Esto es lo que ha llamado la ciencia moderna el antropomorfismo de las creencias religiosas de los pueblos inferiores que tienen grandes analogías entre sí.

¿Qué de extraño puede haber en que el sapo estuviera colocado en el cielo de los Chibchas, como dice Duquesne, cuando tuvieron un dios de los tejedores y plateros, representado en figura de oso, sin que hoy se pueda encontrar la causa de este símbolo? en tanto que el sapo con sus gritos les recordaba la aproximación de las aguas, y la necesidad de los aprestos para las nuevas sementeras.

Hemos dicho en otro artículo, que hoy mismo, en algunos pueblos mise-

(16) La *Huaca Sañacmama*, adorada en algunas provincias del Perú, era dios de los bebedores, fué hallada en Chanca; tenía la forma de un tinajón muy grande en medio de ocho tinajones de igual figura, cercado de muchas tinajas y cántaros, y de dos llimpias de barro para brindar á la Huaca. Hallábase llena de chicha, que por su antigüedad se había convertido en agua. Después de la conquista, el día de Corpus la festejaban sacándola de su aposento cubierta con vestidos semejantes á los que usaban las *Pallas* (Tschudi y Rivero.)

rables de las riberas del Magdalena, los naturales creen que con los primeros chaparrones en el principio del invierno llueven sapos del cielo y ¿no será esta idea restos tradicionales de sus antiguas creencias religiosas?

Menos extraño parece que el sapo fuese un dios de los Chibchas, siendo este animal el objeto de sus atenciones, pues que su figura la adoptaron como símbolo cronológico en cómputo del tiempo, y astrológico en sus danzas y procesiones; si se recuerda que los Egipcios, pueblo mucho más adelantado en aquellos tiempos que los Chibchas y aun que los Incas y Aztecas, que tenían una filosofía religiosa incomparablemente de carácter más elevado que la de estos últimos, adoraban á Ibis, animal semejante á una garzota; y á un animal más inmundo que el sapo, como lo es el cocodrilo, que les llevaba las inundaciones del Nilo con el limo fecundante de sus riberas. Por otra parte, numerosos ejemplos históricos enseñan que no ha sido incompatible el culto de los astros con la idolatría.

Después del culto de todas estas deidades que tenían los Chibchas, según lo refieren los historiadores y cronistas, viene naturalmente el culto de los antepasados, que, según la clasificación de Lubbock, está comprendido en esta misma sección. Prescindiendo de los datos que dejamos anotados, en los que se pone en evidencia que estos pueblos adoraron á Bochica, como á un dios tan poderoso que obligó á Chibchacum á cargar con la tierra, y que rompió las rocas del Tequendama; como profeta ó enviado del Sol tiene su lugar en primer término en el culto de sus antepasados. En segundo lugar, viene Bachue, madre del género humano, á quien, según Acosta, estaba encomendada la protección de las sementeras de legumbres, y quemaban en su honor moque y otras resinas.

Pertenece también al culto de sus antepasados la Cacica milagrosa que desapareció en la laguna de Guatavita, y en cuyo fondo vivía con su hija, en una hermosa casa. En las cercanías de este lugar había un templo y sacerdotes ó Jeques; y decían éstos que en ella había una deidad que se manifestaba en la forma de serpiente; esta fábula tiene alguna analogía con la de Bachue. Entre los objetos de oro encontrados en la laguna, en sus sepulcros y santuarios, se hallan las serpientes.

Cuando el conquistador Quesada llegó por el Norte al valle de Nemocón, el Zipa de Bacatá salió á su encuentro, y sus tropas llevaban como enseña la momia de uno de sus valientes guerreros. Esta costumbre establecida entre los Chibchas, revela que atribuían una influencia poderosa á los manes de sus antepasados venerados para alcanzar la victoria.

Después, el mismo conquistador y sus soldados hallaron en uno de los aposentos de la casa de Quemuinchatecha, Zaque de Hunza, una urna de oro en forma de linterna, adornada de esmeraldas, y en la cual estaban encerrados los restos de algunos de sus antepasados venerados con respeto religioso. Estas prácticas demuestran algo más que la veración con que los pueblos verdaderamente civilizados conservan las reliquias de sus antepasados; así lo ha consignado la historia de costumbres análogas en pueblos inferiores en la escala social.

Si los cronistas españoles nos hubieran dejado datos precisos de la cosmogonía y costumbres religiosas de los numerosos pueblos del valle de Guaca y de las tribus de Antioquia, podríamos interpretar hoy las variadísimas figuras de oro y de arcilla que se encuentran y que fueron trabajadas con tanta habilidad. Respecto de la gran lápida incrustada de sapos y de una águila, que dejamos estudiada é interpretada en el capítulo anterior, es indudable que fué un adoratorio ó altar de ídolos porque fué hallada en el fondo de un templo subterráneo en Yarumal y hacía parte de muchos objetos del culto religioso, colocados

en nichos tallados en este templo; y entre estos objetos se cuentan pebeteros ó incensarios para quemar resinas odoríferas, que era forma muy común de rendir homenaje á sus dioses. Es notable también que la palabra *Huaca* ó *Guaca*, usada para designar estos templos, y por extensión los sepulcros, y que es nombre de un valle de estas regiones, tenga en idioma Quichua la significación de *ídolo* y *adoratorio*. (17)

Indudablemente que todas estas figuras de oro y de arcilla son *ideográficas;* pero ¿qué clase de ideas representaban? esto es lo que no expresa esta palabra, de una significación tan lata. Los ídolos ó figuras simbólicas de sus dioses y sacerdotes son *ideográficos*, porque representan ideas religiosas; las figuras de sus jefes, Usaques, Zipas, etc., son ideográficas, porque representan ideas en el orden político y social; y las que representan los personajes de sus fábulas tradicionales, son ideográficas también, porque representan sus ideas cosmogónicas, etc., etc.

Si hiciéramos un resumen histórico de las ideas de los pueblos que no llegaron á la altura de la verdadera civilización actual, encontraríamos que el mayor número de ellas en la evolución mental y social, que se llama civilización de aquellos pueblos, es de orden religioso y cosmogónico, pues que no pudiendo darse cuenta exacta de los fenómenos naturales, y de algunos de los seres y objetos que forman la naturaleza, los atribuyen en gran parte á creaciones sobrenaturales. Debido á eso, cada pueblo ha tenido sus mitos y sus leyendas apropiados ó amoldados á la naturaleza que los rodea: los antiguos Escandinavos veían en cierta noche del año las almas de sus antepasados surgir del seno de los mares, confundidas con las densas nieblas de sus regiones septentrionales. En los montes del Hartz todavía se estremecen los aldeanos al pensar en el formidable espectro de Broken, fenómeno luminoso que se presenta al levantarse el Sol. (18) Muchos pueblos del polo tienen cierta veneración por las auroras boreales; y otros, como los indios Turbacos, veían en los volcanes la morada de divinidades superiores. Este razonamiento explica por qué el cielo de los Egipcios, de los Indus, de los Chinos y Japoneses, de los Aztecas, de los Chibchas y de los Incas, está lleno de dioses cuyos atributos y poder están subordinados, no solamente á la imaginación de estas diferentes razas, sino también á las circunstancias propias del suelo en que viven, de los fenómenos naturales que más impresionan sus sentidos, de sus necesidades y prácticas sociales, y, en general, de los acontecimientos que les son propios durante su existencia.

(17) Las *Huacas* eran dioses históricos de los pueblos ó provincias del Perú, de las cuales había figuras de piedra y de madera á quienes ofrecían sacrificios. En la cerámica peruana hay *Huacas* y *Conopas* usadas como deidades (Tschudi y Rivero.)

(18) Broken es el nombre de la montaña más elevada del Hartz en Hanover. Con los primeros rayos del Sol el viajero ve hacia el Occidente proyectada su imagen de formas colosales sobre la nieblina transparente que se levanta sobre la montaña; los naturales llaman este fenómeno el "Espectro del Broken."

Desde las épocas históricas más remotas, el Broken ha sido teatro de lo maravilloso. Se ven, aun, sobre su sima bloques de granitos designados con los nombres de *silla ó altar de la hechicería;* una fuente de agua limpia se llama *fuente mágica;* y la anémona del Broken es para el pueblo *la flor de los hechizos.* Se puede presumir que estas denominaciones deben su origen á los ritos del gran ídolo que los Sajones adoraban secretamente en la sima del Broken cuando el cristianismo dominaba en la planicie. La tradición enseña que este Espectro tenía su parte de tributos de una idólatra superstición.

En el Páramo de Pambamarca, en el Ecuador, Ulloa vió esta clase de Espectros rodeados de círculos concéntricos incompletos con los colores del iris, fenómeno que, como el anterior, se ha llamado Antelia, que significa opuesto al Sol.

Al Sud-oeste de Bogotá las neblinas que se levantan de las faldas occidentales de la Cordillera, producen este fenómeno luminoso sobre los montículos de Fute. El señor D. Lázaro Girón describe esta hermosa Antelia en el PAPEL PERIÓDICO ILUSTRADO número 40.

Para la imaginación de los Chibchas, ¿qué significación tendría este Espectro? ¿verían en esta fotografía natural de su cuerpo proyectado sobre las brumas del Tequendama, el espíritu de alguno de sus dioses ó sería la sombra aterradora de algún gigante sobrenatural ó de algún Mohán de sus tradiciones?

El régimen político y social de los Chibchas, como el de los pueblos de sus mismas condiciones, era muy sencillo, pues que tenían muy pocas ideas en este sentido, no sucedió lo mismo en el orden religioso y cosmogónico, el campo de sus ideas era vastísimo, como lo es la naturaleza misma en donde tuvieron origen estas ideas, siempre con la tendencia á levantarse en alas de su imaginación á las regiones fantásticas del poder divino.

Por lo expuesto, es evidente que la religión de los Chibchas pertenece á la idolatría de carácter antropomórfico, según la clasificación de Lubbock.

XI

La nación de los Chibchas poblaba las extensas llanuras de Bacatá y Hunza (hoy Bogotá y Tunja); y comprendía también los valles de Fusagasugá ó de los Sutagaos; los de Pacho, Ebaté, Chiquinquirá, Moniquirá y de Leiva; por otra parte los de Chipaque, Quetame, Fómeque, Ebaque, Guatavita y Tensa; se extendía por Santa Rosa y Sogamoso en el Valle de Tundama, hasta la parte alta de la Cordillera, cuya falda oriental confina con los llanos de Casanare. Su longitud desde el punto extremo al Norte al partir de Serinza, hasta el Sumapaz, en el Sur, era 45 leguas, y su mayor anchura, de Oriente á Occidente, de 15 leguas. Ocupaba una superficie próximamente de 600 leguas cuadradas, con una población de 2,000 habitantes por cada legua cuadrada; así es que se le calculan 1.200,000 habitantes al tiempo que llegaron los Españoles. (Acosta.)

Este grande territorio comprendía, pues, parte del que hoy llamamos Cundinamarca. El origen de esta palabra no es exactamente conocido, sin embargo de que el cronista Herrera en sus Décadas de la historia de las Indias Occidentales, refiere que en Tacunga (República del Ecuador,) Luis Daza, soldado de Belalcázar, encontró un indio extranjero, quien dijo era de una gran nación llamada *Cundirumarca*, distante doce jornadas de ese lugar.

El doctor José Vicente Uribe, que permaneció durante algún tiempo entre las tribus contemporáneas de los Chocoes, Andáguedas, etc., estudiando sus costumbres y su lengua, nos ha dado una etimología de esta palabra, que es bastante interesante y arroja alguna luz sobre su origen. En el idioma de estas tribus, llamado *emberabede* (*embera*, indio, *bede*, lengua,) se puede descomponer la palabra Cundinamarca en las siguientes: *Cundur*, Condor;—*iná*, altura;—*mará*, estar sobre;—*ca*, aquella. Así creemos que habiendo tenido muchas analogías las lenguas de los indios de las regiones ecuatoriales en América, como lo comprueba la facilidad con que sirvieron de intérpretes á los Españoles los indios de las costas en las regiones altas del interior, y siendo natural la conservación de ese lenguaje en las tribus actuales, es muy posible que el indio á que se refiere Herrera en sus Décadas, y también Castellanos en sus cantos elegiacos, quisiese significar la existencia de una nación *rica* y *populosa, allá en las altas regiones donde está el condor;* y que este nombre dado en lugares apartados de los Chibchas fuese conservado por los conquistadores.

Tres Jefes principales gobernaban esta numerosa población, caracterizada por unas mismas costumbres, unas mismas creencias religiosas, una misma forma de gobierno y un mismo lenguaje. Estos Jefes eran: el Zipa, denominación que significa príncipe ó gran Señor; cuya residencia era en Bacatá (hoy Funza), centro de la hermosa llanura que entonces estaba cubierta en gran parte de lagunas y cruzada por el río Funzhé, cuyas inundaciones invernales aumentaban la extensión de aquéllas; el Zaque, Jefe cuyo título significa soberano y también gran Señor, habitaba principalmente en Ramiriquí, y últimamente trasladó su residencia á Hunza ó Tunja, y el Jefe de *Iraca* ó el Suamós, investido con el doble carácter de Jefe civil y de Jefe religioso ó Sumo Sacerdote.

Según el señor Paravey (1835) la palabra *Zipa* es muy semejante á la palabra *Sope*, que en lengua japonesa significa Jefe ó encargado de negocios; está compuesta de *so* ó *sa*, que en japonés es hombre, y de *pa* ó *pac*, príncipe. La terminación *pa* en idioma chino es el título de virrey, y *pe*, príncipe. El mismo autor dice: que *Zaque* es semejante á *Seike*, que en el Japón es el nombre de los gobernadores. *Iraca* es semejante á *Irac*, nombre de la Caldea; también en la Biblia samaritana se encuentra la palabra *Irac* ó *Lilac*, con la que se designa la antigua Babel.

La historia del régimen político de estos pueblos de la antigua Cundinamarca, se encuentra íntimamente relacionada con sus tradiciones cosmogónicas, y es muy interesante, no solamente por esta circunstancia sino también por la semejanza que ofrece con los gobiernos del Tibet y del Japón, naciones con las que los Chibchas tenían algunas analogías en su lenguaje y en sus calendarios. (A. Humboldt.)

Aun cuando las tradiciones de los pueblos prehistóricos de las dos Américas, casi separadas por el istmo de Panamá, no señalan relaciones íntimas entre ellos, sin embargo, el origen de las revoluciones políticas y religiosas de donde partió la civilización de los pueblos de Anahuac, de Cundinamarca y del Cuzco es muy semejante.

La mitología Mexicana cuenta entre sus principios religiosos, cultos y mitos muy semejantes, en el período de civilización que precedió á las invasiones de las hordas del Norte sobre las llanuras del Anahuac. Tenía esta raza idea de un Ser Supremo llamado Teolt (palabra semejante á Teos, Dios,) confusamente comprendido, el culto del Sol, de la Luna y de las estrellas, y el culto de numerosos ídolos.

Los más antiguos monumentos de aquel país atestiguan el culto del Sol y de la Luna: tales eran las pirámides de Teotihuacán, muy antiguas ya cuando los Aztecas llegaron á México, y que les fueron consagradas á aquellos astros.

Quetzalcoatl, hombre con barbas, pertenece á esa época remota ó *Edad de oro* de Anahuac, como fué Bochica para los Chibchas de Cundinamarca y Manco Capac para la raza Quichua-Aymara. Quetzalcoalt, hombre misterioso como Bochica, fué legislador y civilizador de aquella raza y llegó de Panuco desde las riberas del golfo de México; para calmar las iras del Cielo se entregó á penitencias austeras; en sus peregrinaciones fué á la montaña que habla (el Catcitcpetl) y anduvo por ella con los pies desnudos sobre hojas espinosas de enequen (pita.) Después pasó á Cholula, en donde gobernó este pueblo como Jefe religioso; les enseñó muchas cosas, entre otras el arte de fundir los metales; arregló las intercalaciones del calendario; ordenó ayunos y oraciones; excitó á las tribus para que guardasen la paz y enseñó á que ofrendasen á la divinidad las primicias de las cosechas, y cuando creyó terminada su misión dirigióse á la embocadura del río Huassacoalco y desapareció.

Manco-Capac, hijo del Sol, apareció en la laguna de Titicaca; estableció en el Cuzco (ombligo) el centro de la difusión de sus doctrinas y leyes civilizadoras.

Bochica, hijo enviado del Sol, fué protector y sabio legislador de los Muiscas ó Chibchas; llegó á las regiones de la antigua Cundinamarca del Oriente por los montes de Pasca, é hizo iguales cosas á las que practicó el hombre misterioso de Anahuac.

Uno de los primeros prodigios que hizo Bochica, fué dar paso á las aguas del lago Funzé, rompiendo la roca del salto de Tequendama; después hizo lo mismo que Manco-Capac en el Cuzco y que Quetzalcoalt en el Anahuac: reunió las tribus dispersas y bárbaras, constituyó una nación bien organizada con sus respectivos Jefes; les enseñó las artes, la agricultura, el culto del Sol y

les dictó leyes sabias. Este hombre maravilloso, gran patriarca de Iraca, viendo que los Jefes de varias tribus se disputaban el mando ó autoridad suprema, les aconsejó escogiesen por *Zaque* ó soberano, uno de entre ellos llamado Hunzahua, reverenciado por su justicia y gran sabiduría. El consejo de Bochica fué universalmente seguido, y Hunzahua llegó á someter todo el país que se extendía desde los llanos de San Juan hasta las montañas de Opón.

Bochica se entregó después á peregrinaciones y penitencias austeras, y desapareció misteriosamente en Iraca, en donde había permanecido con el nombre de *Idacanzas* que significa "grande luz de la tierra," y dejó delegada su autoridad en el Sumo Sacerdote de aquel santuario, que fué venerado y consultado de generación en generación.

La ciudad de Hunza era entonces la más poblada de todas, y fué fundada por Hunzahua el primer Jefe de la dinastía de los Zaques de Cundinamarca. Del nombre de su fundador tomó el de Hunza, que los Españoles cambiaron en Tunca ó Tunja.

Las peregrinaciones de Bochica fueron conmemoradas por los Chibchas en sus calzadas ó caminos empedrados que tenían en cada pueblo: principiaban en la casa del Zipa y de los Usaques y terminaban, después de recorrer una extensión considerable, en una plaza, en donde en una columna en forma de gavia ó poste de madera, sacrificaban cada quince años al Guesa ó Moja adolescente, destinado á llevar sus mensajes á la luna, diosa que protegía sus labranzas, y también para solemnizar los cuatro meses lunares intercalares que dividían el siglo en su cómputo del tiempo.

Era indispensable que el *Guesa* fuera un niño sacado de la casa paterna de un pueblo situado en los llanos de San Juan, al Oriente de la nación Chibcha. Este niño era criado con mucho cuidado, encerrado en el templo del Sol en Iraca, hasta que cumpliera diez años de edad; en este tiempo salía acompañado para recorrer los caminos que Bochica, el legislador de este pueblo, había seguido en la época de sus predicaciones para civilizar las tribus que constituyeron después esta nación. Cumplida esta ceremonia, volvía el *Guesa* al templo, en donde permanecía hasta que contaba tantos meses lunares ó *sunas* como los que encierra la indicción del siglo muisca, es decir: hasta que cumpliese quince años comunes. El día de la celebración del sacrificio, que marcaba la apertura ó principio de una nueva indicción, ó período de quince años, era conducida la víctima en procesión por la calzada ó *suna*, nombre que fué dado por este sacrificio al mes lunar; la seguían una procesión de danzantes precedidos por los sacerdotes ó Jeques adornados con joyas de oro, y disfrazados como los sacerdotes Egipcios en sus fiestas: unos representaban á Bochica, es decir, al Osiris de este pueblo; otros llevaban emblemas de oro de la diosa *Chía*, semejante á *Isis*, ó la luna; otros se cubrían con pieles de tigres, de leones, de osos y con máscaras semejantes á las ranas ó sapos, para hacer alusión al primer signo del año, *ata*, ó arrastraban largas colas; y, finalmente, muchos representaban el símbolo del mal, al dios *Tomagata*, figurado con un ojo, cuatro orejas y larga cola. Este mónstruo, cuyo nombre en lengua chibcha significa *fuego ó masa fundida que hierbe*, era considerado como un espíritu maléfico; y el señor Duquesne creía que los indios referían á él el recuerdo confuso de la aparición de un cometa. Esta procesión es, según Humboldt, semejante á las *procesiones astrológicas* de los Chinos y á la fiesta de Isis. (19)

Llegado el *Guesa* á la columna, se le ataba á ella, y una lluvia de flechas

(19) Los Galos adoraban al sol con ceremonias muy semejantes á las usadas por los Persas. Así como los Persas, el 25 de Diciembre, es decir, en el renacimiento del sol, celebraban sus misterios enmascarándose con cabezas de animales y cubriéndose con pieles; para estos misterios tenían el cuidado de escoger los animales que habían dado su nombre á una constelación.

terminaba su existencia; recogían su sangre en vasos sagrados y le arrancaban el corazón, para ofrendarlos al sol y á la luna. Este sacrificio ofrece también algunas relaciones notables con el que los Mexicanos ejecutaban al fin de su grande siglo de 52 años.

La figura 28 representa el poste ó la gavia de madera con el cable, lazo de fique (ágave), con que se sujetaba al *Guesa* para sacrificarlo á flechazos y ofrecer su sangre á la diosa tutelar, en medio de danzas y embriaguez.

Esta figura es de oro (750 milésimos), tiene de largo 15 centímetros, y hace parte de la historia objetiva encontrada en Chirajara; es una pieza muy importante por ser la representación figurada de la ceremonia sangrienta más notable de las creencias religiosas de la nación Chibcha. Es también el símbolo de *Suhuza* ú octavo mes lunar después de la cosecha en el año agrícola.

Esta figura es mucho más interesante, si se atiende á que hasta hoy nadie ha hecho mención de objeto alguno que la represente; y si se tiene en cuenta que Humboldt dice lo siguiente: "Los Peruanos conocían las observaciones *gnomónicas;* tenían sobre todo veneración por las columnas erigidas en la ciudad de Quito, porque el sol, según ellos decían, se colocaba inmediatamente sobre su cima, y que las sombras del *gnomon* eran allí más cortas que en el resto del imperio de los Incas. ¿Las estacas ó columnas de los Muiscas no servirían también para observar la longitud de las sombras equinoxiales ó solsticiales? Esta suposición es tanto más verosímil, cuanto que entre los diez *signos del mes* encontramos dos veces, en las cifras *ta* y *suhuza*, una cuerda y una estaca, y que los Mexicanos conocían el uso del *gnomon filar*."

El Zipa de Bacatá sujetó con las armas á los Usaques de Guatavita, de Guasca, Zipaquirá, Ebaté, Sutagasugá y Ebaque, los que dejaron de ser independientes, pero conservaron su jurisdicción y la sucesión del usacazgo de sus familias; pero el Zipa se reservó el derecho de nombrar los *Usaques* en caso de no haber heredero natural, y entonces el nombramiento recaía en un *Guecha* ó Jefe militar de los que mantenía en las fronteras de los Panches, para contenerlos en sus frecuentes invasiones á las tierras de los Chibchas. Esta circunstancia hizo muy aguerrido este pueblo gobernado por el Zipa, el que fué progresivamente ensanchando sus dominios á expensas del territorio muisca, gobernado por el Zaque de Hunza.

El gobierno de los Jefes á que estaba sometida esta nación, era despótico; tenían derecho sobre las riquezas y sobre la vida de sus súbditos; y era un grande honor de familia el que el soberano eligiera á una muchacha por manceba con el nombre de *thiguye*.

El Jefe supremo tenía en el lugar de su residencia una gran casa llamada *thyttua*, encerrada en un cercado de madera, ambos de forma redonda, pues el tipo de esta figura predilecta en sus sementeras y habitaciones lo tomaban de la luna (Chía).

El Zipa solía salir á sus casas de campo ó de recreo, de las cuales la principal estaba en Tabio, en donde hay dos fuentes naturales, una de agua fría y la otra caliente, que uniéndose á corta distancia formaban el baño más frecuentado por la familia real, sombreado por dos hermosas palmas.

Al Nordeste de la sabana de Bacatá, en un lugar llamado Tenisucá, hoy Tensa, en temperamento templado, tenía el Zipa otra casa de campo para pasar en ella algunos meses del año. Fué también lugar de recreo del monarca indio, Teusaquillo, situado cerca de donde hoy está la ciudad de Bogotá. Allí se retiraba el Zipa luégo que pasaban las ceremonias y fiestas de las cosechas, y cuando la llanura quedaba seca y asolada por el verano (Acosta).

Los sucesores en el Gobierno de los Estados en esta nación eran los sobrinos

del Cacique respectivo, hijos de hermanas de éste, en orden de su edad ; y, en caso de faltar éstos, seguían los hermanos del Cacique. Los hijos no tenían más derecho que á los bienes muebles de su padre.

Al sobrino sucesor en el mando del Zipa se le confinaba desde pequeño en un templo consagrado al Sol, y sumamente vigilado para que observara una severa abstinencia de carne y de sal, de relaciones sexuales y de la luz del sol, pues solamente se le permitía ver la de la luna ; de allí salía adolescente, después de haber rendido juramento de la fidelidad con que había observado la ley que se le había impuesto, porque su infracción lo hacía indigno de gobernar á este pueblo, y era declarado vil. Recibido el juramento pasaba al cacicazgo de Chía en donde residía como príncipe reconocido hasta que llegase la época de ocupar la silla de mando del Zipazgo general, como Jefe supremo. Llegada esta época rendía el mismo juramento de fidelidad y era colocado en una rica silla de madera guarnecida de planchas de oro (figura 29) ; poníanle en la cabeza una corona ó bonete de oro, distintivo especial de su dignidad, además del cetro, y vestido con finas mantas de algodón hacía juramento de que sería Jefe de un buen gobierno, de que mantendría la paz y haría justicia á todos sus vasallos, así como lo habían hecho sus predecesores. Le daban esposa, de familia distinguida, conforme á su rango, pero no obstante podía elegir las thiguyes que quisiese.

FIGURAS 28 A 31.



La figura 29 encontrada en Quetame, en la *huaca* de Chirajara, representa al Zipa, pues tiene su bonete ó birrete característico y el cetro, y está sentado en la silla real en el momento de entrar en posesión del mando. La silla tiene cuatro patas tendidas hacia atrás ; está formada de un hilo de oro en espiral concéntrica, y es ligeramente doblada como una silla poltrona. Esta pieza de oro pesa 17 gramos.

La solemnidad de posesión del Zipa terminaba por la promesa que le hacían sus vasallos de serle obedientes y leales ; y en reconocimiento de su fidelidad cada cual le ofrendaba una joya de oro ó algunos animales como conejos, cuyes, perdices y otras aves. La figura 30, que pertenece á la colección de Chirajara, representa al Zipa, pues se reconoce por su birrete y por el cetro, insignia de

mando, que lleva en la mano derecha; en la izquierda tiene una *salvilla* ó *azafate*, y está en actitud de recoger las ofrendas de oro que le presentan sus vasallos el día de su recepción. Esta figura tiene 16 centímetros de largo y pesa 61½ gramos de oro á 708 milésimos próximamente.

Este orden de sucesión en los sobrinos fué observado en todos los Usacazgos que componían la nación Chibcha; pero el Jefe no podía entrar en posesión del mando sino después de haber sido confirmada su autoridad por el Soberano, el Zipa ó Jefe general de Bacatá; ó por el Zaque en sus respectivos dominios. Para obtener esta confirmación era necesaaio ir á rendirle vasallaje, con ofrendas más ó menos valiosas, según sus riquezas.

El Guatavita, según Fresle, historiador en 1636, antes de perder su independencia tuvo bajo su mando al Jefe del gobierno de Bacatá; (20) como su teniente con el nombre de *Usaque*, título de mayor distinción después del Jefe supremo, pues había *guiquaes* de jerarquía inferior. Este Usaque de Guatavita pasaba por el mismo ayuno (zaga) y encierro; además, la primera jornada que debía hacer al entrar en el poder, era ir á la gran laguna de este nombre, en donde hacía su recepción religiosa, llegando al centro de ella en una balsa de juncos, rodeado de los Jeques ó sacerdotes, embalsamado el aire con el humo del *moque* y de resinas odoríferas quemadas en braceros, cubierta la piel del Usaque con polvo de oro, hacía sus ofrendas y la ablución final en sus aguas cristalinas, ceremonia que conocemos con el nombre de "El Dorado." Esta ceremonia tenía anualmente su día festivo, cuya solemnidad terminaba con danzas en contorno de la laguna, música de tamboriles, fotutos, cascabeles y chirimías; con cánticos monótonos, pero acompasados, en los que se repetía siempre la antigua historia de estos pueblos, de sus dioses, de sus héroes y batallas; y acompañados de frecuentes libaciones de chicha, bebida popular; libaciones que hacían olvidar la imagen de la muerte, representada en estas fiestas por dos ancianos colocados en la entrada del cercado del Usaque, tocando chirimía y cubiertos con una red de pescar, símbolo del término fatal del hombre.

Antes del acontecimiento trágico de la mujer del Usaque de Guatavita, que ya hemos referido en el segundo capítulo, y á cuya memoria se destinaban también las ofrendas arrojadas en la laguna, en este lugar adoraban una deidad desconocida, pero que según los Jeques ó sacerdotes de su culto se manifestaba en la orilla del santuario en forma de dragoncillo; bajo esta forma adoraban también á la Bachue, madre del género humano, que se convirtió en serpiente en la laguna de Iguaque. La figura 31 representa este dragoncillo ó culebra con grandes colmillos y orejas; es de oro ligado con cobre; tiene 8½ centímetros de longitud y fué encontrada en la *huaca* de Chirajara; es muy común en los santuarios de los antiguos indios.

Los Zipas y Zaques gozaban del privilegio de ser conducidos en andas de madera, muy cuidadosamente trabajadas y adornadas con planchas de oro y otras figuras como la silla real; á su paso por las tierras de sus súbditos, recibían de éstos donativos ó tributos de todo género, llamados *tamsas*.

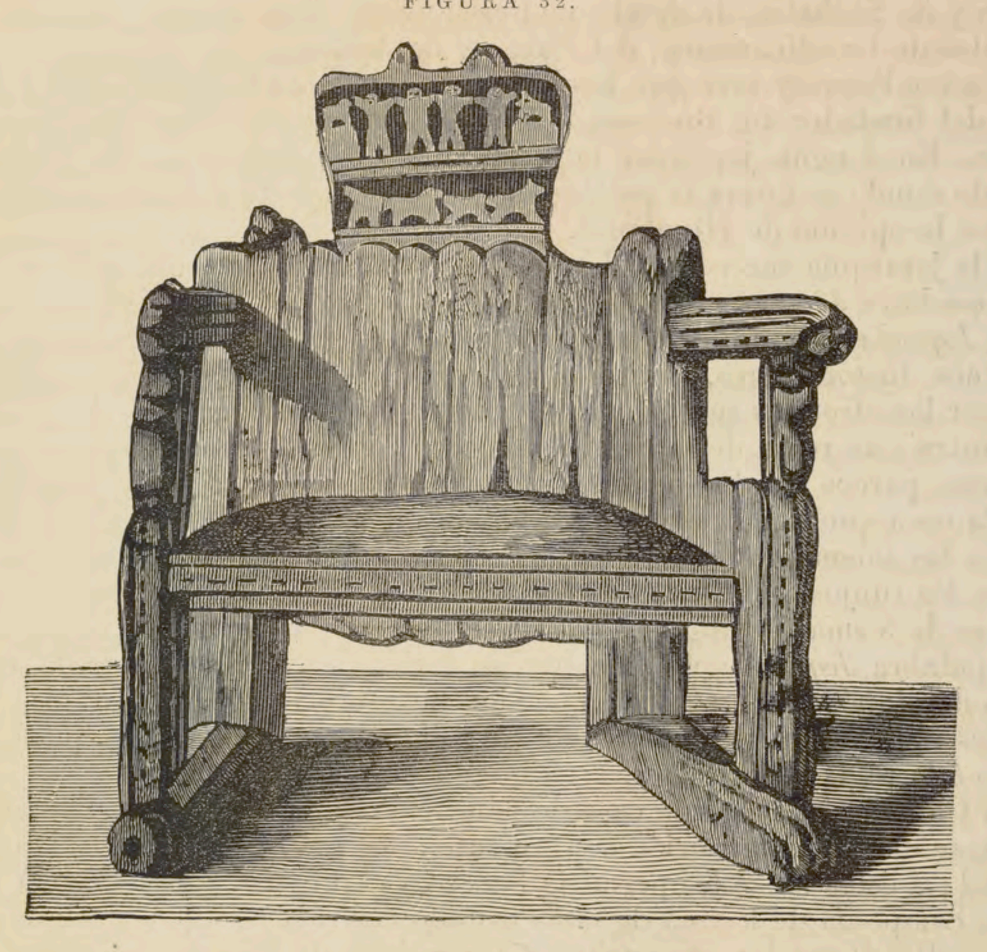
No se sabe si los Jefes de los pueblos comarcanos tenían el mismo orden de sucesión que el de los pueblos chibchas, pero es muy posible que fuera semejante. La figura 32 representa una silla de madera encontrada en el territorio de los Panches; tiene talladas en su respaldo figuras de estilo indio; probablemente perteneció al Jefe de esta tribu ó á algún personaje de distinción. Esta figura es tomada del álbum de la Comisión corográfica, y dibujada por el señor Manuel María Paz.

(20) El Obispo Piedrahita dice que no es cierta esta opinión.

Cada Usaque ejercía su atoridad despóticamente en las tierras y habitantes de sus dominios; pero era tributario del Zipa. El Zaque de Unza tenía también Usaques tributarios, y en frecuentes encuentros midió sus armas con el Zipa, del que defendió con valor su territorio.

Las tierras veneradas de Iraca fueron gobernadas por un Jefe supremo en el orden civil y Sumo Sacerdote en el orden religioso, que residía en un grande y rico santuario. Este Jefe, según la tradición chibcha, era sucesor de Bochica ó de *Idacansas*. La elección de este Sacerdote se hacía alternativamente de entre los naturales de los pueblos de Tobazá y Firavitoba; los electores eran los cuatro Usaques vecinos: el Gámeza, el Busbanzá, el Pesca y el Tocá, porque así lo dejó establecido Idacansas ó Bochica á su muerte, la que probablemente ocultó para dar mayor autoridad y mayor respetabilidad á su legislación civil y religiosa.

FIGURA 32.



Idacansas fué venerado en alto grado por su sabiduría: conocía el movimiento de los astros; pronosticaba el buen ó mal tiempo; la destrucción de las sementeras por la caída de los hielos; los acontecimientos extraordinarios y las causas de las enfermedades. Su autoridad y saber se consultaba en todos los casos difíciles, y hasta para declarar la guerra al enemigo fué oída su opinión. Estas facultades fueron trasmitidas como herencia á los sacerdotes que les sucedieron, así es que á éstos se les consideraba y respetaba como agoreros infalibles y divinos, bajo cuyos auspicios se hacían peregrinaciones desde tierras muy lejanas, para oír de su boca el pronóstico de la buena ó mala suerte, después de haber depositado la ofrenda de oro en el templo.

Cuando entraron los Españoles en el valle de Iraca, ocupaba la silla sagrada el Sugamuxi, que significa el encubierto ó desaparecido, probablemente para

conmemorar con su nombre la desaparición de Idacansas. Del nombre de este último Sacerdote se derivó el de Sogamoso, que lleva hoy ese valle.

Según la opinión de algunos sabios etnólogos es posible que este Bochica ó Sacerdote de Iraca, lo mismo que Manco-Capac y Quetzalcoalt, fuesen hombres de raza europea, náufragos que llegasen á las costas de América, ó Escandinavos que después del undécimo siglo vinieron á la Groenlandia, á Terranova, y tal vez á la Nueva Escocia. Pero Humboldt dice que teniendo en cuenta la época de las primeras migraciones de los Toltecas, sus instituciones monásticas, los símbolos del culto, el calendario y la forma de los monumentos de Cholula, de Sogamoso y del Cuzco, se concibe que no fué del Norte de Europa de donde estos hombres misteriosos pudieron sacar su código de leyes, y que todo parece demostrar que fué del Asia oriental, de los pueblos que estuvieron en contacto con los Tibetanos, los Tártaros Shamanistas y de los Ainos barbudos de las islas de Tesso y de Sachalín, de donde pudieron tener origen estos reformadores de los pueblos de Cundinamarca, del Cuzco y de Anahuac.

El señor Paravey cree que Bochica es una palabra formada de *Fo* y *Cheikia*, nombre del fundador del Budhismo, religión antigua de China, que después pasó al Japón. En lengua japonesa la palabra *Fo* se pronuncia *Bo*, y Cheikia es Chaka, de donde se forma la palabra Bocheka semejante á Bochica. Esta analogía afirma la opinión de Humboldt.

En la jerarquía sacerdotal, después del Sumo Sacerdote que vivía en Suamoz había sacerdotes de segundo orden en todos los pueblos de Cundinamarca; éstos eran los *Jeques* encargados de las ceremonias religiosas, y los llamados Chuques por algunos historiadores, eran los agoreros. Los Jeques vivían célibes, pues para hacer las ofrendas se exigía como condición indispensable la pureza; las faltas contra esta regla de su institución les hacía indignos de ejercer su ministerio; eran parcos y abstinentes en sus comidas, hablaban y comían poco y usaban la coca que tiene propiedades fortificantes, y á esta planta la llamaban *hayo*. En las solemnidades religiosas se cubrían la cabeza con una mitra de oro, la que en los tunjos de la balsa de oro, que hemos descrito, lo mismo que en otras figuras, es de forma rectangular y característica de la dignidad que representan.

La palabra *Jeque*, según Paravey, se deriva de *Soque*, nombre de una secta religiosa del Japón, ó de *Guikai*, que significa observación de la regla, pues los sacerdotes indios eran observantes de su religión. Jeque significa, pues, hombre sometido á la regla ó Sacerdote.

Los Chibchas tenían una casa de educación para los Jeques, llamada *Cuca*, en donde se daba la instrucción conveniente á los niños destinados al ministerio sacerdotal; á éstos no se les permitía hacer en el día más que una sola comida, la que se componía de harina de maíz tostado desleída en agua y algunas veces unos pecesillos llamados guapuchas (*Grundulus*). Durante el tiempo de su noviciado, que era de diez á doce años, se les enseñaba el cómputo del tiempo, pues que los Jeques eran los únicos depositarios de las ciencias astrológica y cronológica, y quienes estaban encargados de las ceremonias religiosas y de hacer las intercalaciones de los meses lunares en el calendario de los años agrícolas civil y religioso.

En 1537, cuando Gonzalo Jiménez de Quesada llegó á las altiplanicies gobernadas por los tres Jefes de que hemos hablado, existía, pues, en ella una nación importante, cuya civilización ha sido reconocida por un régimen político regular, por sus gobiernos hereditarios, por su ejército formado de soldados aguerridos y subordinados á una disciplina permanente en las fronteras enemigas; por su cosmogonía, con una filosofía espiritualista semejante á la de otros pueblos del Asia oriental; por sus templos y altares y, lo que es más, por un

sistema de numeración y cómputo aproximado del tiempo y por la regularidad de sus trabajos agrícolas en relación con los meteoros atmosféricos y con las faces lunares. Detenida esta civilización en una era atrasada, correspondiente al principio de la *Edad de bronce*, pero sin poseer este elemento preparador de mejores tiempos, los pueblos que formaron esta nación tuvieron que sucumbir bajo la acción de la civilización del hierro conquistador.

XII

De las noticias consignadas en las crónicas de la conquista de estos países, relativas á las costumbres domésticas, á las prácticas sociales y á la industria de los pueblos chibchas y de sus comarcanos, encontramos muchas que pueden complementar el estudio que de las antigüedades colombianas hemos publicado con el nombre de *El Dorado*. Aun cuando estos hechos históricos son conocidos, nuestro intento ha sido reunirlos bajo una forma conveniente, tratando de sacar deducciones que puedan ser útiles en los estudios etnológicos; pues de la manera como los relatan los cronistas no ofrecen grande interés, no obstante que son un comprobante de que la antigua Cundinamarca fué formada de pueblos relativamente adelantados en la civilización de las primeras edades de los habitantes indígenas de América.

* * *

Lo que dejamos relatado y discutido respecto de la joyería chibcha, empleada como medio objetivo de estudiar sus costumbres y mitos; y también sobre su régimen político, su cómputo del tiempo y su cosmogonía, demuestra suficientemente cuán avanzadas estaban estas gentes en el camino de la civilización americana; pero faltan aún algunas consideraciones sobre las leyes sociales que los regían bajo el amparo de un gobierno regularmente establecido; y también el estado de algunas industrias manuales, que son compañeras obligadas de la vida doméstica en la satisfacción de las primeras necesidades del hombre.

La organización regular de las primeras sociedades tuvo su origen bajo el influjo de leyes físicas y orgánicas, antes que el carácter individual y colectivo en cada tribu les imprimiera á estas asociaciones de familia el sello moral que les es distintivo en las diferentes regiones del globo.

Posteriormente vinieron las condiciones necesarias para la estabilidad de las familias asociadas, y éstas fueron la moralidad de sus miembros y la subordinación consiguiente á leyes acordadas como indispensables para gobernar las agrupaciones de familias, que constituyeron los pueblos y naciones primitivas. Por consiguiente, fué necesario también el reconocimiento de una autoridad superior, la que, en algunos pueblos, no obstante su estado incipiente, les comunicó una influencia moral provechosa para que se consagrasen al trabajo, al desarrollo de pequeñas industrias y á la práctica de buenas costumbres.

Todas estas condiciones se encontraron al tiempo de la conquista, relativamente desarrolladas en los numerosos pueblos andinos que formaban la nación Chibcha, aun cuando se hallaban en la infancia de su constitución política, y conservaban prácticas tradicionales de la antigua barbarie de las tribus que les dieron origen.

Las instituciones sociales y políticas de los pueblos chibchas, eran diferentes de las del Perú en el período de los Incas. Hemos visto ya su régimen político y religioso, y, según éste, el poder espiritual estaba separado del temporal ó político. Su gobierno, lejos de ser centralizador, como el de la monarquía teocrática del Cuzco, tenía muchas analogías con el sistema Federal. La intervención

religiosa fué de grande influencia en los acontecimientos políticos de los gobiernos seccionales de esta Federación: en medio de las hostilidades de las guerras más sangrientas, no eran molestados los peregrinos, cuyo único pasaporte ó salvoconducto, era la manifestación de que el objeto de su peregrinación sería la visita al templo de Iraca. Un poco antes de la llegada de los Españoles, Tisquezuza, el último Zipa de Bacatá, estaba para venir á las manos con el Zaque de Hunza, pero la intervención del Sumo Sacerdote Nompanim (vaso del león), hizo que se arreglase entre los adversarios una tregua de veinte lunas.

Uno de los monumentos más interesantes en la historia de estos pueblos, es su Legislación civil y penal. Esta fué formada por leyes muy concisas y poco numerosas, pero de grande influencia moral para esas épocas.

El Zipa Nemequene fué, después del Bochica, distinguido legislador y poderoso Soberano de una gran parte de la antigua Cundinamarca. Piedrahita dice: "Viendo la grandeza á que había llegado su reino, y que toda la seguridad de los gobiernos se sustenta en los dos polos de los premios y del castigo; y que aquéllos se mantienen de la fortaleza de las leyes, ordenó algunas, y las grabó en la memoria de sus vasallos para que se gobernasen por ellas; y cumpliéronlas tan sin descuido y con tanta puntualidad, que se fueron arraigando de suerte que hasta nuestros tiempos (1676) permanecieron en ellas."

Las leyes principales que dictó Nemequene á su pueblo fueron las siguientes:

1.ª La pena de muerte se imponía al homicida;

2.ª El rapto y violencia perpetrados por un hombre libre se castigaba con la muerte; pero el casado que cometía este delito, sufría la pena del talión; presenciaba su deshonra pública, pena que era considerada por los indios como superior á la muerte;

3.ª El adúltero era enterrado vivo en compañía de reptiles venenosos, y una gran piedra cubría el lugar de este suplicio, para extinguir su memoria;

4.ª La cobardía en el servicio militar, ya en la campaña, ya en los combates, se castigaba con la pena humillante de hacer llevar al cobarde, por determinado tiempo, el vestido de mujer, y ejercer sus faenas;

5.ª Al desertor que huía del ejército durante la batalla, antes que el Jefe ordenara la retirada, se le sentenciaba á muerte afrentosa;

6.ª Al ladrón ratero se le castigaba con la pena de azotes, y al ladrón de mayor cuantía, ó al ratero reincidente, se le cegaba con fuego aplicado delante de los ojos, ó se le perforaban éstos con punzantes espinas;

7.ª Se imponían penas inferiores para corregir y castigar faltas ó delitos leves: tales eran la pena de azotes para los hombres, y para las mujeres, la de cortarles el cabello ó rasgarles la manta (chircate) con que se cubrían;

8.ª El deudor moroso tenía la obligación de mantener un tigrillo ó gato montés, y al guarda de éste, colocados en la puerta de su casa hasta que pagase sus deudas;

9.ª El Fisco era el legítimo heredero de los bienes del indio que moría sin herederos naturales;

10.ª Una ley especial limitaba el uso de los adornos y de las joyas á las personas de distinción y pudientes; los Caciques feudatarios ó Usaques eran los únicos, después del Zipa, que podían llevar orejeras y las más ricas joyas;

11.ª La muerte de la mujer en su alumbramiento daba derecho á los padres de ésta, ó á sus hermanos ó parientes, á la mitad de los bienes del marido; pero si el hijo vivía, el padre no tenía más obligación que la de mantenerlo en casa de sus suegros.

La imposición de estas leyes es obra del progreso social, pues demuestra el reconocimiento explícito de los derechos individuales, como también de la gra-

vedad de la falta ó del delito que se castigaba, y, por consiguiente, del efecto moral que se deseaba obtener; sin embargo de que la 2.ª de estas leyes tenía por sanción única la satisfacción de la venganza del agraviado, defecto común en la Legislación de casi todos los pueblos primitivos; pero, por otra parte, el matrimonio fué reconocido como una institución sagrada, pues que la violación de los derechos conyugales se castigaba de una manera tan severa, y la unión de los dos sexos la verificaba la autoridad religiosa, pues, como dice John Lubbock, la autoridad es origen de la virtud.

El Zipa Nemequene ordenó que para la aplicación de las leyes fuese Presidente perpetuo del Consejo supremo de justicia, el Usaque de Suba; y el que ocupaba este puesto al tiempo de la conquista manifestó mucha cordura y equidad en la administración de la justicia.

Un hecho digno de atención es que los Chibchas, que eran esencialmente pacíficos y laboriosos, no esquivaban el servicio militar, y fueron valientes en los combates á que los comprometían constantemente sus belicosos vecinos los Panches y Colimas, etc., de las regiones calientes.

Las leyes que castigaban severamente al cobarde y al desertor, son un signo de disciplina militar y de la grande estima en que tenían el honor nacional. Todas estas condiciones fueron debidas únicamente al adelanto moral de estos pueblos bajo la influencia de la vida social y laboriosa que engendra y alimenta las virtudes sociales.

En las razas muy inferiores no se encuentran estas cualidades; están privadas de todo sentimiento moral, los jefes apenas se ocupan de los crímenes, á menos que ellos afecten directamente los intereses de la tribu en general.

Los Jefes y Magistrados de los Caribes, dice Du Tertre, lo mismo que los Tapinambous, no administran justicia; pero el que se cree ofendido obtiene de su adversario la satisfacción que le conviene, según lo guían sus pasiones ó le permiten sus fuerzas.

Las tribus de la grande hoya del Orinoco, que según el historiador Gumilla, muchas fueron agricultoras y tuvieron usos y costumbres de los Chibchas, fueron inferiores á éstos, y carecieron de sentimiento moral; los venenos activos administrados furtivamente en sus bebidas, servían á estos indios para obtener satisfacción de sus enemigos.

*
* *

¿Por qué se constituyeron pueblos relativamente más civilizados en las regiones altas de los Andes, tales como la nación Chibcha?

Para resolver esta cuestión tenemos que entrar primero en algunas consideraciones de carácter general.

Aun cuando la geografía etnográfica del nuevo Continente no ha dado sino pasos muy ligeros en este impórtante estudio, sin embargo, las razas americanas esparcidas en una grande extensión de su territorio pueden dividirse en variedades comprendidas en secciones diferentes de este Continente, las que sin constituir límites absolutos de una clasificación etnográfica, sí presentan geográficamente una distribución natural que facilita su estudio. La parte oriental de este Continente fué poblada por una raza que, según Bory de Saint Vicent, probablemente salió de las vertientes de los montes Allegany y de los Apalaches, pueblos situados hacia el Norte de la vasta hoya del río San Lorenzo, hasta los cuarenta y seis y cuarenta y siete grados. Las inmigraciones de estos pueblos pasaron las Floridas, y de unas en otras islas en el Mediodía, ocuparon las riberas orientales de la región mexicana, las Antillas y lo que se llamó en tiempo de la conquista Tierra-firme, con las Guayanas, desde el territorio de Cumaná hasta

la línea siempre paralela á las costas. A esta raza pertenecieron los Canadienses, los numerosos pueblos que con el nombre de *Pieles rojas* se van extinguiendo por el poder absorvente de la Unión americana, también los naturales de Yucatán y de la tierra de Honduras, los Caribes y los Galibis.

Los habitantes indígenas de estas regiones presentan analogías muy marcadas que los agrupan en esta gran sección oriental. Fueron y son los restos de esta raza, de cuerpo bien formado, ágiles, de temperamento bilioso, y más fuertes que los que ordinariamente se llaman salvajes; su cabeza bien conformada, de figura oval *(dolicocéfala)*; la frente deprimida; cabellos negros, gruesos, duros y lucientes, y el color de la piel cobrizo. No conocían otro medio de embellecerse que pintando su cuerpo con el *rocú* ó la *chica.*

La sección *hiperboriana* es diferente de la anterior, pues aun cuando no son autótonos sus habitantes, sus caracteres étnicos los separan de aquéllos.

Las variedades de la raza americana llamada meridional son las que algunos antropologistas refieren á los habitantes de la parte del Sur del Continente americano, esparcidos en el centro de este país y sobre las regiones orientales, ocupaban la hoya superior del Orinoco, la totalidad de la hoya del Amazonas, el Brasil, el Paraguay, y comprende á los Araucanos, raza diferente de la vecina que ocupa las costas occidentales, y que fueron los primeros habitantes que encontraron los conquistadores más allá del trópico, y cuyo valor y heróica resistencia defendiendo su territorio, ha sido inmortalizada por los cantos de D. Alonso de Ercilla. Los pueblos de la parte alta de las montañas de donde nacen, hacia el Norte, el río Pará y sus afluentes, y el río Amazonas; y hacia el Sur, el Paraná ó río de la Plata, constituye el centro de esta inmensa región, cuyos habitantes, según el viajero Augusto de Saint Hilaire, tienen caracteres que recuerdan la raza China. Las tribus comprendidas en la grande hoya del Amazonas, en donde los Omaguas habitan sus primeros afluentes, y los situados entre los Andes y el Océano Atlántico hasta el trópico meridional, tienen caracteres comunes, con muy pocas excepciones: la cabeza redonda *(dolicocéfala)*, de un gran volumen, hundida en las espaldas por ser el cuello corto, es pesada, aplanada en el vértice; la frente ancha, muy deprimida; pómulos salientes; ojos pequeños, nariz achatada, labios gruesos, boca grande; los cabellos negros, lisos y rígidos; la piel de color de cuero curtido.

Los americanos de las costas occidentales eran enteramente diferentes de los hombres del resto del Continente separados por la cadena de los Andes, no solamente por caracteres orgánicos, sino por sus costumbres, por el elevado carácter de los primeros y por su avanzada civilización. Las historias de México y del Perú revelan pueblos muy adelantados en una reciente civilización al tiempo de la conquista, civilización y costumbres que aunque no databan sino de cerca de catorce siglos atrás, los alejaban á estos pueblos de los demás que habitaban las otras secciones territoriales de este Continente que dejamos descritas.

Las naciones de Yucatán y de Honduras, ribereñas del golfo de México, no concuerdan con los pueblos que los conquistadores y cronistas llamaron la nación Mexicana.

Según las opiniones del viajero Charnay, las estatuas é inscripciones recogidas por él en Yucatán, son de grande valor científico, principalmente porque demuestran que la primitiva civilización americana partió de los Toltecas, y que sus obras no tienen en manera alguna la antigüedad que se ha querido atribuírseles. La mayor parte de las ruinas de este país están en perfecta conservación, lo cual no sería así si fueran muy antiguas, sobre todo, teniendo en cuenta el clima, la naturaleza del suelo y el modo como están construidos dichos objetos, condiciones que no son á propósito para su conservación.

El señor Charnay opina que muchos de los objetos no parecen tener más de *siete siglos* de existencia. Las ruinas de Grecia, donde el clima se presta en gran manera para su conservación, están en peor estado que las de Yucatán (21).

En una situación geográfica intermedia del país de los Incas y de los Aztecas, sobre la región oriental de los Andes colombianos, se encontraba la civilizada nación de los Chibchas que poblaba el extenso territorio de la antigua Cundinamarca. Esta nación estaba muy próxima, por el Occidente, de los pueblos de los Armas y de otros del territorio antioqueño, y de los del valle del Guaca, cuyas tribus se aproximaban por el Sur á los límites de los dominios de los Incas en las regiones ecuatoriales. El territorio de la antigua Cundinamarca se extendía por el Noroeste hasta el límite de las regiones del Orinoco, ocupadas por numerosas tribus que tenían algunas de las costumbres y usos de los Chibchas, y que fueron vecinas inmediatas de las tribus de la costa de *Tierra-firme*, es decir, de los descendientes de los montes Allegany y del país de los Apalaches, que poblaron las regiones orientales de la América Septentrional. Además de lo que dejamos dicho de las relaciones de estas tribus, la historia de los Aztecas y la de los Chibchas refieren analogías muy notables entre estos pueblos, y de ellos con los Asiáticos (22).

Esta breve exposición de la geografía etnográfica de los pueblos del Continente americano, las reflexiones sobre la situación topográfica del país de los Chibchas y de sus relaciones probables con otras tribus y naciones, y los estudios craneoscópicos de que vamos á tratar, demuestran la probabilidad de que la nación Chibcha tuvo su origen en la inmigración de tribus del Norte, del Sur y del Noreste sobre las planicies de los Andes colombianos; aglomeración de tribus cuyos elementos étnicos se confundieron paulatinamente por el cruzamiento, y bajo la influencia de un clima benigno muy diferente de aquellos de donde partieron, y adecuado para la vida sedentaria, condición indispensable en el desarrollo y progreso de los pueblos primitivos que alcanzaron una adelantada civilización. Esta suposición es apoyada por los hechos siguientes.

Las observaciones craneoscópicas demuestran que el tipo común en la América del Norte fué el *dolicocefálico*, y en las regiones meridionales el *braquiocefálico* (23); pero según los estudios del Profesor Broca, practicados en dos pequeñas series de cráneos recogidos en diferentes lugares de Cundinamarca, la primera presenta un medio *mesaticefálico* con tendencias á la *dolicocefália;* la

(21) "Mas, cualquiera que sea la antigüedad real de ciertos pueblos y de ciertas civilizaciones, las tradiciones son mucho más favorables al hecho de la población sucesiva que á la idea de una población simultánea. La vida nómade parece haber precedido en todas partes á los establecimientos fijos; el instinto de los desalojamientos ha animado constantemente á ciertos pueblos: del fondo del Asia un mundo bárbaro ha inundado con sus flotas sucesivas el imperio romano y arrojado á los Vándalos hasta el Africa; las inmigraciones de la Europa moderna á su turno han llevado á todas partes del mundo las razas que deben renovar la población." *(Domeneche, viaje pintoresco por los desiertos de la América del Norte).*

(22) En apoyo de lo que hasta aquí dejamos anotado, por vía de comparación, entre los pueblos Chibchas y los del Asia, citaremos las siguientes líneas del Misionero Domeneche.

"Nuestra convicción, dice, en este interesante asunto, es que la América ha sido poblada por inmigraciones voluntarias ó accidentales, de Scytas, Hebreos, Tártaros, Hindus, Escandinavos y de Galos; que éstos ó sus familias, después de multiplicarse, se encontraron, se mezclaron, y que por el cruzamiento de las razas, la diferencia de los climas, los cambios de vida y muchas otras razones de la misma naturaleza, perdieron su *carácter primitivo*, para formar esta combinación heterogénea de color, de costumbres, de gustos, de lenguas y de religión, que desvía la ciencia y la investigación del anticuario. Probaremos esta variedad de orígenes por la simple exposición de documentos históricos, fisiológicos y religiosos, por las tradiciones, las antigüedades y las costumbres de este pueblo (el de la América del Norte), que deseamos hacer conocer íntimamente á nuestros lectores."

(23) Aun cuando los caracteres craneoscópicos no tienen un valor absoluto en las clasificaciones de las razas, son de una grande importancia en el estudio de éstas, unidos á los demás elementos étnicos que las caracterizan.

Retzius llama *dolicocéfalos* los cráneos cuyo diámetro antero-posterior es notablemente mayor que el

otra es francamente *braquiocefálica;* por los demás caracteres esos cráneos son semejantes. Según el señor Girar de Rialle, estas dos series pueden pertenecer á los restos de dos tipos diferentes en su origen, pero que se confundieron y amalgamaron después.

Estos caracteres craneoscópicos de las dos series Chibchas; las variaciones que se observan en sus cosmogonías, pero que tienden á unificarse por sus analogías, y los dialectos de su idioma, hacen sospechar que muchos elementos étnicos de las tribus emigrantes que llegaron á las extensas sabanas de la antigua Cundinamarca, se confundieron en la raza Chibcha.

Debe alejarse toda sospecha de que sea posible incurrir en error, en el estudio de los caracteres osteológicos de la cabeza de estas razas, por la costumbre que tuvieron algunas tribus americanas, de deformar el cráneo comprimiéndolo entre tablillas colocadas sobre la frente y el occipucio; pues además de que fueron muy pocas las que emplearon este medio para hacer piramidal la cabeza del niño, el aumento anormal del diámetro transversal sobre el antero-posterior, es muy fácil de reconocerse. En las tribus de las regiones ecuatoriales solamente los Panches, pueblo vecino de los Chibchas, situado al Occidente hasta las riberas del Magdalena, y confinantes por el Norte con los Colimas y por el Sur con los Sutagaos, tuvieron esta costumbre, y los soldados españoles después de sus combates con estos indios observaron en sus cadáveres la extraña configuración del cráneo aplanado.

Este hecho, al parecer aislado y de ninguna significación, tiene relación con la misma costumbre de algunas de las tribus de la América del Norte, de las cuales es muy probable se derive la de los Panches. Los indios Chinouks, que viven al Sur de la embocadura del Colombia, son el tipo distintivo de las tribus del Norte del Oregón; en sus formas y facciones se encuentran todos los caracteres de la raza Mongola, y entre estos salvajes existe también la costumbre de comprimir el cráneo sobre la frente y el occipucio entre tablillas durante la primera infancia, para darle la forma piramidal, pero esta costumbre no se generalizó en todas las tribus de esas regiones. Esta práctica encontrada en pueblos tanto de la América del Norte como de la América Meridional, separadas por una gran distancia, afirma la opinión de que las inmigraciones de los pueblos nómades que se derivaron del Norte, vinieron á poblar las regiones ecuatoriales trayendo sus costumbres, sus tradiciones, sus mitos y preocupaciones religiosas, más las ideas que les sirvieron para constituirse.

La causa de la aglomeración de tribus inmigrantes sobre estas sabanas andinas, tiene su origen en una propiedad característica de la especie humana, y es el cosmopolitismo, propiedad que no posee ninguna otra especie, ni género, ni familia del reino animal. A este respecto repetiremos con M. Hollard: "En todas partes en donde la vida es posible en la superficie de la tierra, donde quiera que se encuentre una planta, un animal, allí se encuentra el hombre. Pero él ha extendido sus dominios modificándose bajo las influencias naturales; si cada región del globo, cada clima, tiene sus huéspedes humanos, su población lleva un sello de carácter particular. Las formas, las facciones, el color; después

transversal; y *braquiocéfalos* aquéllos cuyo diámetro antero-posterior no difiere notablemente del transversal. El Profesor Broca ha modificado esta clasificación del modo siguiente:

Llama *índice cefálico* la relación reducida en centésimos, del diámetro transversal máximo al diámetro antero-posterior máximo, y divide los cráneos humanos así:

Dolicocéfalos.	Puros	índice menor que	75 por 100
	Subdolicocéfalos	entre	75 y 77.5 por 100
	Mesaticéfalos	entie	77 y 77.9 por 100
Braquiocéfalos.	sub-braquiocéfalos	entre	80 y 84.9 por 100
	puros		85 y más por 100

sus costumbres, sus hábitos, el estado social, el carácter moral, cambian de un grupo á otro grupo; de aquí, una diversidad de tipos, ó según la expresión generalmente usada, de *razas humanas,* porque estos tipos se perpetúan en una filiación indefinida."

La filosofía ha reconocido, y biológicamente se demuestra, la influencia que el clima ejerce sobre las condiciones físicas del hombre ; y, relativamente, en sus cualidades morales, es decir, las modificaciones que imprimen en el carácter, en las pasiones, en las costumbres y aptitudes del hombre, las diferentes condiciones físicas que presentan las localidades habitadas por la especie humana; tales condiciones, son: la latitud; la altura sobre el nivel del mar, por las variaciones de la presión atmosférica; la temperatura ó influencia del calor y del frío; la humedad ó sequedad del aire respirable y su tensión eléctrica; y también las relaciones naturales más ó menos íntimas con las plantas y los animales salvajes.

"La belleza de la naturaleza, la suavidad del clima, la fecundidad del suelo, la abundancia de los recursos naturales de un país, influencian considerablemente la moral de los habitantes, disminuyen sus necesidades físicas y dejan á sus facultades intelectuales tiempo bastante y más fuerza para desarrollarse." (Domeneche). (24)

Estas influencias son muy notables, y se pueden apreciar mejor en las diferentes tribus que habitaron ó que habitan aún regiones diferentes por sus condiciones climatéricas: en unas por sus tendencias sociales; por su inclinación pacífica y progresiva en los adelantos materiales y en el perfeccionamiento moral, es decir, por su contracción á la vida doméstica, á la práctica de las artes manuales, á las labores del campo; por su genio observador é inventivo, y en general por la aceptación fácil de leyes sociales aun cuando emanadas de una filosofía bárbara y salvaje. En otras, por su carácter independiente, indomable y guerrero; por su inclinación á la vida aislada y nómade, y por su insubordinación á las influencias y prácticas civilizadoras; y en todas por los diferentes matices de su organización física correspondientes á la naturaleza del suelo y del clima en que viven. En la vida natural de las razas primitivas é inferiores es donde se deben estudiar estas influencias del clima para apreciar en su verdadero valor las modificaciones que producen en la organización física, en el carácter individual y en el régimen social.

Este estudio no es suficientemente concluyente respecto de los pueblos altamente civilizados; en ellos las influencias del clima sobre el hombre quedan en mucho neutralizadas en la parte moral y aun en la física, por la intervención de varios elementos modificadores de aquélla. Los progresos sociales, guiados por la actividad intelectual que perfecciona las costumbres, las artes, las industrias y las comodidades para la vida, son la gran potencia con que la humanidad adquiere el predominio que tiene sobre todas las causas que la combaten y la modifican, sin que por esto deje de estar sometida á su acción. Las influencias religiosas y la verdadera filosofía que combaten las pasiones, afirman este predominio sobre todos los elementos naturales.

Los conquistadores españoles encontraron en la América ecuatorial tribus salvajes tanto más guerreras y altivas cuanto más ardientes y selváticos eran los valles profundos de su nómade residencia, como si el excesivo calor de la zona tórrida, y la lucha constante con las fieras indomables en medio de la exuberante

(24) "Después de haber considerado la especie humana en sus matices físicos, en la distribución geográfica de los tipos contemporáneos, en la influencia que le han hecho sufrir las fuerzas terrestres, las circunstancias del suelo, las condiciones meteorológicas de la atmósfera, la actividad del espíritu, el progreso de la inteligencia y esa maravillosa flexibilidad de organización que se plega á todos los climas, Humboldt asegura que nuestra especie escapa fácilmente á las potencias de la naturaleza, *pero que participa de una manera esencial de la vida que anima nuestro globo.*" (Domeneche).

vegetación de las selvas seculares y de todos los elementos bravíos, comunicase mayor excitación y actividad á su organización, mayor ardimiento á sus pasiones, más decidida inclinación á su independencia y libertad salvaje. Pero es natural que fuera así, porque allí la vida es un combate constante entre los diferentes individuos de las especies animales; allí la lucha por la vida es estimulada por el instinto de la conservación y por el derecho de la fuerza natural; es la tendencia al equilibrio entre la exuberancia de la producción orgánica y la ley de sustitución y de renovaciones rápidas entre la actividad de la fuerza vital y la pronta destrucción y transformación. ¡Tenaz combate! que sin las glorias del triunfo, ni las humillaciones de la derrota, es una ley ineludible por la especie humana, aun cuando ésta busca instintiva y racionalmente el medio de sustraerse de ella y de hallar algún término aceptable. Para muchas tribus este término fué el aislamiento ó la vida errante, sin hogar ni domicilio; y para otras, la huída á las altas regiones en busca de tregua y de descanso, es decir, fué la inmigración á las altiplanicies andinas, en donde un clima frío ó menos ardiente, de aire más suave ó más puro, fuese más propicio para su cuerpo extenuado por una atmósfera abrasadora, quebrantado por los reptiles é insectos venenosos y debilitado por las emanaciones pestilentes de los esteros y pantanos de las márgenes de los caudalosos ríos en los valles ardientes.

Probablemente éstas fueron las causas que determinaron la aglomeración de tribus en estas altiplanicies, y la formación de pueblos relativamente civilizados bajo el influjo de un benéfico clima, sin tantos combates por la vida. Humboldt dice: "Desde que los Españoles llegaron al Nuevo Mundo encontraron que los pueblos más avanzados en cultura eran los montañeses. Los hombres nacidos en las planicies en climas templados siguieron el dorso de las cordilleras."

No sin razones físicas creyeron algunos hombres, inspirados por las ciencias de la antigüedad, antes del descubrimiento de la América, que las regiones ardientes de la zona tórrida no podían ser habitadas por la especie humana; pero la ley de difusión de ésta y de su dominio universal era inquebrantable por el hombre, y éste fué extendiendo su descendencia en todos los ámbitos del globo, porque la especie humana es esencialmente cosmopolita.

Pasaron los cataclismos terrestres que prepararon las comarcas superandinas; huyeron las aguas que las inundaban, y cuyos depósitos formaron estas niveladas llanuras; y el hombre de las tribus errantes en los valles ardientes pudo hollar con su planta este suelo menos rico en producciones naturales, pero sí muy fecundo y pródigo bajo la acción de la mano del hombre, y sobre todo esto, menos mortífero é insalubre; menos abundante en gérmenes destructores, y más adecuado á su pacífico dominio y á la vida sedentaria.

Todavía humeantes los cráteres volcánicos testigos del levantamiento de las cordilleras de los Andes; y, aun más que hoy, fragoroso y aterrador el Tequendama, por estar en su primitivo esplendor, pudieron entonces las tribus de las regiones profundas escalar las cordilleras en busca de tregua para mejores tiempos. En presencia de una naturaleza menos temible, y casi risueña, las tribus congregadas en las fértiles llanuras regadas por el Funza, encontraron un trabajo reparador y productivo en las labores del campo, y la grandiosa maravilla del Tequendama cautivó su poética imaginación, cuyas creaciones fantásticas formaron una cosmogonía que ya hemos relatado.

Pero no debemos pasar adelante, después de haber tratado muy ligeramente la influencia del clima sobre las tribus primitivas, para explicar el aumento de población en las altas regiones por la inmigración de las tribus nómades de los valles ardientes, sin dar cabida en este escrito á una parte de las poéticas des-

cripciones y filosóficas apreciaciones de Caldas (25). Este sabio describe del modo siguiente los dos tipos opuestos de la raza indígena de Colombia, en los cuales es muy notable la influencia del clima sobre la especie humana:

"Fijemos primero nuestras miradas sobre el morador de nuestras costas: demos la preferencia á los del Sur, ¿cuáles son las pasiones, cuáles las virtudes, cuál el carácter del hombre que habita estas regiones? Hé aquí lo que he recogido en mis viajes. El indio de las costas del Océano Pacífico es de estatura mediana, rehecho y membrudo; sus facciones, aunque no bellas, nada tienen de desagradable: el pelo negro, grueso, algún tanto ondeado; poca ó ninguna barba, la piel bronceada, y mucho más morena que la de los demás habitantes de la cordillera. Sus mujeres en poco se distinguen de los hombres. La belleza, los rasgos delicados que distinguen su sexo en los demás pueblos de la tierra, aquí parece que faltan. Los pechos, la voz y un trozo de lienzo envuelto á la cintura, son los únicos caracteres exteriores que las distinguen. Si los rasgos varoniles de su fisonomía las acercan á los hombres, sus ejercicios las confunden con ellos. Carga, recorre, nada, navega con la misma intrepidez y valentía; va á la pesca y sigue al marido á la caza. Es verdad que no se arma ni ataca á las fieras con valor; pero ve los combates con semblante sereno y sin estremecerse. Es verdad que hila, lava, teje, adereza el alimento, asea la casa y su familia; pero con un aire de nobleza y dignidad, con no sé qué de feroz que parece indicar que obra por necesidad más bien con por inclinación. Tiene los pechos cortos, llenos, más bien piramidales que esféricos, y nunca lacios, á pesar de traerlos siempre desnudos; el pelo suelto ó llamado hacia la espalda con un ligero trenzado; las orejas perforadas, de donde penden pequeñas arracadas. Los amores en ellos son tranquilos, y manifiestan la dureza de su constitución y de sus ejercicios. Apenas conocen los celos, esta pasión terrible que envenena todos los momentos. Tan taciturnos, tan graves, tan serios en el tiempo de sus trabajos, y tan pacientes en la casa, como locuaces, bulliciosos é inquietos en sus festines. En éstos beben, comen y danzan sin moderación y sin freno.

"Durante tres, cuatro y más días oyen con igual placer el sonido monótono de un tambor y de otros instrumentos tan rústicos como el país. Cuando el indio rema largo tiempo, cuando derriba los árboles enormes de sus selvas, cuando está cubierto de sudor bajo ese cielo ardiente, entonces se arroja al agua y se baña con el mayor placer. Si los olores gratos son tan mortales á sus mujeres como á las nuestras cuando acaban de parir, la dieta, el recogimiento, el abrigo, les son absolutamente desconocidos. El baño, el remo, los trabajos domésticos, en una palabra, todos los ejercicios de su vida en nada se alteran con el parto. Es tan generoso y pródigo de lo que produce su país, como avaro de lo que entra de la cordillera ó viene de regiones distantes. El maíz, la yuca, el plátano y la carne de los animales silvestres, son los únicos alimentos de que usa. Nada desea: contento con su destino y con su país, mira con indiferencia el resto de la tierra. Este es el indio de las costas del Sur."....................................

....

"Si comparamos á éste con el indio de las demás castas que viven sobre la cordillera, veremos que aquél es menos bronceado, sus facciones se parecen á las de los que viven en las costas: el pelo cerdo y absolutamente lacio. Estos son más blancos y de carácter más dulce. Las mujeres tienen belleza y se vuelven á ver en ellas los rasgos y los perfiles delicados de este sexo. El pudor, el recato, el vestido, las ocupaciones domésticas recobran todos sus derechos. Aquí no hay intrepidez, no se lucha con las hondas y con las fieras. Los campos, las mieses,

(25) *Semanario del Nuevo Reino de Granada.* Influjo del clima sobre los seres organizados.

la dulce paz, los frutos de la tierra, los bienes de una vida sedentaria y laboriosa están derramados sobre los Andes. Un culto reglado, unos principios de moral y de justicia, una sociedad bien formada, cuyo yugo no se puede sacudir impunemente: un cielo despejado y sereno, un aire suave, una temperatura benigna han producido costumbres moderadas y ocupaciones tranquilas. El amor, esta *zona tórrida del corazón humano,* no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan y toman el idioma sublime y patético de la poesía. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios, son los que hacen los ataques. Los celos tan terribles en otras partes, y que más de una vez han empapado en sangre (de otras castas) la base de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la carnicería y con la muerte. Las castas todas han cedido á la benigna influencia del clima, y el morador de nuestras cordilleras se distingue del que está á sus piés por caracteres brillantes y decididos. Después de esto, ¿se dirá que no tiene ninguna influencia sobre nuestro sér el clima y la temperatura?"

*
* *

Es verdad que el indio natural de estas cordilleras es lento en todos sus actos, pero en este defecto, común á los mestizos y descendientes de la raza española naturales de estos mismos lugares, encontramos una influencia perniciosa del clima: este defecto tiene su origen en la suavidad de la temperatura, en la humedad y ligereza de nuestra atmósfera; condiciones que ocasionan la languidez de la organización y la depresión de la energía muscular. Esta influencia alcanza á dominar también á los que vienen de otros países; con mucha frecuencia vemos á los mejores tipos de las razas europeas, que después de su permanencia en estas elevadas regiones, y bajo la acción de nuestros climas enervantes, se conforman con nuestras costumbres, y aun se connaturalizan con nuestros defectos y vicios. Por esto, alguna persona de genio humorístico ha dicho con fundamento, que esta atmósfera enrarecida contiene *partículas de pereza que mina la organización del hombre.* Es necesario combatir estos defectos con una voluntad decidida, con la actividad corporal, es decir, con la energía de que es capaz un elevado carácter, secundado por un trabajo constante; en fin, con todos los recursos de la civilización moderna que neutraliza las malas condiciones del clima. Esta es una lucha por la vida, diferente de la que tiene que sostener el habitante de las regiones bajas, pero no menos fecunda en dañosos resultados cuando el clima triunfa.

Los caracteres de los dos tipos descritos tan brillantemente por Caldas, tales como él los conoció en su tiempo (1808), cuadran perfectamente y de una manera muy notable á los tipos de los habitantes de estas mismas comarcas, en épocas más remotas; estos caracteres corresponden en todas sus faces al indio de la costa y al natural de las regiones de Cundinamarca en el tiempo de la conquista.

La historia de la naturaleza física de esas razas primitivas y de sus costumbres domésticas, demuestran esta concordancia.

La mujer del indio Achagua, habitante de las márgenes ardientes del Orinoco, no fué una compañera sino una esclava del hombre; los malos tratamientos á que estaba sometida le hicieron adoptar el sacrificio de sus hijas, al tiempo de nacer, antes que entregarlas á la misma servidumbre. En sus matrimonios no había ceremonias notables, y se tomaba mujer por necesidad, no tanto por

amor. Después, además de la crianza de los hijos y de las ocupaciones de la casa, tenía la parte más activa en las labores del campo; mientras que el indio, con su arco y macana, se enseñoreaba en el bosque ó, adormecido por el calor en su *chinchorro*, esperaba el sangriento alimento, ligeramente tostado en el fuego de su desmantelado hogar.

La vida de la familia chibcha presentaba caracteres especiales que expresan suma suavidad en sus costumbres y en sus relaciones, comparadas con las muy bárbaras condiciones de sus sociedades incipientes. Esta suavidad de costumbres se revela desde las formalidades de las pretensiones matrimoniales; éstas principiaban por remitir el pretendiente una fina manta tejida de algodón, al padre del objeto de sus amores, como misiva en requerimiento de la esposa; si pasados ocho días no se devolvía la manta, era señal de que una nueva misiva obtendría una resolución favorable, siendo aceptado por esposo; la devolución de la manta era el medio indirecto y delicado de hacer cesar pretensiones inconvenientes sin exponer al mancebo á una negativa humillante en presencia de su amada.

Sentado el feliz pretendiente en la puerta de la casa de la novia, aguardaba impaciente la primera entrevista nocturna, y procuraba hacer notar su presencia por algún medio indirecto, cosa que no sería difícil á corazones entendidos y acordados. Se abría la puerta de la estancia y se presentaba la doncella india con un vaso ó *totuma* de chicha, á la que aplicaba sus labios para ofrecerla después á su futuro esposo. Este acto tan sencillo como inocente, constituía los esponsales que estrechaban la intimidad de sus afectos. Más ó menos tarde el Jeque ó Sacerdote encargado de las prácticas y ceremonias religiosas, y por consiguiente de la unión conyugal, según sus ritos, interrogaba á los esposos, que permanecían unidos por el cuello con sus brazos. La mujer protestaba que respetaría y preferiría al Bochica, es decir, la imposición de sus leyes divinas, más que al hombre que iba á ser su marido, pero que á éste lo amaría más que á sus hijos, y á éstos más que á sí misma. Luego, el varón hacía en alta voz y por tres veces la protesta de aceptar aquella mujer por esposa. Esta ceremonia manifiesta claramente la gran solemnidad é importancia que le daban á la unión conyugal legítimamente autorizada por el Jeque respectivo, y el reconocimiento de una autoridad religiosa competente para realizar esta unión.

Jamás contraían matrimonio los parientes en primero ni en segundo grado; y en este respecto por el parentesco de consanguinidad excedían á los Incas del Perú, quienes se unían á sus hermanas y á sus parientas más inmediatas.

Los afectos filial y paternal eran los vínculos más sagrados que mantenían la estabilidad de la familia.

Todos estos hechos son pruebas que evidencian un grado de moralidad muy avanzado en las prácticas sociales.

Aun cuando la poligamia era permitida, no fué generalmente practicada, con excepción de las personas distinguidas y pudientes; pues un hombre no podía vivir con más mujeres que aquéllas que podía mantener con sus riquezas. La primera mujer concedida por el Jeque era la legítima esposa, que entraba en el hogar conforme á sus ritos; las demás eran *tiguyes* que se adoptaban sin estos requisitos. El Zipa y los Caciques Usaques hacían en la elección de *tiguyes* un grande honor á las familias de alta posición, y tenían muchas, porque eran ricos en oro y en labranzas; entre las familias inferiores no había *tiguyes*, en ellas había más moralidad.

No obstante que las leyes reprimían la corrupción de costumbres, el Bochica trató de desarraigar la poligamia, pero no pudiendo conseguirlo, dictó una ley, cuya práctica encontraron los conquistadores, habiendo pasado ya catorce siglos después de la muerte de aquel legislador, según el cómputo del tiempo y las

tradiciones chibchas. Conforme á esta ley, las mujeres legítimas del Zipa, del Zaque, de los Usaques y de los grandes Señores, podían imponer á éstos la prohibición de unirse á cualquiera otra mujer hasta pasados cinco años después de la muerte de aquéllas. Esta ley causó muy saludables efectos; pues los hombres procuraban tratar muy bien á sus mujeres, para no desagradarlas y para evitar esta prohibición, ó por lo menos para conseguir que fuese por el tiempo más corto posible; pero en general, los Chibchas eran buenos esposos, y humanitarios con sus semejantes; cuidaban á los enfermos y respetaban á los ancianos.

*
* *

De esta manera sencilla y recíprocamente respetuosa se unían los dos sexos para constituir su familia y criar á sus hijos, bajo un techo pajizo de forma redonda ó circular, labrado en su interior con cañas hábilmente entretejidas, y sostenidos por paredes formadas con maderos verticalmente enterrados en el suelo, unidos y cubiertos de barro mezclados con paja seca para mantener su adherencia. Sus alojamientos eran espaciosos, bien ventilados y distribuidos convenientemente hasta para guardar el grano y los frutos de sus sementeras; tenían puertas construidas con cañas entretejidas, con cerraduras de madera, de forma dentada. La forma circular de las casas, llamadas tygttuas, la tomaron de la luna llena, época de la mayor veneración de este astro; el interior de sus habitaciones principales era revestido de cañizos atados con cordeles de fique teñidos de varios colores, formando diseños caprichosos (¿serían quipos ó figuras de una escritura particular? imposible es averiguarlo). Sus muebles consistían en bancas de madera, *barbacoas* de cañas y esteras de junco y de esparto. En contorno de la estancia había un cercado de fuertes maderos y tierra, para proteger su dominio. El aspecto general de la construcción de estas casas chibchas les valió á estas comarcas el nombre de "Valle de los Alcázares," que les dió el conquistador Jiménez de Quesada, por la impresión agradable que le causó su vista exterior, principalmente las casas de los Caciques, que se levantaban primorosas en medio de verdes sementeras ornadas de flores y esparcidas en diferentes sitios de la hermosa sabana en donde los conquistadores admiraron la belleza de las poblaciones pajizas, la fecundidad de los campos y la abundancia de sus aguas.

Los Capitanes Lebrija y San Martín dicen en su relación "que aunque de paja la población de Bacatá podría pasar por una de las más bellas de las que se habían encontrado en las Indias."

En la única parte en donde se encontraron restos de un antiguo edificio de piedra, es en el valle de Leiva, entre Gachantivá y Moniquirá. Estos restos de arquitectura chibcha fueron descubiertos en el año de 1847 por el señor D. Manuel Vélez. La parte visible de este edificio mide 33 metros 60 centímetros de largo en dirección de Este á Oeste, y 17 metros 60 centímetros de ancho. Tiene 29 columnas visibles, cilíndricas y bien talladas. El frente de este edificio mira al Levante del Sol.

Es muy probable que estas ruinas fueran el principio del templo que quiso levantar el Cacique Garanchacha, pretendido hijo del Sol, y de una doncella india natural de Gachetá, la que dió á luz una Huaca (ídolo) que se convirtió después en una criatura humana. Esta fué criada y educada con grande veneración, y cuando llegó á mayor edad usurpó el zacasgo matando al Zaque, que entonces residía en Ramiriquí. Garanchacha quiso honrar al Sol, su padre, consagrándole ese templo, para el que hizo llevar piedras y columnas de parajes muy distantes para su construcción; pero murió dejando apenas principiado el suntuoso edificio.

La plancha que adorna este artículo, figura 33, es composición debida al lápiz del señor Alberto Urdaneta: es una restauración del tipo de la india Chibcha, tal cual debió ser al tiempo de la conquista. Para ejecutarla se ha tenido en cuenta la descripción que de esta raza hacen los historiadores de aquella época, y los rasgos característicos de los tipos que se conservan aún, sin alteración notable. La india está en la ocupación más común y constante de la mujer

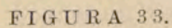


FIGURA 33.



chibcha; con el huso ó rueca hila el algodón que servía para tejer sus mantas: el chircate que cubría su cuerpo desde la cintura, y la liquira, á la manera de un pañuelo cruzado en el pecho, sin cubrirlo todo y prendido con un alfiler de cabeza grande llamado *topo*. Lleva el pelo largo y dividido por la mitad, del que procuraba conservar su lustre y negro de ébano con preparaciones vegetales y legías que, según su práctica, embellecían y hacían abundosa la cabellera; y no descuidaba, para aparecer bien, el adornar su cara y brazos con la pintura del rocú y la chica.

La plancha lleva como adornos varios objetos que constantemente usaba en su menaje y en su industria, tal es la piedra de moler el maíz y la sementera de este grano. En el artículo próximo hablaremos de estas cosas.

XIII

Naturalmente de esta vida de relaciones y de afectos íntimos, debían surgir elementos de moralidad, de trabajo y de industria indispensables para el progreso social en la pacífica y cómoda satisfacción de las necesidades más imperiosas de la vida.

La agricultura fué la ocupación más natural y la industria más importante para los pueblos de la antigua Cundinamarca, pues solamente las tribus en extremo salvajes y nómades de los lugares bajos y calientes se contentaban con los animales, raíces y frutos que la naturaleza pródiga les ofrecía espontáneamente; pero aquéllos que vivían en un suelo menos pródigo ó privado absolutamente de elementos naturales para su manutención tuvieron que recurrir al cultivo de los campos, y esta necesidad les hizo muy prácticos en el ejercicio de la agricultura, y desarrolló en alto grado su genio observador é inventivo, armonizando oportunamente las plantaciones de sementeras con las diferentes épocas lluviosas y con las faces de la luna: de aquí nació el computo del tiempo y el calendario más regularmente calculado entre gentes que principian en la vida civilizada, y cuyas bases principales pudieron ser los recuerdos de nociones adquiridas anteriormente por las tribus inmigrantes de otros países algo civilizados.

Los instrumentos empleados en aquella época para la preparación del terreno y la siembra de las semillas eran de piedra ó de madera: hachas y cuchillos de piedra cilícea ó de madera de macana, sumamente fuertes para cortar los árboles ó arbustos, y para limpiar el terreno de la maleza que lo cubría ayudados del fuego; azadas y palas de piedra, de hueso y de madera para levantar y labrar la tierra, y fuertes estacas para sembrar la semilla, hé aquí todos los instrumentos agrícolas de que podían disponer. Esta clase de útiles hacían excesivamente laboriosas y lentas sus operaciones agrícolas, pero en cambio los agricultores eran numerosos y la cosecha abundante; contaban siempre para estas faenas con las lluvias oportunas que ablandasen la tierra y facilitasen algún tanto su labor.

En contorno de las sementeras hacían un cercado de leños, para limitar la propiedad y para impedir que se causase daño en ellas; su cuidado estaba encomendado al dios *Chaquen*, protector de los linderos y cercados.

En los climas fríos (10° á 16° c.) y en los templados (17° á 22° c.) cultivaban muchas plantas alimenticias, principalmente el maíz común y el llamado *canilla* ó *rabo de zorro*, las patatas, la quinua, los cubios, las hibias, las chuguas rosadas y la variedad peruana; las arracachas, la yuca, y como condimento picante, el ají, y como aromático el paico en los puches de maíz ó mazamorra (26). Usaban también el jugo de la caña de maíz y la miel de abejas de los climas cálidos.

Estos eran los frutos principales de sus faenas agrícolas, los que en los mercados se cambiaban entre las tribus de los diferentes climas para subvenir á su subsistencia. El maíz se cosechaba una vez en el año y dos veces las papas.

El coronel Acosta dice que la patata debe reputarse como originaria del país de los Muiscas ó Chibchas; fúndase en que el conquistador Quesada la

(26) Las especies de plantas alimenticias que usaban los Chibchas se designan con los nombres siguientes: *Zea maíz*, lo llamaban *aba*, el maíz amarillo *abtyba*, el blanco *fuquie pquyhyza*, el maíz arroz *hichuan muy*; *sorgum vulgare* el maíz llamado de canilla ó rabo de zorro; *salanum tuberosum*, la papa ó patata llamada *iomza* ó *iomuy*; *chenopodium quinoa*, la planta indígena llamada *quinua*; *tropeolum tuberosum*, los cubios; *mellocoa tuberosa*, las chuguas rosadas; *mellocoa peruviana*, y también *ullucus tuberosus*, las chuguas blancas, ó *ullucus* de los indios Coconucos; *conium esculentum*, las arracachas blanca y amarilla, *tubérculo feculento*; *conium xanthroriza*, la arracacha morada; *yatropha manihot*, la yuca de la tierra templada y caliente; *capsicum*, varias especies de ají usado como condimento; *chenopodium ambrosioides*, el paico usado como condimento aromático en el *Suque* (Mazamorra).

halló cultivadas en estas regiones, principalmente en la Provincia de Vélez, desde el año de 1537, esto es, en una época en que sólo es verosímil suponer que este tubérculo haya podido exportarse de Quito, Perú ó Chile (27). Los indios Chibchas llamaban la patata *iomza* ó *iomuy* y la papa amarilla *tiba iomy;* todavía en Usme, pueblo situado al Sur de Bogotá, es llamada la papa, *iomy*. Hoy día en todos los pueblos de la Sabana se llama *iomogó* la parte de la cosecha de las papas que se regala á los que ayudan á cogerla, y esta palabra con la misma significación fué usada por los antiguos indios.

En su alimentación agregaban á estos frutos el pescado *chimbe*, y el del río Funza y de otros ríos en Hunza, y unos pecesillos llamados *guapuchas*; también muchos animales silvestres, tanto aves como cuadrúpedos, con excepción de los venados cuya carne solamente la comían los caciques y algunas personas de distinción, con licencia del Zipa; á las demás gentes les estaba prohibida por una ley de policía, pues se temía el exterminio de este animal en los bosques inmediatos (28).

Con el maíz confeccionaban la *chicha (Zapcua ó fabcua)* bebida popular *(biohoty)* muy diferente de la que hoy se hace con el mismo nombre. Es sorprendente que la necesidad universal de una bebida fermentada pusiera en posesión á estos indios de un procedimiento cuyos resultados explica satisfactoriamente la ciencia. Después de remojado el maíz lo dejaban germinar, como se hace en Europa con la cebada para la cerveza, inmediatamente lo hacían secar, y tostado al fuego en un tiesto de arcilla cocida, se reducía á polvo, el que desleído en agua caliente se dejaba fermentar. En estas operaciones de germinación del grano y de la acción del agua caliente el almidón del maíz se convierte en una materia azucarada que por la fermentación produce alcohol, á que debe su propiedad enervante. Esta chicha es menos nociva que la que hoy se confecciona con maíz cocido y miel del jugo de la caña de azúcar.

Tanto en la preparación de los alimentos con el maíz de cuya harina hacían la mazamorra (*suque*), ó puches, y también pan, como en la fabricación de la chicha, empleabancomo instrumento para pulverizar *la piedra de moler* (*hyca brohosuca*) que ha venido hasta nuestros tiempos: ésta es un trozo de roca arenisca de superficie plana y de forma casi rectangular, de 50 á 60 centímetros de longitud, 40 á 30 de ancho y 20 de gruesa, colocada en posesión ligeramente inclinada sobre un montón de piedras unidas con barro ó sobre horcones de madera que le sirven de apoyo. Sobre esta piedra se pone el grano que se quiere moler y con otra piedra de 30 centímetros de largo, cuya sección transversal es cuadrada ó triangular, de 8 á 10 centímetros de lado, de ángulos y extremidades redondeados, y que hace el oficio de moleta, se quebranta y muele el grano por compresión y fricción, que le imprimen las manos con un movimiento de vaivén.

(27) Se atribuye el mérito de la primera introducción de las papas en el Continente Europeo al marino Hawkins quien, se dice, sacó este tubérculo de Santafé en 1563 ó 1565, pero Humboldt dice que es más probable que las primeras patatas fuesen plantadas por sir Walter Raleigh en sus tierras de Youghal en Irlanda.

(28) Los animales que usaban los Chibchas como alimento eran: el pescado del río Funza y de otros ríos que llamaban *Gua-muyhyca*, pescado negro *(Eremophilus Mutisi, de Humboldt)*, los Españoles lo llamaron pescado capitán; el pescado que llamaban los indios *chichine güi*, que es el capitán pequeño; el pecesillo blanco llamado *guapucha*, nombre derivado del indígena *gua*, pes, *pguyhyza* blanco (*grundulus Bogotensis de Valenc*); la pesquería tenía lugar en los pozos llamados *chicua ó chupcua*, hoy se llama chucua la maleza ó pantano hondo. La carne principal era la de venado, llamado por los indios *chichica ó guahagui;* tenían el venado de páramo *(cervus virginianus);* el blanco *(cervus mexicanus);* el soche *(cervus simplicicornis)*; el conejo llamado por los Chibchas *chen-güi ó cupquy (lepus brasilensis);* el cui ó curí salvaje *sucuy* de los indios *(cobaya aperea)*; el borugo ó guardatinaco *(coelogenus subniger);* las torcasas *(talpacotia rufipennis);* las tórtolas ó *sumgni* de los indios *(peristera);* y muchas variedades de patos *(anas)*.

En la época actual es muy general el uso de este instrumento. Se ve en acción constante en la testera de la choza ó rancho del indio ó del mestizo de nuestros campos, *la piedra de moler*, de uso inmemorial, y compañera de la mujer en sus faenas ; mientras que en su rincón de la cocina ó de la estancia principal luce la fogata de leños inflamados con cuyo calor se sazona la apetitosa mazamorra.

Es la cocinera una muchacha
Agil, *arrutanada*, alta y morena
Que su saya de fula con el chumbe
En su cintura arregazada lleva.

....

Un poco cortas, negras y brillantes
De su crespo cabello las dos trenzas,
Rematando sus puntas en cachumbos,
Graciosamente por la espalda cuelgan.

Pero bella cascando mazamorra,
O moliendo, en su trono que es la piedra,
A su vaivén cachumbos y mejillas,
Arandelas y seno, todo tiembla. (29)

Este sencillo instrumento de molienda y pulverización es el mismo que los Mexicanos usan desde el tiempo de sus aborígenes y que se designa con el nombre de *metate.* El señor Dreyer, farmaceuta militar de la expedición de México, le hace un grande y merecido elogio. El *metate* sirve en aquel país para moler el maíz y preparar las tortillas ó galletas (arepas entre nosotros) que son la base de la alimentación del pueblo (en el Cauca se usa mucho la sopa de tortilla). Teniendo el señor Dreyer necesidad de pulverizar grandes cantidades de medicinas empleó en Puebla el *metate* ó piedra de moler para este objeto, y dice que representando por 100 el rendimiento en polvo obtenido con siete sustancias diferentes vegetales y minerales, con el mortero apenas alcanza de 50 á 90 por 100 con las mismas sustancias. Hé aquí, pues, elevado á una categoría importante el rústico y humilde instrumento de los aborígenes de la América.

*
* *

Uno de los artículos más importantes en la producción industrial de los habitantes indígenas de la antigua Cundinamarca, fué la sal compactada en ollas de barro, evaporando el agua salada de las fuentes de Zipaquirá y Nemocón, hasta obtener en estas vasijas la sal solidificada en la misma forma. Procedimiento que es la base de explotación de las minas de sal en los tiempos actuales.

Para la confección de los alimentos y para la fabricación de la sal en Zipaquirá y Nemocón, empleaban vasijas de barro cocido, las que sabían hacer con mucha destreza, y para ello tenían perfecto conocimiento de las propiedades de las arcillas esmética, plástica y refractaria, que son muy abundantes en las diferentes localidades de estas regiones.

Cuando la expedición del conquistador Martín Galeano salió en 1539 de Santafé hacia el Norte con el objeto de fundar la ciudad de Vélez, pasaron por Tinjacá ó *pueblo de los olleros,* en donde fabricaban los indios gran cantidad de ollas y otras vasijas de arcilla cocida, de diversos tamaños y formas, con las que traficaban estas gentes, tan consagradas á su industria, que la presencia de los conquistadores no los distrajo jamás de sus antiguas ocupaciones.

(29) *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* por Gregorio Gutiérrez González.

La alfarería fué la primera de las artes que ocupó la atención de los pueblos Chibchas, pues así lo exigían sus necesidades domésticas é industriales. De arcilla cocida fabricaban ollas, chorotes, *múcuras*, tinajas, tazas y cucharas para preparar los alimentos y para el servicio de ellos, y estos objetos se han encontrado en sus sepulcros con residuo de materias orgánicas en perfecta descomposición húmica.

Hoy se ejerce esta industria en los mismos pueblos en donde la encontraron los conquistadores; pero entonces se ejecutaba con más atención y cuidado tanto en las formas de las diferentes piezas como en la ornamentación de ellas, la que consistía en dibujos con líneas espirales ó especie de volutas, ó en ángulos entrantes y salientes formando figuras caprichosas, pintadas con arcilla blanca ó con ocres ferruginosos y después bruñida toda la superficie con fragmentos de cuarcita ó de piedra lidiana, ó de esquistos silíceos de grano fino, redondeados por el frote de las aguas en el cauce de los torrentes y de los ríos. En Chipaque, pueblo situado al Sudeste de Bogotá, y detrás de la rama oriental de la cordillera, en el que existen restos de esa antigua raza indígena que conserva las costumbres de sus aborígenes, fabrican hoy, como fabricaban antes, *ollas*, *gachas*, etc., de color pajizo ó apizarrado, de una arcilla refractaria muy estimada por su gran resistencia al fuego. En Gachancipá y Tocancipá, pueblos situados al Noreste de una llanura pobre en vegetación, pero rica en arcillas muy bellas para la confección de *ollas*, *tinajas*, *moyas*, *gachas*, etc., que se consumen en los pueblos inmediatos en un radio de más de 10 leguas.

En los dominios del Zaque de Hunza, y en toda la parte del Norte de la nación Chibcha, la alfarería era también una industria muy general, y hoy se ejecutan vasijas de la misma forma que las usadas en los tiempos prehistóricos, principalmente en los pueblos llamados Tobasá, Viracochá, Tinjacá y Ráquira: en este último es de fama proverbial la *cerámica*, que se fabrica de arcillas plásticas de excelentes calidades. La descomposición del feldespato albita dejó una arcilla blanca exenta completamente de óxido de hierro, de la cual se hacen crisoles refractarios que resisten á la inmersión en el agua estando candentes sin sufrir alteración ninguna.

Llaman la atención las formas esféricas, cilíndricas, cónicas que sin torno y simplemente con la mano daban á las diferentes vasijas; los dibujos ejecutados en diferentes líneas con notable simetría, y aun más los adornos caprichosos en relieve sobre alguna de estas vasijas en forma de mascarones ó cariátides ó imitaciones de animales salvajes.

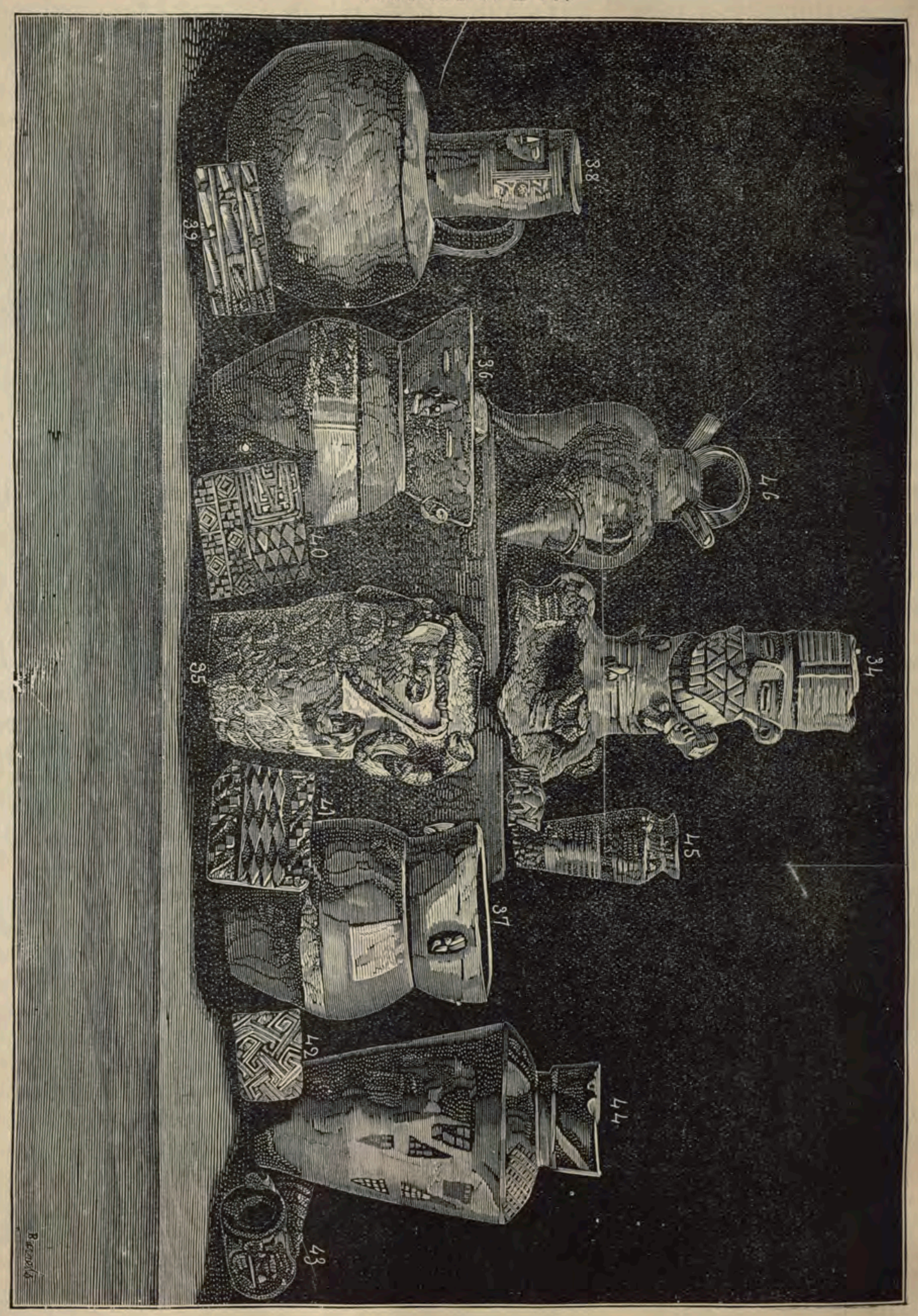
De arcilla cocida hacían también instrumentos musicales, especie de *dulzainas*, de sonido suave y melodioso.

No solamente la arcilla como materia plástica servía al artista indio para confeccionar utensilios de uso doméstico, sino también para objetos de adorno en sus casas ó de ornamentación de sus templos y para adoratorios ó especie de *Urnas sagradas* de tierra, que contenían las imágenes de sus deidades tutelares y las figuras históricas de sus antepasados y de sus guerreros, trabajadas en oro por el hábil y paciente joyero. Esta industria de la joyería de oro consumía abundantemente crisoles de arcilla refractaria, instrumentos indispensables para este arte; estos crisoles también eran adornados con figuras en relieve, tal es el representado en la figura 35, perteneciente á la colección del señor Bendix Koppel.

La industria de la alfarería Chibcha proveía abundantemente de ollas ó crisoles de tierra cocida para la compactación de la sal en las fábricas de este artículo en Zipaquirá, Nemocón, etc., etc., y en nuestros tiempos este sistema es la base de elaboración de aquellas salinas, sin que los progresos de la industria hayan podido destruir aquellos procedimientos primitivos.

Las láminas adjuntas representan varias piezas de la cerámica indígena de Cundinamarca y Antioquia, pertenecientes á la colección del señor Bendix

FIGURAS 34 Á 46.



Koppel, quien bondadosamente las ha puesto á nuestra disposición para estudiarlas. En primer término (núm. 34) se encuentra la notable figura del Zipa

con sus insignias reales y una grande nariguera como las que usaba de oro este monarca; está sentado sobre las andas ó palanquín, en el que conducido por sus súbditos asistía á las funciones religiosas ó visitaba sus estados y también salía á los combates.

El número 35 representa un crisol de los que usaban los joyeros Chibchas; está adornado con un mascarón y argollas laterales.

Las figuras 36 y 37 son jarras en forma de cariátides.

El número 38 es una *múcura* pequeña ó alcarraza con su manija y una cara humana en el cuello, adornada con dibujos blancos muy simétricos. La forma de esta pieza es muy elegante y perfectamente contorneada. Fué encontrada en Subachoque (Cundinamarca).

Las piezas números 36 á 43 son también de tierra cocida, y fueron de una grande importancia en la industria y costumbres de esta raza indígena; el número 43 es un rollo con figuras grabadas en relieve de ángulos entrantes y salientes; se conjetura que estos rollos ó cilindros les servían para pintar por impresión sus mantas de algodón; es muy probable que así fuera, á juzgar por el uso análogo que hacían de sellos para decorar sus piezas cerámicas y en la pintura de la piel; pero también hacían uso del pincel para los mismos objetos, pues en algunos tiestos se ven las huellas de este instrumento y la inseguridad de la mano del artista. Las figuras 39, 40, 41 y 42 son sellos planos con su correspondiente mango; están grabados con figuras en relieve, angulares, muy variadas y simétricas. Con estos sellos cargados con tintas de arcilla blanca y de ocres ferruginosos decoraban sus piezas cerámicas los aborígenes de los pueblos de Antioquia, pues se observa en algunas la semejanza de sus dibujos con los que tienen los sellos: este era un medio de abreviar la pintura.

La figura de los números 44 y 45 son jarrones de la cerámica indígena de Antioquia; su forma es elegante y recuerda el estilo etrusco; se nota en ellas mayor corrección en sus contornos, y las pinturas angulares que tienen son muy semejantes á las figuras del sello número 42, lo que hace creer que se empleaban los sellos para la pintura de decoración de la cerámica antioqueña. En algunas piezas los dibujos son realzados ó grabados y con mucha uniformidad; parece fueran ejecutados con sellos apropiados para imprimir sus figuras sobre la arcilla blanda.

La pieza del número 46 es también de Antioquia, muy cuidadosamente ejecutada; tiene cuatro pies de apoyo, una manija y dos tubos laterales muy estrechos, únicos conductos de comunicación con el interior; no parece, pues, que sirviera para contener líquido alguno, y pudo ser una figura simbólica.

*
* *

La necesidad de proteger el cuerpo contra los rayos del sol y contra los innumerables insectos de los climas abrasadores, tales como las riberas del Orinoco, del Magdalena, del Darién, del Cauca, etc., hizo que los naturales de estas regiones empleasen las grasas y resinas vegetales para untarse la piel; costumbre que convirtieron los indios en una especie de afeite ó de adorno, mezclando estas sustancias con el color negro del jugo de la planta llamada *mue* (*jagua*) y el naranjado y rojo de la *zica* (*vixa*) y de la *chica*, con los que se pintaban y adornaban con líneas y figuras muy variadas y extravagantes. Las tribus del Orinoco, según el historiador Gumilla, consideraban como desnudez la falta de este afeite y adorno; y aun los niños no se presentaban ante el público, y menos á los misioneros en la escuela, cuando no estaban untados y pintados, porque sentían vergüenza de encontrarse desnudos.

Todavía las tribus salvajes que se encuentran en nuestro extenso territorio conservan el uso de la pintura tegumental. El doctor Crevaux, en la historia de su viaje de navegación en los ríos Ariarí y Orinoco, hablando de los indios que habitan en una aldea cerca del salto de Maipure dice: "Encontramos la gente de la aldea muy ocupada, pues era día de pintura, que hacen aplicando á la piel sellos ó rollos empapados en *rocú* y que representan arabescos. Esta pintura es el verdadero grabado en madera con impresión en pergaminos humanos."

Los rollos representados en la figura 43 de la lámina de que hemos hablado ya, fueron encontrados en territorio de Cundinamarca, lo que prueba que los Chibchas también se servían de ellos para su pintura sobre la piel.

En las poblaciones de las elevadas regiones de la antigua Cundinamarca, el frío y el pudor fueron más exigentes, y aun cuando conservaban el uso de pintarse la cara y otras partes del cuerpo, como un adorno, usaban vestiduras de mantas tejidas de algodón. Afortunadamente para estas gentes, sus costumbres comerciales les facilitaban la adquisición del algodón, elemento indispensable y de gran consumo en la industria de los telares, el que obtenían de las tribus de los climas calientes en cambio de esmeraldas, sal y otros productos de tierra fría y aun de las mismas mantas.

El historiador Piedrahita dice, hablando de los Chibchas: "En esta nación los naturales son más políticos, andan todos vestidos, á que los obliga el temple de la región fría que habitan, cuando corre el viento Sudeste, atravesando sus páramos que llaman Ebaque. Sus más ordinarios vestidos son de algodón, de que tejen *camisetas*, á la manera de túnicas cerradas que les llegan poco más abajo de la rodilla, y de las mismas mantas cuadradas que les servían de palio: las más comunes son blancas, y la gente ilustre las acostumbra pintadas de pincel con tintas negras y coloradas, y en las frentes medias lunas de oro y plata, con las puntas á las partes de arriba."

"Las mujeres usaban una manta cuadrada, que llamaban *chircate*, ceñida á la cintura con una faja, que en su idioma llaman *chumbe*, y sobre los hombros otra manta pequeña nombrada *liquira*, prendida en los pechos con un alfiler grande de oro ó plata, que tiene la cabeza como un cascabel y es llamado *topo*."

No solamente estampaban con sellos de colores sus mantas de algodón y las pintaban con pincel, como dice Piedrahita, sino que conocían el verdadero arte de la tintorería, como lo demuestra la tela de tejido diagonal y de listas de color que posee el señor Manuel Vélez.

Hoy se da el nombre de camisetas á unas mantas cuadradas que tejen los naturales de nuestro país tanto indígenas como mestizos; á estas mantas les dejan una abertura en la mitad para colocarlas en el cuello y cubrir el tronco sin cerrarlas por los costados. Probablemente las camisetas llamadas también *ruanas*, que hoy se usan por el vulgo, fueron derivadas de las antiguas mantas chibchas que, cerradas en los costados, formaban la vestidura que cubría el cuerpo desde el cuello, en la época á que se refiere la cita de Piedrahita, pues una túnica chibcha, sin cerrar por los costados, es una manta cuadrada, es una camiseta ó ruana. El origen, pues, de la ruana fué la manta de la túnica chibcha de la misma forma cuadrada que el chircate y demás telas que fabricaban.

Las telas ó mantas de algodón fueron una mercancía muy importante y estimada en el tráfico comercial de estos pueblos industriosos; por esta razón la industria del hilado del algodón y de la fabricación de las telas, fué muy atendida y cuidadosamente ejecutada, tanto más cuanto que atribuían al Bochica su invención, quien en sus predicaciones procuró enseñarles este arte, y les dejó, según sus tradiciones, dibujados con tinta indeleble, en diferentes rocas, la forma de los telares.

La india chibcha, después de atender á sus ocupaciones domésticas, en el tiempo que podía disponer, hilaba el algodón de la misma manera que los pueblos primitivos del Continente Europeo y que los pastores del día. El *huso* ó rueca (figura 33) era el instrumento de que se valían, y la formaban de una varilla de madera de macana ó de caña de guádua (*bambusa*) de 30 á 40 centímetros de longitud, el que en uno de sus extremos tiene una entalladura en forma de gancho para sujetar el hilo y en la otra un tortero ó pesa de piedra labrado en diferentes formas para facilitar y conservar el movimiento de torción que con los dedos de la mano derecha se imprime á todo el instrumento, mientras que con la izquierda se sujeta el hilo, y después con ambas manos se extiende la placa de algodón preparada de antemano para hacer el hilo. Se comprende que solamente el hábil manejo de este sencillo y rústico instrumento puede dar hilos de igual grosor y de la finura que se desea.

La forma de los telares (*quayty*), fué la misma que la de los que usan las tribus contemporáneas que se hallan sin reducir á la vida civilizada: dos gruesos palos redondeados é imperfectamente pulimentados, colocados horizontal y paralelamente uno arriba y otro abajo sobre dos estacas enterradas verticalmente en el suelo constituyen el marco del telar. Sobre los rodillos ó maderos horizontales se envuelve el hilo, sujetando cada vuelta sobre una varilla, cuyo largo es del ancho del telar. Los hilos verticales juntos y paralelos se entrecruzan, formando dos planos que pasan á ser alternativamente uno anterior y otro posterior, á favor de otra varilla y de un hilo que va sujetando cada hebra del plano posterior. Esta disposición constituye el urdiembre. Cuanda el plano formado por la serie posterior de hilos pasa adelante, por un esfuerzo de tracción que se ejecuta sobre la varilla que los sujeta y que se llama *lizo*, el anterior queda en su puesto, y por el espacio que dejan los dos planos pasa la trama, haciendo descender luego sobre ella para sujetarla el cruzamiento de los hilos por medio de la macana, que es una regla ancha de bordes tallados en bisel y redondeados, hecha de madera de palma de macana. Esta operación se continúa alternativa y sucesivamente.

En los pueblos en los que se conserva aún la raza indígena sin degeneración, y en donde sus costumbres tradicionales han sido inalterables, no obstante la influencia que ha ejercido sobre ellos la civilización contemporánea, conservan esta pequeña industria y la forma de estos telares enteramente primitivos. En ellos hacen tejidos de lana, ordinarios, para sus camisetas ó ruanas, y todavía en algunos pueblos miserables algunas mujeres usan el *chircate* de lana.

*
* *

Todos los productos, tanto naturales como los de la industria indígena primitiva, principalmente la sal común compactada con el agua salada de las fuentes de Zipaquirá y Nemocón; las esmeraldas de Somondoco y de Muzo; los diferentes objetos del arte del alfarero; las joyas de oro, de plata y de cobre que usaba como adornos esta raza; las mantas de diferentes formas y pintadas de colores; el maíz, etc., eran los artículos comerciales que llevaban á las ferias ó mercados que tenían establecidos tanto en los pueblos de las cordilleras como los de los valles ardientes.

Las principales ferias ó mercados tenían lugar cada tres días, en Turmequé, en donde se compraban las esmeraldas de Somondoco, en cambio de los tejuelos de oro, ó de este metal en polvo; de mantas de algodón, de sal y de productos agrícolas.

Los Chibchas del Norte de la antigua Cundinamarca, los Agataes, los

Chipataes, y los activos é industriosos Guanes (hoy Girones) concurrían á la afamada feria que tenía lugar en Zorocotá, del dominio del Cacique del mismo nombre, en donde fundaron los Españoles el Puente Real, sobre el río llamado entonces Saravita (hoy Suárez), allí dejaban los Guanes el oro de sus regiones para proverse de sal, mantas de algodón y de los productos de esos pueblos, etc. Los concurrentes á esa feria se congregaban al rededor de un enorme canto errático aislado constituido por una roca argentífera de la cual se extrageron posteriormente más de ochenta marcos de plata.

La feria más concurrida por los Chibchas se verificaba en Coyaima (del Estado del Tolima), en territorio de los indios Poincos, á los que los conquistadores llamaron Yaporogos, por el nombre de uno de sus Caciques. Los Poincos poblaban ambas riberas del Magdalena, desde la embocadura del río que hoy se llama Coello hasta el de Neiva. A este mercado llevaban los Chibchas sal, esmeraldas, mantas y telas de algodón, joyas de oro, etc., y obtenían en cambio el polvo de oro de los ricos aluviones de estas regiones, loros y guacamayas para sus sarcrificios, algodón para sus mantas, yucas y otros productos de tierras cálidas.

El comercio, pues, que en los pueblos de los Incas no existía, entre los Chibchas iba tomando un desarrollo de grande importancia, puesto que en cada pueblo había un mercado, y en muchos puntos de la frontera y del territorio vecino tenían ferias periódicas en las que traficaban con las tribus extranjeras.

El libre cambio de los productos naturales, de los manufacturados y de los agrícolas demuestra suficientemente que en esos pueblos existía el derecho de propiedad mueble legalmente determinado, y creemos que también el de la propiedad territorial.

Respecto de la propiedad entre los pueblos primitivos dice Goguet. "La primera *ley* establecida sería para asignar y asegurar á cada habitante cierta cantidad de terreno. En tiempo en que el cultivo no era aún conocido, las tierras estaban en común. No había ni límites ni linderos que arreglasen el reparto: cada uno tomaba su subsistencia en donde juzgaba á propósito. Se abandonaban y se volvían á tomar sucesivamente los mismos cantones, según que eran más ó menos agotados: esta manera de vivir no era practicable cuando se estableció la agricultura. Entonces fué necesario distinguir las posesiones y tomar las medidas necesarias para hacer que cada ciudadano gozase del fruto de su trabajo. Estaba en el orden que aquél que había sembrado estuviese seguro de cosechar el fruto. De aquí fueron emanadas las leyes sobre la propiedad de la tierra, sobre la manera de dividirla y de gozarla."

Aun cuando son muy justas estas deducciones, no obstante en las tribus inferiores hay alguna variedad en la forma de la propiedad territorial.

En muchas tribus que viven del producto de su caza, la propiedad territorial pertenecía ó pertenece á la tribu y no al individuo. "Los indios de la América del Norte, en general, no poseen terrenos con título individual, pero sí los posee la tribu; mientras que los Australianos, que son mucho menos avanzados en la vida social, cada individuo posee un terreno del que puede indicar sus límites exactos."

La razón de esta diferencia es, según John Lubbock, que los Pieles Rojas se mantienen con la caza de grandes animales, mientras que los Australianos se nutren con semivulpas, reptiles, insectos, raíces, etc.; así, pues, si los primeros hubieran dividido la tierra en lotes de propiedad individual, hubieran estado expuestos á morir de hambre en medio de la abundancia, en tanto que los segundos encuentran ordinariamente alimentos suficientes en la propiedad privada.

En Taití, en donde la agricultura ha hecho progresos, "cada parte del terreno tiene su propietario particular."

Aun cuando Sir John Lubbock cree que no siempre el ejercicio de la agricultura constituye, en los pueblos inferiores, una condición esencial de la propiedad de *fundo* individual ó propiedad territorial, entre los Chibchas existía la práctica de la agricultura unida á otras costumbres sociales en un grado tal que revelan que estas gentes gozaban de este derecho. No solamente es afianzada esta opinión por el hecho de que los pueblos de Cundinamarca formaban una nación relativamente muy adelantada en las prácticas sociales, sino porque así se puede deducir de las siguientes consideraciones.

1.ª Al tiempo de la conquista la tierra de la antigua Cundinamarca estaba muy dividida entre las familias de esta numerosa nación. Según Acosta á cada legua cuadrada correspondían por lo menos 2,000 habitantes, por consiguiente para su subsistencia era necesario que el terreno estuviese bien distribuido entre ellos. Según su cosmogonía tenían un dios protector de los linderos de las sementeras, el que se llamaba *Chaquen*, y presidía también los puestos de las posesiones, y le ofrendaban las diademas de oro y las plumas con que se adornaban para ir á los combates.

2.ª La nación Chibcha era esencialmente agricultora; los productos agrícolas eran materias comerciales, como todos los demás objetos de su industria y los productos naturales de la tierra: tales eran las esmeraldas, el oro, la sal y algunos animales silvestres, con excepción de los venados, los que por una ley de policía era prohibida su caza por temor de su exterminación.

3.ª Comprueba el derecho de propiedad, la ley que castigaba al deudor moroso y que le imponía por cárcel su casa de habitación, con obligación de mantener al guarda y á un tigrillo montés, hasta pagar la deuda.

4.ª Según sus creencias, el hombre, después de su muerte, gozaba en otro mundo de sus mismos bienes, de sus tierras y sementeras.

5.ª De la forma federal de su régimen político se puede deducir más naturalmente el derecho de la propiedad territorial de cada individuo; no sucedía así bajo el régimen de la monarquía teocrátca de los Incas del Perú, en donde todos trabajaban para el Soberano y no había comercio. Un régimen semejante á este último, era el de los Celtiberianos, que, según Diodoro de Cicilia, se dividían anualmente las tierras, y los productos eran almacenados y distribuidos de tiempo en tiempo á los necesitados.

Se puede arguir en contra de nuestras opiniones, que la propiedad territorial da el derecho de venderla y no hay constancia ni presunción de que los Chibchas vendiesen sus tierras; pero según Lubbock no se sigue como una deducción natural, que la propiedad de *fundo* implique el derecho de vender; y á este respecto dice Campbell (*Systems of land tenure*, p.151): "Olvidamos muy fácilmente que la propiedad de fundo, tal como nosotros la comprendemos, es decir, que la tierra viene á ser una mercancía de la que tenemos la propiedad absoluta que podemos vender y comprar como toda especie de mercancía, no es una institución antigua, sino un progreso moderno al cual no han llegado sino algunos países."

El progreso de la civilización que ha dado el derecho de vender la tierra, crió un medio de representación de los valores comerciales, y este medio es la moneda que los Chibchas no tenían, por esta razón lo que hacían en sus ferias y mercados era cambiar recíprocamente sus productos y artículos comerciales.

Los historiadores Joaquín Acosta y el Padre Simón, dicen que los Chibchas ó Muiscas usaban monedas de diferentes dimensiones fundidas en moldes uniformes; y agregan que estas monedas eran tejuelos de oro, cuya circunferencia

medían encorvando el dedo índice sobre el nacimiento del pulgar, pues no conocían la medida del peso. Sus medidas usuales eran la longitud del palmo, (30) de la brazada y del paso; para el maíz tenían una medida llamada *haba*, nombre que daban también á este grano.

Si fuera evidente que los Muiscas ó Chibchas hubieran tenido monedas de oro, habría sido el único pueblo americano de aquella época que las había usado, pero es muy dudoso este hecho. No es común el hallazgo de estos tejuelos de oro en los sepulcros indígenas, como debiera serlo si hubieran servido de monedas, pues es sabido que ellos enterraban los cadáveres con todas sus riquezas. Los pesos de los tejuelos de oro, que hemos visto, no guardan una relación constante entre sí, ni pueden tenerla, pues para estas gentes habría sido imposible fijarla no conociendo los medios de apreciar el peso. Creemos que es más posible que estos tejuelos fueran la forma más adecuada que daban al oro algunas tribus de las regiones auríferas, para estimar aproximadamente la cantidad que vendían de este metal en cambio de otros objetos en las ferias ó mercados. Se cree también que estos tejuelos ó discos de oro fundido son monedas que los conquistadores usaron en los primitivos tiempos de su dominio en estos países, pero no es aceptable esta opinión, entre otras razones: porque no hay ninguna crónica ó dato histórico de aquellos tiempos que lo dé á entender así, siendo un hecho muy importante que no habría pasado inadvertido; y tanto menos que en el principio de la conquista los Jefes y los Jueces de residencia fueron encargados del arreglo económico de las expediciones y de hacer efectivos los impuestos ó quintos reales que se pagaban inmediatamente en especies, y posteriormente las leyes españolas que se dictaron á consecuencia de la conquista y las reales cédulas que se promulgaron inmediatamente debieron influir en un asunto público de tanta trascendencia, y nada nos refiere la historia. El oro fué en lo general enviado á España, y una parte de su valor volvía á la América en mercancías y objetos necesarios á los conquistadores. Es de suponerse también que durante los tiempos heroicos de la conquista, los Españoles no tuvieron necesidad de monedas; los frutos del país cogidos á los indios por el derecho de la fuerza ó como tributo les bastó á su subsistencia. Además, si estos tejuelos de oro hubieran sido monedas hechas por los conquistadores, éstos, conservando las prácticas de un pueblo civilizado, habrían marcado en ellas su valor relativo, aunque hubiera sido con la punta de su daga.

Finalmente, es digno de notarse que los artículos comerciales que fueron el producto de la industria de aquellos remotos tiempos, son los mismos que hoy se fabrican y que se consumen en nuestros mercados. Las industrias de aquellas épocas muy poco han adelantado en nuestros días, son las mismas con ligeras modificaciones, y solamente aumentadas en corto número con las que dejaron los Españoles como recuerdo de su dominación en la época de la Colonia; y lo que es más de admirar es que los restos de la antigua raza indígena y mestizos de ésta y de la Española son los ejecutores de estas pequeñas industrias que constituyen en gran parte las riquezas de los Estados del interior de la República.

Estas industrias, de alguna importancia, han venido en escala un poco mayor y algún tanto perfeccionadas por la mano del colonizador, pero los procedimientos han sido invariables y rutineros; la raza blanca muy poco se preocupa con las artes, y solamente especula con el rendimiento de los artefactos indígenas. En los Estados de Boyacá, Santander y parte de Cundinamarca se

(30) Palmo, *iana;* un palmo, *ianata;* dos palmos, *ianabosa;* etc.
Brazada, *pcuaca;* una brazada, *pcuaca ata;* etc.
Jeme, *quyhyn;* un jeme, *quyhyn ata;* etc.
Paso, *gata;* un paso, *gata ata;* etc.

fabrican tejidos de algodón, tales como mantas de diversos colores, lienzos ordinarios, ruanas ó ponchos, cobertores de cama y hamacas que se consumen tanto en las tierras frías como calientes de toda la República. En Boyacá y Cundinamarca fabrican por los mismos procedimientos primitivos, telas de lana desde que los conquistadores introdujeron el ganado lanar, con cuyos vellones se hacen camisetas, ruanas, mantas y frazadas, telas que con el nombre de ropa de batán se trafica en una grande extensión de la República, principalmente en Antioquia. Las ruanas ó ponchos de lana del Sur del Cauca son afamados por sus bellos y firmes tintes.

Pero la industria más general y más importante por sus rendimientos entre los pueblos descendientes de la raza indígena de los Estados del interior es el hilado y fabricación de telas de fique (*agave*): con estas fibras se hacen cuerdas de diferentes grosores, cables, alpargatas, que es el calzado que usa el pueblo pobre, se tejen telas gruesas para sacos llamados *costales*, que sirven para el empaque de mercaderías del comercio interior y del de exportación, tales son la ropa de batán fabricada en el país, el café, el cacao, la quina, el arroz, etc., con estos costales se hacen también las enjalmas para el trasporte de las cargas. Esta industria del hilado y tejidos del fique produce hoy una crecida renta á las poblaciones del interior.

El curtido de las pieles es una de las pequeñas industrias importadas de España en tiempo de la colonia, y se ejerce principalmente por los naturales de Boyacá.

Hemos dicho que la cerámica es un objeto de comercio y de ocupación de innumerables pueblos de los Estados colombianos, pero hoy se ejecuta muy rudimentariamente, apenas para satisfacer, en su forma, á las necesidades de la vida doméstica; mientras que los aborígenes la practicaban con más esmero, pues era objeto de lujo la plástica de ornamentación y de la representación figurada de sus personajes más interesantes.

Desde tiempo de la conquista la alfombra más comunmente usada en nuestras habitaciones, ha sido la *estera* ó tejido de esparto en forma de una trenza de diez centímetros de ancho y que se une en su longitud por un hilo de fique. Los Chibchas usaron también en sus habitaciones esterillas de esparto y de junco; pero los Españoles enseñaron á los indios á tejer el esparto que encontraron aquí, en la forma de la estera pue hoy se usa. Los Moros introdujeron en España, durante su dominación en ese país, el cultivo del esparto africano, que es una gramínea (*Macro chloa tenasísima*) muy diferente botánicamente del esparto de Cundinamarca y Boyacá, (31) son muy semejantes en su forma, pero el de estas regiones es un junco mucho más tenáz que la gramínea de Africa. Esta industria ha desmejorado mucho en estos últimos tiempos, y casi toca á su término de extinción, pues el esparto se está agotando y se ha recurrido al uso de una gramínea de tallo muy delgado, poco resistente, de color verdoso cuando está seca, y que los indios llaman *uche*. La estera de esta gramínea, que es diferente de la africana que se cultiva en España, es muy poco durable; sería, pues, muy oportuno y conveniente para el país proteger el cultivo del esparto ó junco de buena calidad, para conservar esta industria que proporciona una ocupación lucrativa á una gran masa de la población indígena. Del esparto se hacen otros, objetos principalmente las escobas, de uso inmemorial. La figura 47 representa dos tipos indígenas de los fabricantes de estera del Estado de Boyacá, sentados sobre el rollo de estera de cuatro cintas ó trenzas de esparto; su vestido es el que usa actualmente esta raza: sombrero de trenza de palma,

(31) Véase más adelante la descripción botánica del esparto–junco.

pantalones de manta de algodón, ruana de una manta de lana y camisa de lienzo de algodón; todas estas telas son productos de la industria de los telares del

FIGURA 47.



país; al frente tiene, uno de ellos, la sandalia ó alpargata que ha dejado libre como muestra de su calzado.

Todos estos ramos industriales de que hemos hablado podrían llegar, con alguna protección, á un grado de adelantamiento tal, que produjeran una renta más considerable que la que hoy rinden, la que se calcula que es, en los tres Estados del interior que hemos mencionado, de cerca de cinco millones de pesos anuales.

EL ESPARTO DE LAS SABANAS DE CUNDINAMARCA Y BOYACÁ.

Lineo llamó *stipa tenasísima* al esparto africano que, como hemos dicho ya, es una *gramínea* llevada por los Moros á España en donde se cultiva aun; fué llamada también *atocha tenasísima.* Después el género *stipa* de Lineo se reunió á otros con el nombre de *macrochloa*, por esto la gramínea africana, hoy esparto español, se llama *macrochloa tenasísima.*

Según aparece, el esparto de Colombia no está descrito científicamente, ó por lo menos no es muy conocido algún estudio de esta planta, si lo hay. Debemos á la amabilidad de nuestro amigo señor doctor Wenceslao Sandino, la siguiente descripción botánica:

"*Esparto–juncus* (Especie. . . .?)

" Es cespitoso, paludoso, perenne, de rizoma escamoso. Hampos numerosos, resistentes, cilíndricos, muy delgados, afilos, sutilmente estriados, de m. 060 de largo, terminados en punta aguda y derecha; medúla interrumpida á distancias cortas é iguales; vainas radicales de color leonado ó castaño claro, de láminas abortadas reducidas á una colita de m. 0.005 que pronto se marchitan y desaparecen. Antela lateral, cimoso–capitada: flores amontonadas, muy apretadas, partiendo cada una de la axila de una bráctea, y apoyadas por otras dos en la base. Perianto de seis divisiones glumáceas, agudas; las exteriores naviculares, las interiores lanceoladas, casi planas, más cortas, unidas todas por la base. Seis estambres más cortos que el perianto, subhipógineos, unidos por sus bases; anteras oblongas, obtusas, basífidas, longitudinalmente dehicentes. Ovario incompletamente trilocular, pluriovulado; tres estigmates filiformes y largos. Cápsula ovada de color de castaña, brillante, unilocular, plurisperma, de dehicencia septifraga; se abre en tres cascos y lleva cada uno en el medio una placenta; están unidas en un cuerpo en su porción inferior, cada una con dos órdenes de granos."

El doctor Sandino cree que por el uso á que está destinado este género de esparto debiera llamarse *Juncus Storæ.*

EL TEQUENDAMA Y EL MITO CHIBCHA.

En casi todos los pueblos del globo algo distantes de la verdadera civilización, se encuentran mezcladas las tradiciones históricas de las razas y del suelo que habitaron, con sus opiniones religiosas; hechos de esta naturaleza hallaron los descubridores de las regiones de Colombia, entre los Chibchas, y también entre las tribus vecinas como las de los Panches, los Natagaimas, etc. Una porción del territorio de Cundinamarca, fué el teatro donde la fecunda imaginación de sus habitantes sacó de la poderosa mano de sus dioses la explicación de los fenómenos y agitaciones de la naturaleza terrestre.

El viajero que sigue la ruta que conduce á las comarcas del S. O. de la Sabana de Bogotá, y rrecorre las ensenadas que forma la llanura en las faldas de la cordillera, después de haber revisado los vestigios del suelo trastornado, es sorprendido en el descenso de la Serranía por la majestuosa caída de las aguas del Funza en el salto que lleva el nombre de cascada de Tequendama; y visita este sitio maravilloso, no solamente para satisfacer la curiosidad instintiva que nos domina, sino porque es un sitio digno de serios estudios: se contempla cada uno de estos lugares con respetuoso y melancólico recogimiento, pues todos ellos fueron testigos impasibles de un gran cataclismo de la naturaleza cuyo recuerdo está íntimamente ligado á las creencias religiosas profesadas por un pueblo sencillo pero lleno de fe en los atributos de sus dioses tutelares.

La hermosa llanura de Bogotá, como todas las situadas sobre los Andes colombianos, fueron extensos lagos, sus aguas colmaron de sedimento las profundas cuencas que dejaron las pendientes de los ramales de las cordilleras que se levantaron del seno del continente; en su lodo quedaron confundidos los restos de las rocas trituradas, de las plantas desarraigadas y de los animales colosales que perecieron en épocas anteriores, por el enfriamiento é inundación de las regiones en que vivieron, y que fueron arrastradas por sus hondas, las que, levantadas por el ímpetu de los huracanes, se estrellaban al pie de las empinadas cumbres hasta un nivel muy elevado, como lo demuestran las señales que dejaron en ellas.

La época geológica de la formación de estos lagos corresponde al levantamiento de la gran cadena de los Andes; así es que después que tuvo lugar este suceso debió seguir una tregua de calma en las agitaciones de la corteza terrestre, durante la cual se formaron estos depósitos lacustres; ó por lo menos durante este largo período esas agitaciones fueron impotentes para arrojar las aguas

de su lecho. Posteriormente acaecieron hundimientos de la cordillera, ocasionados por nuevas y estupendas convulsiones de la tierra, que dejaron descubiertas niveladas sabanas. En la inmensa irrupción de las aguas del lago de Bacatá, se formó la catarata de Tequendama.

Se comprende fácilmente la influencia que debieron tener estos accidentes, que dejaron huellas indelebles, en las tradiciones de las tribus que vinieron á habitar estas comarcas; ya sabemos que para los Chibchas la causa de la inundación de la Sabana fué la ira de su dios Chibchacum, que indignado por los crímenes que cometieron, hizo salir de madre los ríos y formó el lago Funzé; pero compadecido Bochica, enviado del Sol, de sus desgracias, apareció sobre el arco-iris, é hiriendo la roca con su vara de oro, abrió la brecha por donde se precipitaron las aguas formando el Salto de Tequendama, como recuerdo de su gran poder divino.

¿ Fué el aspecto de estos sitios, la causa de haberse imaginado tales hipótesis, acerca de las evoluciones del globo, estos pueblos que no estaban muy distantes de la verdadera civilización, como lo indica Humboldt ?—¿ó sería que las inundaciones de Bacatá eran recientes, para que su memoria se haya podido conservar ?—Es más natural y conforme con la primera suposición la naturaleza de la formación de este suelo por los acontecimientos que tuvieron lugar en esas remotas épocas, sin que por esto dejasen de influír también en la imaginación de aquellas gentes, las inundaciones periódicas de la Sabana, posteriores á su desagüe, producidas en una grande extensión de su suelo por lluvias torrenciales de esos tiempos, á juzgar por lo que sucede hoy, aunque en menor escala, pues han disminuido las lluvias á causa de los desmontes y por el cambio de nuestra atmósfera menos preñada de vapores.

El aspecto, pues, de estos sitios, las inundaciones periódicas y la maravillosa catarata, influyeron poderosamente en la imaginación de los Chibchas, preocupados siempre con el poder sobrenatural, para formular sus explicaciones cosmogónicas.

Lento y silencioso se desliza el Funza hacia el S. O. por en medio de la empradizada Sabana, en cuyo manto de verdura le ofrece un lecho apenas desnivelado por la acción de las corrientes del lago que huyó de su superficie. Contorneándose á manera de una cinta amarillenta cuando sus hondas crecidas lamen el lodo de las riberas, ó con reflejos de plata si sus aguas tranquilas son puras y cristalinas. En sus inflexiones recibe numerosos riachuelos y quebradas que presurosos descienden de los ramales de las montañas y van á acrecer el caudal de sus aguas. Después de recorrer casi toda la llanura en aquella dirección, replegándose sobre sí mismo, cambia de rumbo al O. para seguir las faldas de la serranía en donde modifica su prolongada lentitud, y principia á descender con velocidad, estrellándose aquí y allí, contra las rocas desprendidas de los flancos escarpados que fueron testigos de la agitación y destrucción de estas comarcas, por la inmensa irrupción de sus primitivas aguas; éstas, al pasar por allí causando tantos destrozos, dejaron sobre el peñón de la hacienda de Tequendama las señales de su elevado nivel, que alcanzó á más de 126 metros sobre el actual. Dejando este lecho tormentoso, apacigua su furor en un suelo menos accidentado, como para tomar aliento y penetrar con fragor en el estrecho cauce que con el trascurso de los tiempos ha tallado en la dura roca cuya resistencia no hubiera podido vencer sin el auxilio de los sacudimientos de la tierra. En el estrecho canal multiplica su velocidad, y la impetuosidad de la corriente produce rugidos que son aumentados por los ecos de la montaña y por la exaltación del espíritu que casi adivina el horror de la tormenta en el seno del peñón. Llega por fin, y en una corta extensión recobra su calma; su lecho se prolonga sobre el abismo como una ancha lengua que forma un escalón ; contra este obstáculo que se opone á su descenso, es formidable el choque de la masa inmensa de agua que se desploma sobre la mole de arenisca. ¡ Qué inmensidad de fuerza destruída en la percusión de este gigantesco martillo hidráulico ! ¡ Qué inmensa cantidad de efluvios eléctricos producidos por la fricción, detención y pulverización de la corriente ! efluvios que se difunden misteriosamente en los espacios del grandioso anfiteatro rocalloso, y que si se pudieran recoger en una botella de Leiden, colosal, sería su chispa capaz, tal vez, de quemar el carbón diamante del Rajá de Matan, y de producir una luz que sería digna rival de la luz del sol. El torrente impetuoso, á pesar de sus contorsiones, se arroja arqueándose en chorros espumosos de la albura de la nieve, porque del seno de sus gotas se devuelven presurosos en reflexión total los rayos de luz que penetraron en ellas, y producen la visión de una cascada de perlas que al desatarse se pulverizan en su caída, y se evaporan en el espacio, ascendiendo con la corriente del aire desalojado en copos opalescentes que á veces hacen aparecer los cambiantes del espectro solar.

Estos son los momentos en que los recuerdos unidos á las impresiones justifican las creaciones fantásticas de la imaginación del indio chibcha, pues que el observador que contempla extasiado la magnificencia del espectáculo, aunque poseído de terror porque tal parece que una fuerza irresistible lo arrastra hacia al abismo, ve allí, sobre el iris que se levanta del seno de la bruma, la imagen del que tiene sobre la naturaleza un gran poder divino.

El hermoso anfiteatro que se desarrolla en semicírculo, y que sirve de marco en este sitio al imponente cuadro de la naturaleza, está formado de rocas talladas perpendicularmente y sobrepuestas en capas horizontales; de sus rugosidades y grietas se adhieren plantas acuáticas y verdes helechos y sus cornizas elevadas están bordadas de árboles corpulentos.

Multitud de circunstancias concurren á hermosear el bello panorama del Tequendama que tan profundamente impresiona el alma cuando se ve por primera vez : el caudal de aguas en relación con

la profundidad del precipicio; los paredones rocallosos; el vigor de la vegetación; el fragor que repercuten los cerros; la corriente de vapores que se levanta; el horizonte lejano de las tierras calientes; los restos de la impetuosa avalancha de rocas destrozadas por la corriente que invadió la hoya profunda desde el pie de la cascada en todo el lecho que recorre el río que desde allí se llamaba Pati.

Del fondo de la catarata surgieron fantasmas tradicionales que probablemente fueron las antelias que en los contornos de este sitio, al levantarse el sol, se dibujan en la bruma del Tequendama.

Preguntad á las gentes sencillas, descendientes de la raza chibcha, que viven en los alrededores de esa estupenda maravilla, que aparentemente les es tan indiferente como todo lo que los rodea, y os referirán curiosas tradiciones que recibieron de sus antepasados y que guardan religiosamente en su memoria, unidas á dolorosos recuerdos del esplendor de su Nación, recuerdos que llevan á la tumba con la humillación que les impuso la conquista.

Los indígenas de aquellas comarcas dicen que tras de las aguas que forman la cascada, existe en la concavidad de la peña un genio llamado *El Moján*, nombre que sin duda alguna es corrupción del *Mohan* chibcha, sacerdote, adivino ó agorero; éste devoraría á quien tuviera la pretensión de ir á visitarlo; en ocasiones suele dejarse ver con un cuerpo luminoso; pero al descubrir que lo miran se convierte en piedra. Por el cauce del río baja á conseguir sus alimentos en los pueblos inmediatos, disfrazado de campesino.

Esta narración, que consigue el viajero haciéndose insinuante y crédulo entre estas gentes, recuerda la creencia que tiene el vulgo de las montañas, en los seres sobrenaturales que existen en los lugares agrestes y solitarios. En las montañas de Colombia se oye frecuentemente hablar del *Salvaje*, que se supone ser un feroz animal con forma humana, y cubierto de bello todo su cuerpo En la cordillera de Guanácas, cuando hace mucho viento y llueve en abundancia, dicen los indios que es *la madre de la laguna* que en forma de una gran bola de agua anda paseándose, soberbia, por toda la serranía; y entonces nadie se atreve por ningún motivo á pasar la montaña.

* * *

Muchas personas han medido la altura del Salto de Tequendama; se cita como el primero, el sabio botánico Mútis, quien verificó esta operación con un barómetro, pero en malas condiciones, y sin tener en cuenta las correcciones que en operación tan delicada es necesario hacer; la altura que dedujo parece algún tanto exagerada y es de 255 varas.

En 1790, el señor D. Domingo Esquiaqui, Brigadier Comandante de Artillería, practicó esta medida con sondalesa, y fueron publicados sus resultados en el número 88 del *Papel Periódico de Santa-Fe de Bogotá;* obtuvo la altura de 264½ varas.

En 1801 el Barón de Humboldt midió la cascada usando del procedimiento del descenso de los graves, y obtuvo 220 varas.

En 1807, Caldas, empleando el mismo procedimiento que, como se sabe, está sometido á causas de error difíciles de evitar, obtuvo 219 varas.

El Barón Gros y el Coronel Joaquín Acosta, en 1840, usaron de una sonda formada de una cuerda de cáñamo y una plomada suspendida al nivel de la cascada, en la orilla izquierda del río; por medio de un anillo colocado en el extremo de una pieza de madera, fué proyectada la cuerda á 5 varas de distancia de la roca, permaneció así durante dos días y dos noches, para dar lugar á la completa acción de la humedad, con la precaución de que un hombre abajo se asegurara que el plomo tocaba la tierra, y de este modo hallaron de altura 175 varas ó sean 140 metros, que se descomponen así: 8 m. 44 la altura del primer escalón del Salto, y 137 m. 56 el Salto desde el escalón á la gran taza que recibe las aguas en la parte inferior.

El resumen, en metros, de las medidas anteriores es la siguiente:

Mutis	204 metros.
Esquiaqui	211,60
Humboldt	176,00
Caldas	175,20
Gros y Acosta	140,00

Las diferencias de estas medidas dependen de las causas de error en los procedimientos usados, y que dejamos anotadas. La medida que merece más confianza es la practicada por el Coronel Acosta y el Barón Gros, y si hemos citado las demás es más bien como recuerdo histórico de las personas importantes que se ocuparon en esta operación.

De regreso de la excursión al Tequendama, al llegar al pueblo de indios llamado Soacha, es muy natural consagrar un recuerdo á la fábula Chibcha de la raza de gigantes que en otro tiempo habitaron esta Sabana; sus restos fósiles fueron hallados muy superficialmente, sea al labrar los indios sus sementeras, ó al excavar el suelo para formar sus sepulturas, y por esto fué llamado el "*Campo de los gigantes*." Los antiguos habitantes de estas comarcas no pudieron conocer ni conservar recuerdos tradicionales respecto de la naturaleza de raza de Gigantes á que pertenecieron estos restos antediluvianos; pero Humboldt hizo este magnífico descubrimiento paleontológico, en 1802, con los

cuales la ciencia de Cuvier restauró el *mastodonte angustidinets* ó de dientes angostos, que pobló el Continente americano en épocas muy remotas.

En toda la América han sido descubiertos los restos de la fauna gigantesca antediluviana que dieron origen á fábulas semejantes sobre la raza de gigantes que habitaron la tierra. Entre las tribus del Canadá existió también la fábula de los gigantes, que de generación en generación se trasmitió hasta la llegada de los primeros conquistadores; esta tradición se conserva aún entre los indígenas de Santa Elena, situada á dos grados de latitud Sur, y un poco al Norte de Guayaquil. Cieza de León, que estuvo allí en 1550, asegura que en el seno de la tierra fueron hallados *huesos de grandes dimensiones*, y un molar del que un fragmento dió á conocer que el peso total sería de más de media libra.

Este mismo historiador dice que encontró en México osamentas enormes. El Padre Acosta en sus crónicas dice que vió muchas osamentas de esas. El historiador Herrera asegura que los numerosos huesos colosales que se encuentran en su país, hicieron creer á los indios Tlascaltecas que habían existido gigantes; agrega que se observaron muchos en Mani, en Yucatán, de los que envió algunos Cortés al Rey de España, desde los primeros tiempos de la conquista.

En muchos lugares de la América del Sur existen también restos fósiles de animales gigantescos. Diego de Avalo y Figueroa fué el primero que desde 1602 anunció la existencia de osamentas fósiles en los contornos de la Tarija, en Bolívia.

En 1832 el señor Matson llevó de Tarija á Santa Cruz de la Sierra muchas osamentas, á tiempo que Mr. D'Orbigny estaba en ese lugar, y pudo reconocer el maxilar inferior y un gran número de dientes molares del Mastodonte, los que este naturalista describió en su Paleontología. D'Orbigny fué el primero que halló osamentas fósiles en 1832, en la Provincia de Moxos, en Bolívia.

El Jesuíta Falhner, desde 1770, descubriendo las Pampas, dice que sobre las riberas del río Carcarañán, uno de los afluentes del Paraná, encontró muchos huesos de grandes dimensiones; y después estos lugares se hicieron notables por el descubrimiento del famoso esqueleto del Megaterium de Luján, enviado al Rey de España por el Virrey de Buenos-Aires. D'Orbigny recogió en 1827 osamentas fósiles de muchas especies, en San Nicolás, al Norte de Buenos Aires, sobre el Paraná, y cerca de la Bajada, Provincia de Entre--Ríos.

También Darwin, en su viaje por las Pampas y por Patagonia, haciendo estudios geológicos, recogió restos de mamíferos colosales que fueron descritos por Mr. Richard Owen.

El sabio naturalista Augusto de Saint--Hilaire envió al Museo de París restos del Mastodonte recogidos en la Villa de Fanado; y en muchos otros lugares del Brasil se han encontrado innumerables osamentas de animales gigantescos.

El continente americano, principalmente la parte meridional, contiene en una grande extensión de la planicie superandina, hasta una altura de 4,000 metros sobre el mar, restos de la grande fauna de animales gigantescos que vivieron antes que los seres de la fauna contemporánea y antes de la formación de la cadena de los Andes. En cuanto á la causa de la destrucción simultánea de estos animales que poblaron la vasta superficie de América, Mr. D'Orbigny dice: "esta destrucción debe atribuirse á grandes perturbaciones acaecidas sobre el suelo, por uno de los levantamientos de las cordilleras, el que causó un movimiento violento de las aguas del mar, á tal punto que éstas invadieron los continentes, arrastrando y aniquilando los animales terrestres del Nuevo Mundo, y puede ser aun que al mismo tiempo ellas destruyeran en Europa los mastodontes y los elefantes que solamente se encuentran allí en estado fósil."

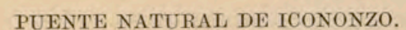
Es, pues, evidentemente reconocido por la ciencia moderna, que antes que los pobladores de las diferentes razas humanas se extendieran en las altiplanicies de las cordilleras del continente americano, tuvo lugar un estupendo cataclismo en la superficie terrestre, que destruyó la fauna de los grandes mamíferos que dieron origen á la fábula sobre los gigantes, que se hallaron entre las tribus americanas al tiempo de la conquista.

PUENTE NATURAL DE ICONONZO.

Sobre la rama occidental y un poco hacia el Sur de la cascada de Tequendama principia el descenso de la cordillera por un camino tortuoso y empinado que lleva al viajero en dirección del hermoso valle de Fusagasugá, antigua residencia de los Sutagaos, tribu belicosa que frecuentemente combatió con sus vecinos los Panches. El espeso bosque que oculta el horizonte con una exuberante y rica vegetación, hace que después de seis horas de bajada, se llegue casi repentinamente al pueblo situado en la falda occidental en el principio de la llanura que se encuentra á 1,772 metros sobre el mar, es decir, 868 metros más abajo de la planicie de Bogotá, que mide 2,640 metros de altura absoluta.

El clima de Fusagasugá es muy agradable, pues tiene una temperatura media de 20 grados centígrados; por las noches lo refrescan las brisas de los páramos de Pasca y San Fortunato que están inmediatos; mientras que en el día recalientan su temple las corrientes de la atmósfera ardiente que ascienden de los valles de Melgar y de Mesa de Limones, y que arrastran los vapores acuosos que van á condensarse sobre el tupido follaje de los bosques de la montaña. La llanura que forma

este valle, fué el asiento de un antiguo lago que vertió sus aguas sobre las regiones inferiores siguiendo la abertura de la cordillera por donde pasan confundidas las aguas de los ríos Fusagasugá, el Negro y el Sumapaz; su suelo se presenta cubierto de cantos de arenisca redondeados por el frote de las aguas y que son restos de la destrucción de los contrafuertes que cedieron al impulso de las aguas de los lagos superiores. Las aguas de estos lagos se precipitaron sobre la planicie de Fusagasugá, probablemente al mismo tiempo que las de éste último abandonaron su superficie, arrastrando el limo de su suelo, así es que es algo estéril por ser muy delgada la capa de terreno vegetal; pero está rodeado por ramales de la cordillera que le forman una corona de verde y robusta vegetación, en donde los cultivos son fáciles y la cosecha abundante por la fertilidad del terreno. La falla que presentan los ramales occidentales de esta cadena de montañas, forma el boquerón por donde corren las aguas del valle que aumentan el caudal del turbulento Sumapaz, que va á unirse con el Magdalena.


PUENTE NATURAL DE ICONONZO.



Este valle tiene recuerdos tradicionales é históricos de grande importancia en la vida de aquellos pueblos. Las crónicas refieren que por Pasca y Fusagasugá era la vía que seguían los Chibchas para ir á sus ferias á los pueblos de las tribus comarcanas sobre el gran río de los valles ardientes. La tradición chibcha consigna el recuerdo de la aparición del Bochica, el hombre misterioso que vino del Oriente á salir por Pasca al valle de Bacatá. En las inmediaciones de Fusagasugá tuvo lugar una batalla sangrienta entre las tropas indígenas del Zipa Saguamanchica y las del Usaque Usatama; combate que dió el triunfo al primero de estos Jefes y cuya memoria conservaron indelebles las generaciones de estas tribus. Por Pasca bajaron los conquistadores á órdenes de Quesada, pasaron el valle de Fusagasugá, y siguiendo el boquerón descendieron al Magdalena creyendo encontrar grandes riquezas; pero solamente hallaron penalidades, enfermedades y miseria, y por esto designaron

esos lugares *Valle de las tristezas.* Por estos mismos sitios subió Belalcázar con sus soldados, y salieron á la sabana de Bacatá. Por Pascote fué por donde Fredermán, perdido y fatigado recorriendo los llanos desde Venezuela en busca de *El Dorado*, subió la cordillera, salió á Pasca, que está situado al pie del páramo de Sumapaz, y descansó allí de su penosa y atrevida marcha. En este pueblo recibió los mensajeros del conquistador Quesada, quien le proponía no se rivalizaran en sus derechos de conquista, á lo que accedió Fredermán mediante una cuantiosa indemnización de oro y de esmeraldas.

Trasmontando los ramales de la cordillera que se encuentran al Sur de Fusagasugá se llega á la aldea de Mercadillo, llamada Pandi, en cuyas inmediaciones están situados: el puente natural de Icononzo, la piedra tradicional que es el cuadro de las figuras simbólicas pintadas por los indios y la misteriosa gruta llamada "la Alfonsa." El nomdre de Icononzo es el de una antigua ciudad de los Sutagaos hasta donde extendieron sus dominios los Zipas. El puente natural ó "Puente de Piedra" está situado á unos dos miriámetros de la aldea de Mercadillo y sobre el Nordeste.

Al Oriente de este pequeño valle se encuentran los páramos de Sumapaz, cuya altura alcanza á 4,300 metros sobre el nivel del mar; en ella hay una explanada que forma un hermoso valle de 3,500 metros de altura. Sobre estas alturas se destaca el cerro llamado "el Nevado" porque alcanza 4,800 metros, límite de las nieves, las que lo cubren una parte del año blanqueando su cima. Las depresiones que presenta esta explanada de los páramos fueron el asiento de antiguos lagos que han sido reemplazados por praderas naturales de gramíneas que alimentan numerosos rebaños de ganado vacuno que han perdido la domesticidad. La depresión del Sur tiene los vestigios de haber sido un lago de cinco miriámetros cuadrados de superficie, por donde hoy corren cuatro ríos que se reunen y atraviesan la barrera que dió paso á las aguas del lago hacia el Oriente, y van á formar el Humadea, origen del Meta; por otra abertura corren las aguas que dan origen al Ariari, tributario del Guaviare. El lago del Norte vertió sus aguas sobre otro lago situado más allá de los cerros del Cobre, cuya cuenca atraviesa el río Blanco, que se dirige á Pascote para unirse al río Negro que con el Humadea forman el Meta.

Algunos de los lagos del páramo de Sumapaz derramaron sus aguas hacia el Occidente, rompiendo la barrera rocallosa que los contenía, sobre el San Juan y Pueblo Viejo, para dar origen al río Sumapaz; sus aguas inundaron el valle de Icononzo arrastrando enormes cantos erráticos y tomando por lecho de su corriente la profunda grieta que aquel cataclismo terrestre abrió en las rocas de Icononzo, indudablemente al mismo tiempo que se verificó el desague del gran lago de Bacatá por el salto de Tequendama. El Sumapaz recorre profundamente oculto una extensión de más de 4,000 metros por entre la rajadura en la cual apenas penetran los rayos del sol estando en el cenit.

Las rocas de la montaña en donde se formó esta grieta son de arenisca ó asperón de cimento arcilloso, formación que, según Humboldt, se apoya sobre las estratas de esquistos primitivos que se extienden desde las altiplanicies de Bogotá hasta la hoya del Magdalena, y que contienen ricos depósitos de sal gema y gruesas capas de hulla situadas en una altura muy considerable sobre el nivel del mar. Según este mismo naturalista, el asperón del valle de Icononzo se compone de dos rocas muy diferentes: una cuarzosa muy compacta de cimento poco abundante, que apenas presenta grietas de estratificación, y descansa en otra pizarrosa de grano finísimo dividida en infinitas capas muy delgadas y casi horizontales.

La impetuosidad del movimiento de la tierra que abrió esta profunda grieta por donde las aguas del Sumapaz corren tumultuosas, y cuyos rugidos apenas llegan á la superficie, dejó un lazo de unión, á la manera de un broche de piedra colocado entre los dos bordes de la cortadura de la roca, formando un puente natural sobre el abismo, desde el cual se pueden contemplar su vertiginosa profundidad, los reflejos argentinos que produce la corriente del torrente y el agitado movimiento de las aves semi--nocturnas que revuelan entre los paredones arrojando lúgubres graznidos.

Los habitantes de Pandi han formado para su tránsito un puente de madera y de tierra que está situado sobre el puente natural. En la entrada de ese puente se puede, desviando sobre un costado, descender deslizándose sobre las asperidades de la roca esquistosa hasta llegar al nivel de la roca principal que forma el puente natural, á la cual se ha dado el nombre de *Cabeza del Diablo.* Esta roca está excavada por debajo en forma de un arco sobre el cual se puede llegar arrastrándose; tiene de longitud 14½ metros; de ancho 6 m. 40, siendo su grosor medio de 2 m. 60. El ancho de la grieta en una grande extensión es de 10 á 15 metros.

Más abajo de este puente hay tres piedras que en forma de cuñas están enclavadas entre los muros de la grieta y forman un elegante arco al cual se puede bajar por un estrecho sendero que llega hasta la cornisa de la roca esquistosa donde principia el segundo puente; en éste hay una abertura por entre la que se puede ver el abismo, cuyas paredes corroídas por las aguas presentan bordes salientes formados por las capas alternativas de esquisto duro y de arenisca compacta de color gris amarillento.

La profundidad de la grieta hasta la superficie de las aguas que corren en su fondo, fué medida por primera vez con una sonda por el naturalista colombiano D. Jorge Tadeo Lozano, que encontró tenía 93 metros 40 centímetros (112 varas). Posteriormente el Barón de Humboldt la midió desde el piso del puente superior, y halló, por experimentos hechos con sumo cuidado, observando la caída

de los cuerpos, que tenía de profundidad hasta la superficie de las aguas 97 metros 70 centímetros. Más recientemente el señor André, naturalista francés, determinó las medidas siguientes:

Profundidad desde el puente de piedra superior	77 m 75
Id. desde el puente de madera	83 m 75
Id. de las aguas	18 m ..
Anchura media de la grieta	10 á 15 m ..

En las sinuosidades de las murallas que forman este abismo viven unas aves seminocturnas que los habitantes de Pandi llaman *Guapacos;* se levantan en bandadas numerosas cuando se les arrojan piedras ó por la explosión de un cohete inflamado; la ciencia los llama *Steatornis Caripensis* y Humboldt los halló en la gruta de Caripe en Venezuela, en donde se les llama *Guácharos;* también se hallan en el Chaparral en el Estado del Tolima; son del tamaño de una paloma y su plumaje es gris oscuro.

GEROGLÍFICOS DE ICONONZO.



Distante del pueblo de Pandi un kilómetro, y cerca de la gruta "La Alfonsa," se encuentra la piedra pintada con figuras simbólicas de los antiguos indios de este valle; la tinta indeleble del rojo de la chica ó del ocre rojo mezclado con resinas, parece que fué el color que emplearon para estas pinturas que han resistido algunos siglos á la acción de la intemperie. Esta piedra es un enorme canto de asperón, que, como otros muchos, fué desprendido y arrastrado por las aguas del lago de Sumapaz que inundaron el valle de Icononzo; su forma es casi cúbica, pero sus aristas fueron redondeadas por el frote; tiene próximamente 20 metros de largo y 15 de alto; su cara superior está revestida de una capa de tierra vegetal que mantiene algunas gramíneas, helechos, líquenes, algas y otras plantas pequeñas; sobre una de sus caras verticales, de superficie lisa, están pintados varios grupos de figuras, al parecer caprichosas, pero se halla en primer término la figura del sol, que para las tribus chibchas fué *Xua* el dios y señor de la naturaleza; se encuentra también la rana, símbolo de las aguas, al lado del alacrán ó escorpión, y del lagarto, animales muy comunes en los climas templados de estas regiones; en la parte media y hacia la derecha hay figuras rectangulares con líneas en ángulos entrantes y salientes, muy semejantes á las que estos indios pintaban en sus piezas cerámicas y también muy semejantes á las esterillas que de caña teñida de colores fabrican desde muy remotos tiempos los indios de Icononzo. La altura á que están colocadas estas figuras sobre la piedra, indica que hubo alguna intención manifiesta al vencer las dificultades que se debieron presentar para imprimir estos caracteres; pero por desgracia aquí se detiene toda investigación por no tenerse base que pueda servir para su interpretación.

NOTICIA BIOGRAFICA DE D. JUAN DE CASTELLANOS

HISTORIADOR DEL NUEVO REINO DE GRANADA.

Nació D. Juan de Castellanos en Alanís, pequeña población del territorio de Sevilla.

Según investigaciones recientes parece que su nacimiento debió ser entre los años de 1500 á 1510, pues que en 1570 dió principio á sus cantos elegíacos ya en edad anciana.

Fué Castellanos, después de Oviedo, el más antiguo cronista que arribó á las Indias Occidentales en compañía de Baltasar León, hijo de Juan León, soldado que en 1511 hizo grandes proezas militando bajo las órdenes del conquistador Juan Ponce de León, Gobernador de Boriquén en Puerto-Rico.

Vino á este Continente el cronista Castellanos, como soldado de caballería, se halló en reñidos combates y corrió grandes peligros, en las diferentes campañas á que dieron lugar las conquistas de los extensos territorios de que se formó entonces el Nuevo Reino de Granada.

En 1550 residió en el Cabo de la Vela, en donde estuvo á punto de naufragar; de allí se trasladó á Santa Marta. En 1551 llegó á Bogotá revolviendo el proyecto de rebelión que posteriormente puso en práctica Alonso de Oyón. Pasó después á Cartagena, allí abrazó el estado eclesiástico, y se consagró al servicio de la Iglesia. Fué su padrino en la primera misa que cantó, el Dean de la Catedral de Cartagena, D. Juan Pérez de Materano, y la fiesta de regocijo la celebró en su casa el Capitán Nuño de Castro su protector.

El Provisor Campos le nombró Cura, y luego le llegó de España el nombramiento de Canónigo Tesorero en Cartagena. Pasó después á Tunja como Cura, en donde vivió mucho tiempo. Sus Elegías las compuso en esta ciudad y se tiene conocimiento de él hasta 1588 solamente.

Escribió, en prosa, su crónica del Nuevo Reino de Granada, y luego la ritmó en octavas con el título de ELEGÍAS DE ILUSTRES BARONES DE INDIAS. La primera edición de la primera parte de estas obras fué publicada en el año de 1589. D. Carlos de Aribau dió á la luz pública, en Madrid, en 1850, la segunda edición, acompañada de la segunda y tercera parte de las elegías.

Aunque Castellanos, según el decir de hombres entendidos, no fué literato, pues que sus Elegías adolecen de muchos defectos, sí poseyó un talento poético admirable. Sus elegías son estimadas por la verdad, hermosura y animación de sus vivaces descripciones, escritas con galano lenguaje. Se calcula que escribió cien mil versos en lo que se conoce publicado.

A fines del siglo XVII, el Obispo Piedrahita halló en Madrid, en la librería de D. Alonso Ramírez de Prado, la cuarta parte de las Elegías de Castellanos, con las aprobaciones legales para su publicación.

Es sensible que se perdiera esta cuarta parte, que según el General Joaquín Acosta, ha de ser la más importante por basarse sobre el descubrimiento de la porción más culta de estos países, y porque habiendo vivido Castellanos en Tunja tantos años, debe contener detalles muy raros é interesantes.

El señor Aribau dice en su prólogo: "Este descuido de los contemporáneos de JUAN DE CASTELLANOS es tanto más notable, cuanto que su obra está muy lejos de esa tribial medianía que justamente desdeñan los hombres de saber y buen gusto. El autor no quiso elevarse á la altura de la poesía épica; no quiso revestir su narración con las galas de la fantasía, ni darle esas formas artificiosas que nunca se emplean sino á costa de la verdad."

El Licenciado *Cristóbal de León*, avecindado en Santafé de Bogotá, hizo el siguiente soneto en honor de CASTELLANOS:

Del griego vemos hoy la lanza fiera,
Del Troyano la fama muy abierta
Por sonorosa musa que despierta
Aquello que pasó y entonces era.

Destos agora nunca se supiera
Cosas que conociéramos por cierta,
Si la pluma de Homero fuera muerta
Y la del mantüano no viviera.

Obligados al uno los romanos,
Obligados al otra los argivos,
Oblíguense también á Castellanos

Los varones en Indias más altivos;
Pues con sus versos dulces y galanos
Honra mucho á los muertos y á los vivos.

CARTA DIRIGIDA AL AUTOR DE ESTE OPUSCULO.

Pau Basses Pyrénées, 16 de Octubre de 1882.
16 avenue Porte-neuve.

Señor doctor Liborio Zerda.

Muy señor mío y estimado compatriota:

Muy sorprendido quedará usted al recibir carta de una persona que no ha tenido el gusto y el honor de conocerlo, pero espero de la benevolencia de usted, que excuse y disimule la libertad que me tomo.

En cuanto á mí no me es usted ya desconocido, porque he leído con mucha atención y complacencia los artículos que usted ha publicado, sobre la historia y los primeros habitantes de nuestra patria, materia en que yo me ocupé allá durante muchos años. Felicito á usted por lo bien que ha tratado la cuestión.

El principal objeto de mi carta es el de llamar su atención sobre las observaciones que yo he hecho durante tantos años, las cuales acaso no serán del todo inútiles, añadiéndolas á los vastos conocimientos que usted tiene ya en este asunto. Pero principio diciendo á usted que encontrándome ya en muy avanzada edad, y sufriendo varios achaques, que son una rémora para redactar bien y para escribir claro, usted ha de disimular, lo espero, lo que le escribo, sin pretensión alguna y puramente confidencial. A pesar de mi vejez, vivo muy ocupado y con la tarea constante de una copiosa correspondencia.

Hace 27 años que estoy viviendo en Europa, y allá me ocupé constantemente en reunir recuerdos de los antiguos indios, consiguiendo al fin formar una colección de grande valor histórico y de mucho valor en dinero, sobre todo en alhajas de oro halladas en Antioquia: tenía cosas preciosas. Pero, cosa extraña, yo era la única persona en el país que se ocupaba de aquello y nunca encontré cooperación sino de mi antiguo amigo el doctor Romualdo Cuervo, en los últimos años de mi permanencia en Bogotá, quien logró reunir una especie de museo, el que contenía cosas muy curiosas, aunque pobre en alhajas de oro. Hoy que el país está más adelantado, comienza á ocuparse en tan interesante materia, como se ve por los excelentes artículos que usted ha publicado.

Al expatriarme de mi país no sabía qué hacer de mi colección. Pensé, como patriota, en presentarla al Museo de Bogotá; pero temí, como era natural, que allá un día ú otro la dejaran perder. A esta suerte como que estaba destinada, por desgracia, pues que hoy no existe en mi poder casi nada, á causa, en mucha parte, de los contrastes de mi vida, demasiado accidentada. Sin residencia fija, siempre viajando durante 27 años, lo mejor que yo tenía me lo han robado; otras cosas las he regalado, y este ha sido el fin tristísimo de lo que recogí y acumulé durante tantos años.

Cuando principió la guerra entre Francia y Prusia, vivía con mi hija y mis nietos en una casa que habíamos tomado en París cerca del Arco del Triunfo, de donde salimos precipitadamente para escapar del sitio, casi sólo con lo encapillado, sin pensar que la guerra y el sitio se prolongaran tanto. El Gobierno de París metió una compañía de Guardia móvil en nuestra casa. Estuvo, pues, de cuartel durante el sitio, y perdimos casi todo lo que teníamos: ropa, alhajas, libros, etc., etc. También desaparecieron de allí las pocas curiosidades que aun conservaba.

Comenzaré ahora á hablar á usted de algunas de las cosas que figuraban en mi colección. Tenía una especie de botella de oro fino, sumamente curiosa, grande, como de 20 centímetros próximamente, un poco plana, muy angosta de boca y con un pedazo de oro adentro. Debió ser cosa de idolatría y no para contener líquidos, sino el grano de oro que hacía ruido y no podía salir. Hoy no habría en Colombia un platero capaz de hacer una cosa igual, tan graciosa y elegante. Fué hallada cerca de Angostura, en el antiguo cantón de Santa Rosa de Osos. En ese cantón es en donde se han hallado las más curiosas alhajas de oro, y sus plateros debieron ser los más hábiles. Usted habla de lo que han hallado en Yarumal, en el mismo territorio.

Tuve en mi colección un incensario de oro muy fino, liso y muy perfecto, de figura y tamaño de una naranja, no muy grande, con cuatro agujeros, tanto en la parte baja para quemar los perfumes, como en la tapa, para subir y bajar ésta á voluntad. Este incensario existe en París en poder de la hija del señor Barón Goury, á quien lo regalé.

Tenía también gran cantidad de argollas de oro y de tumbaga, de diferentes formas y tamaños, y un pectoral de oro muy fino, como en forma de águila de dos cabezas. Este se lo colocaba el indio guerrero en el pecho, como coraza, para preservarse de la herida de las flechas. Tenía en la parte superior un canal, por donde pasaba un alambre de oro, que se aseguraba en el pescuezo: esta curiosidad fué hallada en las cercanías de Medellín, en una huaca que encontró un pobre negro, con multitud de otras varias cosas, por valor de cerca de cinco mil pesos de oro. Entre ese depósito se encontraron muchas mantas carbonizadas, consumidas unas y otras casi intactas, finísimas, de algodón mezcladas de plumas.

Los indios de Antioquia eran generalmente tejedores, y no hay huaca en donde no se hallen husos de piedra unos, de tierra cocida otros, con diferentes y variados adornos. Como éstos no tienen valor intrínseco alguno, no me fueron robados y conservo muchos.

Estos indios sepultaban sus cadáveres en un morro ó colina aislada en donde no pudiera penetrar el agua: sus sepulturas eran profundas, cuadradas unas, redondas otras. En el Sinú se sepultaban en túmulos, ó pequeñas pirámides formadas de tierra y piedras, y en Cundinamarca, Boyacá y Vélez en cuevas en las faldas y rocas, disimulándolas ú ocultándolas con lajas de piedra.

Aun cuando ya los Españoles estaban en el país, los indios persistían en sepultar sus deudos con sus preseas en sus huacas; tengo de esto pruebas, pues que en una huaca en Hato Viejo, á dos leguas de Medellín, los que la explotaron no encontraron oro sino una herradura de un caballo, muy usada, la que debió perder algún Español y recogida por los indios se guardaba como alhaja preciosa.

Conservo también un cascabel de oro fino, encontrado en otra huaca en Antioquia, perfectamente bien hecho y con un pedazo de oro dentro para hacerlo sonar. Y como los indios de Antioquia no trabajaban en cobre como los de Cundinamarca y Boyacá, para copiar los cascabeles de los Españoles lo hicieron con oro.

Creo, doctor Zerda, que una de las causas por qué los indios, sobre todo en Antioquia, no progresaban y permanecieran estacionarios en la barbarie, era principalmente por la bárbara creencia religiosa de sepultar á sus padres con todos sus haberes: sus armas, sus alhajas preciosas, sus herramientas, sus utensilios de pescar, su bajilla, todo, todo hasta con sus ollas de chicha, de suerte que los hijos tenían que comenzar á procurarse todo lo necesario: no se formaba, pues, riqueza pública. En nuestra vida civilizada la herencia de los padres proporciona el bienestar de los hijos, y de ese bienestar y la riqueza acumulada nacen las artes, la civilización y la industria.

En todos los ídolos encontrados en Antioquia reina el arte egipcio: es decir, los brazos y las piernas unidos y pegados al cuerpo: nada parecido al arte griego que tiene las actitudes de los brazos abiertos y las piernas separadas.

En Antioquia, aunque no generalmente, tengo pruebas de que usaban la cremación, pues me fué presentado un cántaro sumamente elegante, de una loza muy fina, barnizado de rojo, con labores de otra sustancia, ó mineral blanco, y con figuras geroglíficas. Estaba lleno de las cenizas de una persona y con restos de huesos no enteramente consumidos por el fuego, é igualmente con la argolla de oro del difunto medio calcinada. Fué hallada cerca de la parroquia de San Vicente, cantón de Ríonegro. Cediendo á los deseos de mi lamentado amigo su Eminencia el Cardenal Barilli, se lo regalé, y hoy debe estar en algún museo de Ancona, su patria.

Ultimamente me envió de regalo, uno de mis parientes de Antioquia, una rana de oro fino, linda, perfecta, de bastante valor intrínseco (pesa 36½ gramos). Es la primera rana que he visto de los antiguos indios de Antioquia. En Cundinamarca figuraba siempre la rana, como usted mismo lo observa. En el Tolima cuando se encuentran alhajas figuran siempre corazones de oro.

Una vez en Antioquia se encontró un cinturón de oro fino, pulido y ductil, con sus agujeros en las extremidades para atarlo en la cintura. La mujer de un amigo mío se adornaba con él en algunas funciones.

Ahora paso á hablar á usted de mis investigaciones en Cundinamarca y Boyacá, y principiaré diciéndole, que hace treinta y tantos años escribí una carta á mi antiguo amigo, el sabio Boussingault, á París, refiriéndole algunos de los resultados de dichas investigaciones. Él tuvo la bondad de presentar mi carta á M. Jomart, Presidente de la Sociedad de Geografía de París, la que fué publicada en los Anales de dicha Sociedad.

Una de las cuestiones de que trataba mi carta, y que someto á su ilustración y sagacidad, es la siguiente:

Usted sabe que cuando invadieron los españoles á Cundinamarca y Boyacá, encontraron las naciones indígenas en un grado bastante avanzado de civilización, después de las de México y del Perú. Los Caciques y Reyes vivían en casas grandes y cómodas, pero de madera y con techos de paja, lo mismo que el templo de Sogamoso; pero en éste emplearon maderas escogidas y olorosas: nada había de piedra. Ningún vestigio encontré en el sitio donde dice la tradición que existía dicho templo. Hice cavar y se encontró carbón, ceniza, restos del incendio y cornamentas de venados calcinadas.

Ahora bien, si aquellos pueblos, bien adelantados ya en civilización, no edificaban aun de piedra, nos toca examinar por qué descubrí en el Valle de Leiva, en un sitio que llaman el *Infiernito*, las ruinas de un templo, ó palacio, con 29 columnas todavía clavadas en la tierra, rotas todas, mutiladas, y la más larga del tamaño de un hombre de estatura regular, *cilíndricas*, muy bien labradas y clavadas en la tierra sin cimiento. Están en dos filas y á regulares distancias; las ruinas de este edificio tienen su frente al Oriente: las columnas son finas y de un grosor proporcionado. Esos restos mutilados hoy, debieron servir de cantera á los españoles después de la conquista, pues creo haber encontrado algunas columnas en algunos edificios de la decaida Villa de Leiva y en una tienda de esquina, en una casa de la plaza de Sutamarchán.

Pero no es esto todo, no lejos del *Infiernito*, en un punto del Valle un poco más elevado, encontré de 4 á 5 columnas, ó embriones de columnas, tendidas por tierra, como en círculo, cortas para su tamaño y tan gruesas que de un lado á otro no se podría ver un carro con sus bueyes. Todas tenían ó tienen una honda muesca en una de sus extremidades, de donde es claro que las amarraron los indios para conducirlas allí de la cantera. Pero ¡ cuánta fuerza y cuánta multitud de indios serían necesarios para arrastrar esas gruesas piedras! El número de ellas no puedo saberlo porque se

me perdió la Revista de que he hecho mención antes y los datos que conservaba. Ellas, supongo, iban á ser labradas.

Que el edificio del *Infiernito* sirvió de cantera, lo creo, así como sucedió en Roma con el Coliseo, que hoy le falta una tercera parte, y cuando viví allí, me entretuve muchas veces viendo y examinando el Palacio de la Embajada Austriaca, en la plaza Colonna, edificado con las piedras extraídas de las paredes del Coliseo.

Añadamos á esto las dos grandes columnas que fuí á ver y á examinar cerca de la Villa de Ramiriquí, en un llano, á inmediaciones de la casa de teja donde nació el doctor José I. Márquez. Son dos, largas y corpulentas. La una más grande que la otra, tendidas en el suelo y por su peso medio sepultadas. Son muy curiosas, octágonas, más gruesas en la mitad y gradualmente más delgadas hacia los extremos, y ambas con su honda muesca en una de las extremidades para arrastrarlas. ¿Por qué hay sólo dos y la una más larga que la otra? Perdí mis datos, como ya lo he dicho; pero si mal no me acuerdo, la más larga tiene poco más ó menos 15 varas de largo. ¿Estarían de tránsito ó irían á edificar en ese punto? Allí cerca vivía el Cacique de Badanique.

Como usted se ha ocupado, con tan clara inteligencia, de la antigua historia de nuestro país, someto á su estudio esta interesante cuestión: Siendo cierto que cuando llegaron los españoles al Reino, sus Caciques y Reyes vivían en casas de madera y paja, ¿existió antes otra nación más adelantada, la que construyó los edificios cuyos restos descubrí? ¿O sería que las naciones halladas en el Reino, adelantadas ya en civilización, principiaban á edificar de piedra?

He deplorado y deploro aun no haber visitado las ruinas de San Agustín, en los confines de la antigua provincia de Neiva. Tuve ese deseo y proyecto que jamás pude realizar. La mesa, que vulgarmente llaman de los *sacrificios*, de piedra, sostenida por cariátides, sus tigres, monos y estatuas de tamaño común, todo muy natural y bien labrado, parece indicar que aquello fué obra de una nación más poderosa y civilizada que la que encontraron allí los españoles, pues que hallaron también la tradición de que años antes de la conquista, el país estaba densamente poblado, y que esa grande población fué casi del todo destruída por una terrible peste que reinó allí.

Cerca de la ciudad de Tunja, como á media milla de ésta, á un lado del camino que sube para el páramo de Samacá, con una vista magnífica de todo aquel país, existen dos monumentos labrados y adheridos á la roca viva, los que la gente del país llama *los cojines del diablo*. Son un poco más grandes que ruedas de molinos, redondos, planos y bien labrados. El uno un poco más grande que el otro y con una separación de veinte centímetros poco más ó menos. Pero con la singularidad de que de un lado cortaron lo que vulgarmente llaman un peinado, evidentemente para la comodidad de hincarse. Los indios dicen tradicionalmente que en el uno (el más grande), se arrodillaba el Rey, y en el otro la Reina á adorar el Sol al momento de su salida. Quedan exactamente mirando al Oriente y no hay duda que eran destinados al culto religioso. Allí también me arrodillé con ternura y reverencia.

Creo que conservo aún, en lo que existe de mi colección en piedra, el calendario de los antiguos indios, de que habla el ilustrado doctor Duquesne, y en el pueblo de Gachancipá, donde él fué Cura, existe lo que allí llaman un mono de piedra, corpulento: es un ídolo que está sentado ó en *cuclillas*, encontrado en un sepulcro por dicho doctor Duquesne, y que en la casa cural existe incrustado en la boca de un horno de cocinar pan. El debería estar en el Museo de Bogotá. Yo quise llevarlo pero en aquel tiempo no encontré cooperación de ninguna especie.

Paso ahora á hablar á usted del hallazgo que se hizo, ahora treinta y tantos años, en una falda muy pendiente de la cordillera, entre Gachantivá, pueblo extinguido del Valle de Leiva, y las minas de cobre de Moniquirá. Iba un indio con un perrito persiguiendo una zorra, y de repente desaparecieron la zorra y el perrito, porque se metieron por un pequeño agujero. El indio por recobrar su perro comenzó á cavar, y de golpe cayeron todas las piedras con que los antiguos habían tapado ó disimulado la puerta de una cueva, y lo primero que el indio vió en la puerta de ésta fué una momia, perfectamente bien conservada, sentada en una sillita baja y con arco y flecha en la mano y después multitud de otras momias y objetos varios. El indio espantado nada tocó por el momento. Avisó á sus amigos y compañeros, y volvió con ellos, dispersaron las momias y las trataron de un modo el más irreverente. Encontraron y sacaron maravillas, y tantas mantas finas de algodón que con ellas se vistieron los indios de ese territorio. Hallaron también alhajas de oro muy curiosas.

Cuando un señor Jiménez, amigo mío de Gachantivá, supo aquello, conociendo mi afición por las cosas antiguas, consiguió, ó salvó para mí, dos pedazos de manta, una sillita de madera, un arete ó pandereta de oro fino y curiosamente labrada, y un cráneo de venado, tan pequeño y diminuto como la calavera de un gato, ó poco más, con sus cuernos y cubierto de cera negra, acaso para su conservación, y otras pequeñas cosas. En el momento que supe aquel hallazgo, hice viaje expresamente de Bogotá á ver y á entrar á dicha cueva. Dos veces hice ese viaje, pero poco de interés había quedado ya allí.

Usted debe saber que el terreno seco y calcáreo de Boyacá tiene la cualidad de conservar los muertos y convertirlos en momias. Los antiguos indios los sepultaban en cuclillas, y para hacerlos tomar esa postura los ataban con una cuerda. Tuve una de estas momias tan bien conservada que se conocía el sexo. Era un indio, y conservaba hasta su cabello y tenía las señales y zanjas de la cuerda con que lo habían forzado á conservar aquella posición. Esta momia figura hoy en Londres,

en el Museo Británico, y allí existe también el pedazo más grande que me regalaron de la manta encontrada en la cueva: el otro lo conservo todavía. Esta manta es muy fina, de tejido diagonal, como las del Socorro, y con listas coloradas ya muy desvanecidas. Antes de pasar más adelante voy á hablar á usted de uno de los principales objetos de esta carta. Cuando me ausenté de Bogotá, en 1856, dejé á guardar á mi amigo, doctor Romualdo Cuervo, mi preciosa sillita de madera, varios jarros, vasos y ollas de loza, ya de Antioquia, ya de Cundinamarca y Boyacá, y todos muy curiosos. Fué depósito, no regalo. Encargo, pues, y me tomo la libertad de suplicar á usted, que averigüe quién es la persona que heredó el pequeño museo del doctor Cuervo y reclame usted la sillita, que es mía. Quien quiera que sea, no debe dudar de mi palabra ni de la de usted; tanto más cuanto que yo no reclamo aquello para mí, sino para usted, ó para el Museo de Bogotá, si cree que ya allá sepan conservar mejor estos objetos y recuerdos históricos.

Usted en sus escritos habla de otra silla de los antiguos, hallada no recuerdo en dónde. La mía es baja, de una sola pieza de madera, con el asiento cóncavo, para la comodidad de sentarse. Dos barrotes son la base y tiene cincelados y adornos ordinarios. Ennegrecida por la mugre, se ve que eran poco aseados nuestros antecesores. Salve usted del olvido, doctor Zerda, este precioso recuerdo.

La grande pandereta ó zarcillo de oro, tan curioso, lo regalé al doctor Cheyne, y pasó después al señor Logan. Él lo llevó á Inglaterra y no sé á quién lo cedería.

El cráneo de venado lo regalé en Inglaterra al sabio doctor Owase, uno de los hombres más célebres é ilustrados de Europa, como usted debe saberlo.

Conservo otro recuerdo sumamente curioso. Cuando mis compatriotas antioqueños emprendieron abrir un camino de Antioquia al Golfo de Urabá (un disparate y esfuerzos perdidos), el Gobierno nacional les concedió una compañía de soldados, que comandaba mi amigo Gutiérrez Lee. Haciendo la trocha, los soldados derribaron un grande árbol, que vulgarmente llaman allá caracolí, y en medio de él, en una especie de nicho, se encontró un botón de plata fina, de cierta magnitud y aplanado. Mi querido amigo Gutiérrez lo sacó con su mano y me lo regaló en Bogotá. Este encuentro es bien fácil de explicar. Los primeros españoles que penetraron en Antioquia, partiendo de Cartagena con caballería é infantería, y por entre los bosques, pasando miles de trabajos y privaciones, fueron Antonio Cesar y después el Licenciado Badillo, como usted lo sabe. En el arbolito, pequeño entonces, quedaría prendido el botón de la casaca del español. Creció aquél, aprisionó el botón, y quedó éste adentro. El español sin apercibirse perdió su botón, el que después de tantas generaciones vino á mi poder.

La historia de este botón es tan curiosa que bien merece que figure en los escritos de usted. Así, pues, doctor Zerda, estoy pronto á mandar este objeto histórico para que se deposite en el Museo, si usted lo cree conveniente, ó quede en poder de usted ó de personas interesadas en conservar recuerdos históricos. Enviaré también el retazo de manta y alguna otra cosa, si lo juzga oportuno.

La pandereta que tuve me hizo recordar la historia del cronista Herrera, donde están los retratos de los Reyes de Bogotá y de Tunja, adornados con sus grandes zarcillos ó aretes.

Es tiempo ya de terminar este fárrago, con que he fastidiado á usted, y de pedirle perdón por las incorrecciones en que tiene gran parte el estado de mis nervios.

Vaya usted al Valle de Leiva, y con más inteligencia y talento que yo, examine los monumentos de que le he hablado y publique algo sobre el asunto.

Verá usted un Valle risueño, de dulce y agradable clima; pero por la incuria de sus habitantes, en la más completa ruina. * La tierra deleznable se la han llevado las lluvias, y á lo que antes era fértil y abundoso no le queda ya sino piedra, roca desnuda, y de trecho en trecho espinas. En Tunja reina la misma incuria y descuido. Están rodeados y estrechados de barrancos.

Como soy antioqueño, y antiguo propietario de minas, extraño más ese descuido. Esos estragos de las lluvias es muy fácil evitarlos, haciendo lo que en Antioquia llamamos *trinchos*. Es decir, clavando piedras un poco largas de trecho en trecho, como del ancho de una vara, atravesadas en el canal ó zanja que comienzan á formar las avenidas de las lluvias; cesa el daño, allí se detiene la tierra y se evitan esos hondos abismos, como los que se han formado en Tunja, y se evita el que desaparezca la tierra vegetal.

Paso aquí los 6 meses del invierno al lado de mi familia, y los otros 6 meses del año de cosmopolita, en París ó viajando. En París mi dirección es 22 Avenue de l'Opera—Hotel des Deux Mondes.

Ofrezco á usted cordial y sinceramente mi estimación como su atento servidor y compatriota,

MANUEL VÉLEZ.

* Como se encuentran hoy las cercanías de Jerusalén y de casi toda la Palestina por la torpe y estúpida tiranía de la Turquía.

